

San Martín
-10-12-940-

GALERIA DRAMÁTICA

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

**DEL TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.**

TEATRO MODERNO ESPAÑOL.

TOMO XXIII.

MADRID:

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.



*El pueblo de Sehem. 1840
El descubrimiento de Valenciano. 1840
Sucesos de la Vega. Romulo*

*B.H. / 528
M.D*

821.134.2-2 "18"

[Handwritten signature]
1877-1878

AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

OFFICE OF THE SECRETARY
535 NORTH Dearborn Street
Chicago, Illinois

MEMBER OF THE BOARD OF DIRECTORS
OF THE AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

1877-1878

1877-1878

AMERICAN MEDICAL ASSOCIATION

N. A. 520 116

BC: 118.403

EL PELO DE LA DEHESA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS

POR

D. Manuel Bretón de los Herreros.

Representada en el teatro del Principe.

396. B/1840

MADRID.

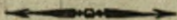
IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

ACTORES.

ELISA.	<i>Sra. Lamadrid. (D. T.)</i>
LA MARQUESA.	<i>Sra. Llorente.</i>
JUANA.	<i>Sra. Lapuerta.</i>
DON FRUTOS.	<i>Sr. Lomía.</i>
DON REMIGIO.	<i>Sr. Luna.</i>
DON MIGUEL.	<i>Sr. Alberá.</i>



La escena es en Madrid, en casa de la marquesa.



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce á la escalera y á otras habitaciones principales, y por la izquierda á las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde á la habitacion destinada á don Frutos; la de la izquierda guia tambien á lo interior de la casa.

~~~~~

## ACTO PRIMERO.

—0000—

### ESCENA PRIMERA.

ELISA. JUANA.

- JUANA.    ¿Y se ha de casar usted con un rústico labriego!
- ELISA.     Sí; ya he dado mi palabra.
- JUANA.     ¿Lo sabe aquel caballero?
- ELISA.     ¿Quién?
- JUANA.     ¿Quién ha de ser? Aquel que hace dos años y medio que la adora á usted y bebe por esa cara los vientos.
- ELISA.     ¡Ah...! Don Miguel.
- JUANA.     ¿Y al nombrarle me pone usted ese gesto!
- ¿Con que ya no hay esperanza para él?
- ELISA.     Ya ves; acepto la mano de otro...
- JUANA.     Es decir que cual humo se ha deshecho el antiguo amor...
- ELISA.     ¿Amor!
- Aquello fue un pasatiempo.

Me agradaba su figura,  
 su uniforme, su despejo...  
 ¿Qué sé yo? Me complacia  
 en bailar con él y creo  
 que no me sonaban mal  
 en su boca los requiebros.  
 Quizá tambien de la mia  
 se deslizó en un momento  
 de imprudencia alguna frase  
 que halagara sus deseos;  
 mas yo no perdí el color  
 ni el apetito ni el sueño,  
 síntomas averiguados  
 de un cariño verdadero;  
 y él por su parte, á pesar  
 de que hacia mil extremos,  
 nunca llegó seriamente  
 á hablarme de casamiento.

JUANA. Por pura delicadeza.  
 Ya ve usted; un subalterno...  
 Pero yo sé que esperaba  
 de un dia á otro el ascenso  
 á capitan.

ELISA. Aun asi  
 fuera mucho atrevimiento,  
 siendo hija yo de un marques,  
 que aspirara á ser mi dueño.

JUANA. Perdone usted. Él es hijo  
 de baron...

ELISA. No te lo niego,  
 mas no es segundon siquiera,  
 que cuatro hermanos nacieron  
 antes que él, y estan casados,  
 y con prole todos ellos.  
 ¡No es nada lo que tendrian  
 que atarearse los médicos  
 para que él llegara á ser  
 lo que su padre y su abuelo!  
 Y aun eso importara poco  
 como él tuviera otro genio;  
 pero es zeloso, trónera,

suspícaz y pendenciero.

¿Casarme con él? ¡Jesus!

Mi casa fuera un infierno.

JUANA. ¡Ya! Como usted no le quiere,  
exagera sus defectos,  
sin echar de ver que nacen  
del mismo amor...

ELISA. ¡Qué! Yo apuestó

á que el día en que marchó

de aquí con su regimiento

se propuso relevarme,

y me relevó en efecto,

con la primer lugareña

á quien pidió alojamiento.

JUANA. ¿Cómo es posible? Las cartas  
que escribe cada correo...

ELISA. Tres hace ya que no he visto  
su letra, de donde infiero

que ni se acuerda de mí;

y, como soy, que me alegro,

que así escuso revolver

la cabeza y el tintero

para imaginar disculpas

á la boda que proyecto.

JUANA. ¿Quién sabe si al postillon  
ha ocurrido algun tropiezo,  
ó si tendrá la desgracia  
don Miguel de estar enfermo?

Ó tal vez está en camino

para Madrid, y de intento

no nos ha anunciado el viaje,

porque quiere sorprendernos.

ELISA. No creas tal; — y si viene,

¡bien venido! Le daremos

los dulces.

JUANA. Para él serían

acibar, hiel, y veneno.

ELISA. Vamos; decididamente

le proteges.

JUANA. Le protejo

porque ama á usted, y presumo,

hablando con el respeto  
debido, que no merece...

ELISA. Yo no he contraído empeños  
con don Miguel; ni mamá  
le querría para yerno.

JUANA. Pero — ¡por Dios, señorita! —  
¿no se muere usted de miedo  
de pensar en esa boda?  
Es cosa que no comprendo  
cómo se decide usted...

ELISA. Razones hay para ello.  
Nuestra casa está arruinada.  
De su esplendor solariego  
apenas queda otra cosa  
que pergaminos, y pleitos,  
y deudas. Don Baltasar  
de Calamocha y Centeno,  
padre que fue de don Frutos,  
mi novio, y en cuyo pueblo  
tenemos un caseron  
ruinoso y cuatro barbechos,  
hubo de prestar no sé  
qué cantidad de dinero  
á mi padre, que Dios haya,  
cuando pasó aquel invierno  
en Zaragoza. Tres años  
después de hacer el empréstito  
reclamó don Baltasar  
el capital y los réditos.  
Pidióle plazos mi padre  
sin esperar obtenerlos,  
pero se quedó pasmado  
cuando con rostro halagüeño  
le dijo don Baltasar:  
“Señor marques, sin apremios  
ni jueces, ni ejecuciones,  
y, lo que es aun mejor que esto,  
sin que suelte usted un cuarto  
puedo quedar satisfecho.  
Cuando usted me conoció  
era yo muy rico, y luego,



como tomé por contrata  
 los víveres del ejército,  
 ¡ya ve usted... Hablemos claro:  
 no es oro ya lo que anhelo,  
 que un terremoto no puede  
 levantar el que poseo,  
 sino títulos y honores;  
 no para mí, pobre viejo  
 que al primer aire colado  
 espero quedarme tieso,  
 sino para aquel buen mozo  
 que ha de heredar mis talegos.  
 Ahora bien; si usted no tiene  
 horror al nombre de suegro,  
 déme usted su única hija  
 para mi único heredero,  
 que si no es de ilustre sangre  
 tampoco nació plebeyo.  
 Él será marques por ella,  
 ella por él hará bueno  
 el marquesado; y, por último,  
 el gozo será completo  
 cuando nos llame á los dos  
 papá grande un mismo nieto.”  
 Despreocupado mi padre,  
 y mi madre... un poco menos,  
 pero aficionada al lujo  
 cual todas las de mi sexo,  
 aceptaron un partido  
 que por motivos diversos  
 á todos estaba bien;  
 volvióse ufano y contento  
 don Baltasar á Belchite,  
 pero al mes ya habia muerto;  
 mi padre murió tambien, —  
 ¡téngale Dios en el cielo!—;  
 como siguió tan de cerca  
 al tratado casamiento  
 el duelo de ambas familias,  
 no me habló de este proyecto  
 mamá hasta cumplido el luto;

vencida yo de sus ruegos  
 acepté; tambien parece  
 que está don Frutos resuelto  
 á cumplir la voluntad  
 de su padre; de un momento  
 á otro llegará á Madrid,  
 se firmarán los conciertos,  
 tú tendrás un buen regalo,  
 yo un buen marido, y... *laus deo.*

JUANA. Todo eso, señora mia,  
 sería bueno y muy bueno  
 si no hubiera entre los novios  
 tantas leguas de por medio.  
 Usted no ha visto jamas  
 al tal don Frutos. Si es feo...

ELISA. No, Juana: muy al contrario.

*(Sacando y enseñando á Juana un retrato.)*

Juzga por este bosquejo.

JUANA. ¡Hola! ¿Retrato?

ELISA. A lo príncipe.

Fué recíproco el obsequio.

JUANA. ¿Hay en Belchite pintores?

ELISA. Zaragoza no está lejos.—

¿Qué tal?

JUANA. Guapote y rollizo.

Tiene cara de tudesco.

Mas quizá le han adulado...

y aqui no vemos el cuerpo...

ELISA. Sé que tiene buenas formas

y talla de granadero.

JUANA. Pero en el mismo retrato  
 muestra que es zafio y grotesco.

Mire usted bien. ¡Santo Dios,  
 qué levita y qué chaleco!

ELISA. En Madrid hay buenos sastres,  
 y ya se ha provisto á eso.

JUANA. Si, como tengo entendido,  
 nunca salió de su pueblo,  
 vendrá tan rudo...

ELISA. No importa:  
 nosotras le puliremos.

- JUANA. Taladrará los oídos  
con aquel maldito acento  
aragonés...
- ELISA. Poco á poco  
lo irá en la corte perdiendo.  
¿Tan fácil es encontrar  
un marido sin defectos?  
Si no es fino y elegante,  
será cariñoso, tierno,  
sencillo, dócil...
- JUANA. (*Entre dientes.*)  
Ó potro  
cerril que plante al lucero  
del alba una coz.
- ELISA. ¿Qué dices?
- JUANA. Nada.
- ELISA. El timón del gobierno  
me abandonará gozoso,  
y eso es lo que yo pretendo.
- JUANA. Dios lo quiera, mas casarse  
sin amor...
- ELISA. Amor es ciego,  
y aunque acierta alguna vez  
es muy mal casamentero.

## ESCENA II.

ELISA. JUANA. LA MARQUESA.

- MARQUESA. ¿Aun no te has vestido, Elisa,  
y esperas hoy á don Frutos?
- ELISA. ¡Eh! no corre tanta prisa.  
Es cosa de ocho minutos.
- MARQUESA. ¿Ocho minutos? No tal;  
que si has de lucir tu tren...
- ELISA. Para un novio provincial  
de cualquier modo estoy bien.
- MARQUESA. Yo quiero que le deslumbres,  
aunque afectes abandono,  
y que desde hoy le acostumbres  
á las leyes del buen tono.



Aunque tu triunfo es seguro,  
 vístete como quien eres.  
 Bueno es prender al futuro  
 con veinticinco alfileres;  
 que si hoy le agradas modesta  
 y así... á la pata la llana,  
 ya verás lo que te cuesta  
 sacarle blondas mañana.  
 Yo le espero ya, hija mía,  
 porque tu dicha me alegra,  
 con humos de señoría  
 y con ínfulas de suegra.  
 No le tengo por un Argos,  
 mas se admirará si ve  
 á mamá de tiros largos  
 y á la novia en *négligé*.

ELISA. En mi cara, no en mis diges,  
 confiar fuera mejor;  
 pero una vez que lo exiges...,  
 vamos, Juana, al tocador.

(*Vase con Juana por la puerta de la izquierda.*)

### ESCENA III.

LA MARQUESA.

¡Qué conflicto, Dios eterno!  
 ¡Qué afrenta, Virgen de Atocha!  
 ¡Aceptar yo para yerno  
 á un don Frutos Calamocha!—  
 Mas si con él me confundo,  
 ¿quién me hará ningun reproche?  
 ¿Qué papel hace en el mundo  
 una marquesa sin coche?  
 Tal boda no me hace gracia,  
 pero el siglo es tan mercante...  
 Tambien es aristocracia  
 la del dinero constante.  
 Ese yerno, bien lo sé,  
 será un patan, será un oso,  
 pero yo siempre seré

márquesa de Valfungoso.  
 Mi ejemplo y un figurin  
 harán tal vez el prodigio  
 de desasnarle y, en fin...  
 ¡Hola! Aquí está don Remigio.

ESCENA IV.

*LA MARQUESA. DON REMIGIO.*

D. REMIG. Salud, marquesa. Un bagage...,  
 gallego por otro nombre,  
 ya ha traído el equipage  
 provisional de aquel hombre.  
 Por la puerta del pasillo  
 ya en su cuarto se introdujo.  
 Ello costará carillo,  
 mas ¡qué elegancia y qué lujo!;  
 obra maestra del sastre...  
 y mia en cierta manera;  
 que fuí, temiendo un desastre,  
 el mentor de su tigera.

MARQUESA. Que venga al cuerpo del novio  
 es lo que importa en rigor.  
 Lo demas fuera un oprobio  
 para el sastre y el mentor.

D. REMIG. Todo se hizo, y consta en actas,  
 con entera sujecion  
 á las medidas exactas  
 que vinieron de Aragon.  
 Venga usted á ver la ropa...

MARQUESA. Yo la veré mas despacio.

D. REMIG. Mejor no se hace en Europa  
 ni se gasta en un palacio.  
 Ahora, si usted lo permite,  
 voy al parador...

MARQUESA. Sí, sí.

D. REMIG. A esperar al de Belchite  
 para conducirle aqui.

MARQUESA. Es mucha molestia...

D. REMIG. ¡Oh! No.

Yo sería muy bellaco,  
 si á dama de tanto pro...  
 Soy amable: este es mi flaco.

ESCENA V.

*LA MARQUESA.*

¡Qué trágico! Él se halla en todo.  
 Merece que se le cobre  
 cariño. Nos come un codo,  
 pero bien lo suda el pobre.  
 Hago de él cuanto yo quiero.  
 Ya le gruño, ya le embromo...  
 En la calle es mi escudero,  
 en casa mi mayordomo.  
 Y á todos con esa fé  
 sirve. Así tiene enjambre  
 de amigos. ¡Oh! Siempre fue  
 muy filantrópica el hambre.  
 Mientras la novia se avía,  
 voy á ver qué ropa es esa.  
 (*Se dirige á la puerta de la derecha.*)  
 Mucha lástima sería...  
 D. MIG. (*En la puerta del foro.*)  
 A los pies de usted, marquesa.

ESCENA VI.

*LA MARQUESA. DON MIGÜEL.*

MARQUESA. Caballero, beso á usted...  
 ¡Qué veo! ¡Usted por acá!  
 Mucho celebro...  
 D. MIG. He venido  
 con licencia temporal  
 por dos meses. ¿Usted buena?  
 MARQUESA. Talcualilla. Con el plan  
 que sigo ahora...  
 D. MIG. ¿Y la linda  
 Elisa?

MARQUESA. Sin novedad.

Sentémonos.

(*Se sienta en el sofá. Don Miguel va á tomar una silla.*)

D. MIG. Con permiso...

MARQUESA. No. Venga usted al sofá.

D. MIG. (*Sentándose en el sofá.*)

Celebro que no haya nadie...

MARQUESA. ¿Por qué...?

D. MIG. Tenemos que hablar.

MARQUESA. Pues ¡vaya! Explíquese usted  
y no tenga cortedad.

D. MIG. No soy yo corto de genio,  
señora mia, pero hay  
casos y cosas que al hombre  
mas valiente hacen temblar.

MARQUESA. ¿Y qué teme usted? ¿Soy yo  
alguna fiera...?

D. MIG. No tal;  
pero... un desaire...

MARQUESA. ¡Desaires  
á un hombre de calidad,  
á un amigo! Hágase usted  
justicia.

D. MIG. En primer lugar,  
declaro á usted que yo estoy  
enamorado.

MARQUESA. ¡Ba! ¡Ba!  
Si de otra culpa mas grave  
no se viene usted á acusar,  
yo le absuelvo desde ahora.  
¿Hay cosa mas natural?  
¿Y quién es la...

D. MIG. Yo creí  
que usted lo sabria ya...

MARQUESA. Yo ¿de dónde?

D. MIG. Ciertas cosas  
no se pueden ocultar.

MARQUESA. Pues como usted no se explique...

D. MIG. No me he explicado, es verdad,  
hasta hoy, porque esperaba

el ascenso á capitán...

MARQUESA. ¡ Ah! ¡ Dos charreteras! ¡ Bien!  
Ya no hay hombre desigual. —  
¡ Qué sea por muchos años!

D. MIG. ¡ Cumplimiento singular!  
¿ No querrá usted que, siquiera,  
aspire á un gradito más?

MARQUESA. Perdone usted. Sin pensarlo  
he dicho una necedad.  
Si por mí fuera, mañana  
sería usted general.

D. MIG. Si antes me hubiera casado  
no tendría viudedad  
Elisa...

MARQUESA. ¡ Acabara usted!  
¿ Con que es Elisa el íman  
de ese tierno corazón?

D. MIG. Sí; la amo con ceguedad,  
la idolatro, la...

MARQUESA. Ahora veo  
que no sabe usted lo que hay.

D. MIG. ¿ Pues qué hay...?

MARQUESA. Amigo del alma,  
bien puede usted perdonar.  
Elisa no es para usted.

D. MIG. ¿ Seré demasiado audaz  
en solicitarla? ¿ Acaso  
porque es corto mi caudal...

MARQUESA. Todo hay que mirarlo, amigo;  
mas la gran dificultad  
no está en eso.

D. MIG. ¿ Pues en qué?

MARQUESA. En que la voy á casar.

D. MIG. ¡ Ay! ¿ De veras?

MARQUESA. Ya lo he dicho,  
y yo no hablo en alemán.

D. MIG. ¿ Cuándo?

MARQUESA. Mañana.

D. MIG. ¿ Con quién?

MARQUESA. ¡ Qué flujo de preguntar!  
Con un hombre.





D. MIG. Yo no soy tan temerario.  
Ella me ama, y si falaz  
no es su labio...

MARQUESA. Aquí se acerca.  
Ella misma nos dirá...

## ESCENA VII.

LA MARQUESA. DON MIGUEL. ELISA.

ELISA. (*Muy elegante.*)

¡Ah! ¡Don Miguel!

D. MIG. ¿Con qué es cierto?  
¿Con que ha sido usted capaz  
de olvidarme...

ELISA. No señor.

Cuente usted con mi amistad...

D. MIG. ¿Amistad? Lindo despacho  
cuando vengo hecho un volcan...

ELISA. ¿No quiere usted ser mi amigo?

D. MIG. Yo quiero ser algo mas.

ELISA. ¿Marido? No puede ser:  
me he comprometido ya.  
¿Cortejo? Libreme Dios,  
que eso es pecado mortal.

D. MIG. ¿Así corresponde usted,  
á mi esperanza, á mi afan...

ELISA. Yo no he prometido nada.  
Lisonjas de sociedad,  
favores de rigodon,  
una carta insustancial;  
todo eso es galantería,  
pasatiempo...

D. MIG. ¡Voto á san...

¿Con qué frescura me pone  
en la garganta un dogal!

ELISA. Yo creí que usted ya estaba  
arreglado por allá.

D. MIG. ¡Yo!

ELISA. Y como usted no escribía...  
(¡Guapo está de capitán!)

Y como usted no me habló  
nunca de fé conyugal... ,  
y pasan dias y dias... ,  
y una tiene que pensar  
en una... En fin, me remito  
á lo que ha dicho mamá.

MARQUESA. ¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?

D. MIG. Que estoy dado á Satanás;  
que siete veces maldigo  
mi necia credulidad;  
que ya no hay fé en las mugeres,  
que no quiero ya tratar  
á ninguna, que me voy  
para no volver jamas...

ESCENA VIII.

LA MARQUESA. ELISA. DON MIGUEL. JUANA.

JUANA. Ya viene.

D. MIG. (*Deteniéndose.*)

¿Quién?

JUANA. Don Remigio  
con don Frutos.

D. MIG. ¡Mi rival...!  
Pues me quedo.

MARQUESA. ¿Con qué fin?

D. MIG. Es mera curiosidad.

JUANA. Le he visto desde el balcon.  
Ya habrá entrado en el zaguan.

MARQUESA. Mire usted que está en mi casa.

D. MIG. Yo la sabré respetar.

MARQUESA. No demos aqui un escándalo...

D. MIG. Ni aqui ni fuera. ¿Qué mas  
quiere usted? Yo me resigno... ,  
mas quiero verle.

JUANA. Aqui está.

## ESCENA IX.

LA MARQUESA. ELISA. DON MIGUEL. JUANA. DON FRUTOS. DON REMIGIO.

(Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa.— La marquesa y Elisa se sientan en el sofá.)

D. REMIG. (Presentando á don Frutos.)  
Señoras...

D. MIG. (A la marquesa.)  
¿Ese pazguato  
es el novio?

D. FRUT. (A Juana.) Señorita...  
(Queriendo abrazarla.)  
Dulce novia...  
(En voz baja á don Remigio.)

Mas bonita  
me pareció en el retrato.

D. REMIG. (Apurado.)  
¿Qué no es esa!

JUANA. (Riéndose. (Tambien se rie don Miguel.)  
No soy yo.

D. FRUT. Pues creí...

JUANA. Soy la doncella.

D. FRUT. ¿Pues cuál es mi novia?

D. REMIG. Aquella.

MARQUESA. (De mal gesto.)  
¿Me ha gustado el *quid pro quo*!

D. REMIG. (Al primer tapon zurrapas.)

D. FRUT. Me equivoqué, vive Cristo;  
y es que en Madrid, por lo visto,  
todas las mozas son guapas.

ELISA. (En voz baja.)  
¿Ay mamá!

D. MIG. (¿Bien! Ya me vengo.)

D. FRUT. (Fijando la vista en Elisa.)  
¿Oh, que está allí...! ¡Mentecato

de mí!

(*A don Remigio.*)

Es el vivo retrato  
del retrato que yo tengo.

(*Acercándose.*)

Dios guarde á usted, doña Elisa.

ELISA. Felices.

MARQUESA. (*¡Volada estoy!*)

(*A Juana que se está riendo.*)

Vete de aquí.

JUANA. Ya me voy.

(*No puedo tener la risa.*)

### ESCENA X.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON MIGUEL. DON  
REMIGIO.

D. MIG. (*Voy á pasar un buen rato.*)

ELISA. Esta señora es mamá.

D. FRUT. ¡Ah...! Servidor... Como allá  
no llegó mas que un retrato...

MARQUESA. Y aun ese estaba de sobra.

¡Despues de verla pintada,  
llamar novia á la criada!

¡Qué horror!

D. FRUT. La misma zozobra...

Y..., la verdad, no esperé  
que en tan feliz coyuntura  
me esperase mi futura  
sentada en el canapé.

Hallar pensaba á mi bella, —  
no sé si esto es escederme, —  
con tanta gana de verme  
como yo de verla á ella.

Topo al colarme aquí dentro  
una chica de buen porte,  
y creo que es mi consorte  
la que me sale al encuentro;  
no reconozco el traslado,  
mas digo para mi pecho,

¡eh! siempre va largo trecho  
de lo vivo á lo pintado;  
en esto viene á advertirme  
el señor que me equivoco;  
pero si se tarda un poco  
¡zas! yo la abrazo, y de firme.

D. MIG. (¡Me gusta el desembarazo!)

ELISA. (Pues no es tonto, aunque grosero.)

MARQUESA. Esta es la novia.

D. FRUT. ¡Ah! Sí...

MARQUESA. Pero

suprima usted el abrazo.

D. FRUT. Bien. Mis fines eran buenos,  
mas me aguanto y no me pico.

No me hará pobre ni rico  
un apretón mas ó menos.

Y abrazos del corazón,  
hijos de pura alegría,  
no se dan á sangre fría,  
sino así..., de sopetón.

D. REMIG. (*A la marquesa.*)

Cosas de así... como así;  
mas cuando él recapacite  
que no estamos en Belchite...

D. FRUT. Ya sé que estamos aquí.

(¡Vaya una familia tiesa!  
Pues aunque fuera yo el coco...)

D. REMIG. (*En voz baja á la marquesa.*)

Él soltará poco á poco  
el pelo de la dehesa.

MARQUESA. ¿No toma usted una silla?

D. FRUT. Sí haré, si no es contra fuero  
que un honrado forastero  
tome asiento en esta villa.

(*Se sienta, y hacen lo mismo don Miguel y don Remigio.*)

MARQUESA. Volviendo á lo del abrazo,  
aquí no se mira bien  
que los novios se le den  
antes del solemne lazo.

D. FRUT. Si amor les hace cosquillas,

aquí y allí creo yo  
 que, si con testigos no,  
 se abrazarán á hurtadillas.  
 Lo primero es mas honesto;  
 mas ni así ni de otro modo  
 en abrazar me incomodo  
 á quien me pone ese gesto.

MARQUESA. (Cedamos, que ya se amosca.)  
 No crea usted que ella sienta...

D. FRUT. (Con enfado.)  
 Pues si ha de ser mi parienta  
 que no me mire tan fosca.

MARQUESA. Su modestia no permite...

D. FRUT. Ya me carga su modestia.  
 ¿Qué va á que tomo una bestia  
 y doy la vuelta á Belchite?—  
 ¡Bien! Ya se rie. Esto es algo.

ELISA. ¿Qué tal el viaje?

D. FRUT. Tal cual;  
 más volqué en un pedregal  
 y á poco no me desnalgo.

D. MIG. (Haciendo ascos.)  
 ¡Me desnalgo!

D. FRUT. En diligencia  
 no vuelvo á viajar.

D. REMIG. ¿Pues cómo?  
 ¿En carro?

D. FRUT. En mi macho romo,  
 que es animal de conciencia.

D. REMIG. (Aparte á don Miguel.)  
 Se conoce que los dos  
 simpatizan.

D. FRUT. (Mirando á Elisa embebecido.)  
 ¡Oh qué linda!  
 ¡Qué boca! Es como una guinda.  
 ¡Qué talle! ¡Válgame Dios!

ELISA. Mil gracias por la lisonja.

D. FRUT. No. ¡Qué ojuelos! ¡Oh qué fragua!  
 La boca se me hace un agua,  
 y el corazon una esponja.

D. MIG. (¡Cómo la requiebra el ganso!)

MARQUESA. (Ya me tiene el alma en hilo  
y si no le corto el hilo...)

(A don Frutos levantándose y todos hacen lo mismo.)

Usté ha menester descanso...

D. FRUT. Yo no. Al lado de una bella...

MARQUESA. No obstante...

D. FRUT. Obedezco pues.

(A Elisa.)

A Dios, cordera.

(A la marquesa.) ¿Cuál es  
mi habitacion?

MARQUESA. (Mostrando la de la derecha.)

Es aquella.

(Al volverse de pronto don Frutos derriba un velador  
que habrá en medio de la sala con un juego de té.)

D. FRUT. Voy... ¡Voto al siete de bastos...!

ELISA. ¡Jesus!

MARQUESA. ¡Mi almuerzo de china!

D. FRUT. ¡Otra! ¿Quién, diablo, imagina  
poner en medio los trastos?

D. REMIG. Ayude usted...

(Entre don Miguel y don Remigio levantan el vela-  
dor y lo demas.)

MARQUESA. ¡Ayer mismo  
un dineral me costó!

D. FRUT. ¿No fuera peor que yo  
me hubiera roto el bautismo?  
En mi tierra...

MARQUESA. ¡Hombre funesto!

D. FRUT. No sucede eso.

D. REMIG. (A don Miguel.)

Ya va

escampando.

D. FRUT. Porque allá

cada cosa está en su puesto.—

Pero, en fin, por cuatro frascos  
no hemos de gemir ahora.

Sosíéguese usted, señora,

que yo pagaré los cascós.

Con que... hasta luego.

(Vase por la puerta de la derecha.)



D. REMIG. (*Aparte á la marquesa.*)

Es novicio...

MARQUESA. Maldecido sea, amen.

Sígale usted... Yo tambien ;

; no haga alli nuevo estropicio !

ESCENA XI.

ELISA. DON MIGUEL.

ELISA. (¡Ese novio es una fiera!)

D. MIG. El novio es hombre de gusto.

Yo celebro como es justo...

ELISA. (*Enfadada.*)

¡Don Miguel...!

D. MIG. (*Remedando á don Frutos.*)

A Dios, cordera.

ELISA. (Yerta como esa pared

me ha dejado.)

D. MIG. Ah, ah, ¡qué risa...

Él me vengará de Elisa.

ELISA. (*Con despecho.*)

Él me gusta mas que usted.

D. MIG. Sereis felices los dos.

Ya envidio el grato solaz...

ELISA. ¿Quiere usted dejarme en paz?

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

D. MIG. (*A la puerta y se retira luego por el foro.*)

¡Justo castigo de Dios!



---

---

# ACTO SEGUNDO.

---

## ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA. ELISA.

MARQUESA. **V**aya, esas son niñerías,  
y aunque en parte las disculpo,  
ya tu palabra empeñaste  
y quebrantarla no es justo.

ELISA. Pero, mamá, si es un hombre  
de tan mal tono, tan rudo...

MARQUESA. Alguna corteza tiene,  
mas como de esos palurdos  
en dos meses de Madrid  
se vuelven finos y pulcros  
y elegantes. Por ventura,  
¿es menester grande estudio  
para imitar á esa cáfila  
de galancetes insulsos  
que en tertulias y cafés  
pasan por hombres de gusto?  
En cuatro dias se aprende  
con un mediano discurso  
la insustancial fraseología  
con que se lucen algunos.  
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre  
para no soltar rebuznos?  
Callar frunciendo las cejas  
con estudiado repulgo,  
y decir al que se admire  
de verle tan taciturno:  
“¡soy romántico, soy genio!  
Mi mision en este mundo  
es... ¡callar!”;— y si á esto añade

una contraccion de músculos,  
 y se va sin saludar  
 retorciéndose los puños,  
 dirán: “¡lástima de jóven!  
 Su esplin le abrirá el sepulcro.  
 ¡Qué buenas cosas se ealla!  
 ¡Qué talento tan profundo!”—  
 Para vestir *comm'il faut*  
 ¿qué ciencia, qué genio infuso  
 ha menester, donde hay sastres,  
 quien cuenta miles de duros?—  
 Para abonarse en la ópera  
 y, segun viene el impulso,  
 chichear la cabatina  
 ó dar aplausos al duo,  
 no es preciso conocer  
 las reglas del contrapunto;  
 ni otra cosa se requiere  
 que tener dinero y mucho  
 para jugar tres albures...  
 el que no truena al segundo.  
 Asi se suelen formar  
 los petimetres al uso,  
 y mas de cuatro tal vez  
 entre los de alto coturno  
 en eso de letras gordas  
 dan quince y falta á don Frutos.

ELISA.

¡Oh! Tú dirás lo que quieras,  
 pero esos modales rústicos  
 no se olvidan facilmente,  
 ni despues de cinco lustros  
 muda de hábitos un hombre  
 que se halla bien con los suyos.  
 Tú viste cuál se anunció  
 desde su primer saludo.  
 Tú viste...

MARQUESA.

Dices muy bien;  
 necio y aturdido estuvo,  
 pero es achaque de novios.  
 ¿Quién no paga ese tributo?  
 Yo me enfadé mas que tú,

porque tengo malos humos,  
 mas considerando luego  
 que, si es mazacote y brusco,  
 ni entendimiento le falta,  
 ni tiene el alma de estuco;  
 recordando la postrera  
 voluntad de mi difunto,  
 y mirando en fin la cosa  
 con madurez y con pulso,  
 veo que fuera bobada  
 renunciar por tus escrúpulos  
 al acaudalado yerno  
 que me sacará de apuros.

ELISA.

¡No eres tú la amenazada  
 de sujetarte á su yugo,  
 mamá, que si fuera así  
 tomarian otro rumbo  
 tus reflexiones!

MARQUESA.

¿Acaso

no es buen mozo, blanco, rubio...

ELISA.

Sí, su figura me agrada,  
 mas dirán que es un absurdo...

MARQUESA.

Simplecilla, no te cuides  
 de lo que murmure el vulgo.  
 Tú te casas para tí,  
 no para él; y, por último,  
 ¿quién repara ya en maridos?  
 Todos vienen á ser unos.  
 Las mugeres dan el tono  
 con sus gracias y su lujo.  
 ¿Qué hacen ellos en un baile,  
 por ejemplo? Como buhos  
 se van todos agrupando  
 en el rincon mas oscuro  
 de la sala. Allí reparten  
 los dominios del gran turco,  
 y en un dos por tres revuelven  
 el Tajo con el Danubio;  
 ó en el Tresillo engolfados  
 disputan como energúmenos  
 sobre si echaste la *mala*

debiendo rendir el *punto...*,  
y no sabe alguno de ellos  
que, mientras cuenta los triunfos,  
un galan le da *codillo*  
y su esposa hace *renuncio*.

ELISA. Pero, mamá...

MARQUESA. Calla, chica,  
que ya sale tu futuro.

## ESCENA II.

LA MARQUESA. ELISA. DON REMIGIO.

MARQUESA. ¿No viene el aragonés?

D. REMIG. Tardará pocos instantes.

Se está calzando los guantes...

ELISA. ¡Qué! ¿Se los pone en los pies?

D. REMIG. He usado de una figura  
retórica.

MARQUESA. ¿Está buen mozo?

D. REMIG. ¡Oh! Sí señora; da gozo;  
solo que el pobre se apura...

MARQUESA. Él vestía tan holgado...

D. REMIG. Pues, y al que no está hecho á bragas  
las costuras le hacen llagas.—

Pues todo le está pintado.

Un buen sastre y mucha plata...

Yo le he dado, por supuesto,

instrucciones y le he puesto

por mis manos la corbata.

Por poco que yo le exhorte

y por poco que él me imite,

ese roble de Belchite

se aclimatará en la corte.

Sí, le puliremos pronto,

que, aunque él tiene, y lo confiesa,

el pelo de la dehesa,

no tiene pelo de tonto.

Si le mira con desden

Elisa, á fé que le ultraja.

ELISA. ¿De veras?

- D. REMIG. Es una alhaja.  
Doy á usted mi parabien.  
MARQUESA. ¡Pero esos guantes, señor...!  
D. REMIG. Ya me van dando cuidado.  
Voy á ver...  
ELISA. No le habrá dado  
don Remigio el calzador.

## ESCENA III.

LA MARQUESA. ELISA. DON REMIGIO. DON FRUTOS.

(Don Frutos se presenta vestido de rigorosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.)

- D. FRUT. (Yo creía que en un mes  
no me entraban...)  
ELISA. (A su madre en voz baja.)  
¡Ay, qué tieso!  
D. FRUT. (Haciendo un gesto y dando con el pie en  
el suelo como para que acabe de entrar la bota.)  
¡Por vida...—Señoras, beso  
á ustedes los cuatro pies.  
MARQUESA. ¡Cómo cuatro pies!  
D. FRUT. La cuenta  
no marra. Dos y dos...  
MARQUESA. Ya.  
D. FRUT. ¡Pues ya! Los dos de mamá  
y los dos de mi parienta.  
D. REMIG. (Ya se enmienda el Ganimédes.)  
D. FRUT. Me ha dicho este caballero  
que es saludo muy grosero  
el decir: Dios guarde á ustedes;  
y que en Madrid á estas horas,  
como pueblo mas cortés,  
se estila besar los pies  
verbalmente á las señoras.  
Para hacerlo con mas gala,  
yo al besar los he contado,

y mas hubiera besado  
 si mas hubiera en la sala. —  
 ¡Maldita sea la bota!  
 Estoy viendo las estrellas.

D. REMIG. ¡Si son tan suaves... Con ellas  
 bailara yo la gabota.

D. FRUT. No las llevo yo ni un dia.  
 ¡Qué martirio tan cruel!

D. REMIG. Ya dará de sí la piel.

D. FRUT. ¡Sí; destrozando la mia!

D. REMIG. En Madrid los elegantes  
 no calzan lo que su pie.  
 Un puntito menos...

D. FRUT. ¿Eh?

D. REMIG. Es de rigor.

D. FRUT. ¿Y los guantes?

Antes los veo deshechos  
 que puestos, y si aun á gusto  
 dan guerra á un hombre robusto,  
 ¿qué será viniendo estrechos?

ELISA. Guante estrecho es muy señor.

D. FRUT. (*Mostrando el guante roto.*)

¿Aunque se haga este rasguño?

ELISA. Si con él se cierra el puño,  
 mal guante.

D. REMIG. Sí; es de rigor.

D. FRUT. De oír á ustedes me chafó  
 y de ver que estos enredos  
 me engarabatan los dedos  
 como si estuviera gafó.

¡Y esta invencion de travillas...

¿Y el corbatin? ¿Quién lo aguanta?

Ataruga la garganta

y en la oreja hace cosquillas.

¿Pues y el fraque? Esto es peor.

¿Quién se lo abrocha en un lance?

No hay forma de que me alcance...

D. REMIG. No se abrocha. Es de rigor.

D. FRUT. ¿Si creerán los oficiales

de sastre que tengo gonces?

¡No se abrocha! Pues entonces,

¿de qué sirven los ojales?  
 Mas de tantas perfecciones  
 la que mas me maravilla  
 es la especie de cotilla  
 que me oprime los riñones.

D. REMIG. (*A la marquesa.*)

Es una faja de goma  
 elástica para que entre  
 en razon su enorme vientre,  
 porque si no se le doma...

D. FRUT. Pero, hombre, ¿por San Melchor...!,  
 ¿tener barriga es delito?

D. REMIG. Aquí todo señorito  
 la suprime. Es de rigor.

D. FRUT. (*Remedando á don Remigio.*)

Es de rigor...  
 (*Enfadado.*) ¡Tio Calores!,  
 ¿sabe usted que ya me voy  
 enfarruñando y que doy  
 al diablo tantos rigores?

D. REMIG. No lo tome usted á mal.

MARQUESA. Son lecciones de buen tono.

D. FRUT. Si quiere volverme mono,  
 se engaña, cuerpo de tal.  
 Hoy me pongo estos arreos  
 porque usted los mandó hacer...

MARQUESA. Sí.

D. FRUT. Y á ninguna muger...

MARQUESA. (¡Huy! ¡Muger...!)

D. FRUT. Hago yo feos;

mas determinado estoy  
 con propósito muy firme  
 á calzarme y á vestirme  
 á medida de quien soy;  
 y si aqui no puedo hallar  
 sastre que entienda mi porte,  
 vendrá á vestirme en la corte  
 el sastre de mi lugar;  
 que yo gusto de estar horro,  
 y no dar tormento al bazo,  
 y mover el pie y el brazo



sin necesitar socorro.

ELISA. (¡Ah!)

MARQUESA. Bien; si á usted le molesta...

D. FRUT. Levita y fraque, en buen hora.  
Tambien por allá, señora,  
se usan el dia de fiesta.

ELISA. (Con sobresalto.)  
Y en los dias de trabajo  
¿qué usaba usted?

D. FRUT. Aunque charra,  
una peluda zamarra  
cuando hace frio me encajo,  
y en verano, amada Elisa,  
chaquetilla de mahon,  
mas si aprieta la estacion  
ando en mangas de camisa.

ELISA. (¡Ay de mí!)

D. FRUT. Todo muy ancho,  
que para andar por los cerros  
con la escopeta y los perros,  
y el tio Roña y el tio Francho...

ELISA. ¡Ay, qué nombres! ¡El tio Roña...!

D. FRUT. Allí todos tienen mote:  
tio Tozuelo, tio Perote,  
tia Lechuza, tia Ponzoña...  
Yo vivo allí sin empacho  
y mido por un rasero  
al hidalgo y al pechero,  
al leñador y al ricacho.  
Otros con menos caudal  
desdeñan á los Perotes,  
que hay tambien allí Quijotes  
como en esta capital;  
mas solo mi grande abasto  
se sabe allá por el brio  
con que gasto lo que es mio...,  
y doy mas de lo que gasto.

D. REMIG. (Aparte con Elisa.)

¡Es filósofo!

ELISA. Y buen hombre.

¡Eso sí!

D. FRUT.

Cuando me junto  
con alguien, no le pregunto  
su apellido ni su nombre;  
que sea honrado me basta.  
Quizá cuanto mas antigua  
con menos fé se atestigua  
la pureza de una casta.

¿Quién será el santo baron  
que diga con juramento:

¡veinticinco abuelos cuento  
y ninguno fue ladron!

No pongo en este capítulo  
á ustedes, ni me desdeño  
de llamar mi dulce dueño  
á la heredera de un título.

En su última enfermedad  
mi padre me lo mandó,  
y, aun difunto, quiero yo  
que se haga su voluntad;  
y cuando tan linda es  
la que me hace tanto honor,  
bien puedo yo, pecador,  
resignarme á ser marques.

ELISA.

(*Aparte á la marquesa.*)

¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!

MARQUESA.

(*En voz baja.*)

¡Eh! No lo tomes á ultraje.  
No está ducho en el lenguaje...  
Sé tolerante y benigna.

(*A don Frutos.*)

Sin perjuicio de lo humano  
y lo afable, yo confío  
que en la corte, yerno mio,  
sabrás usted ser cortesano.

D. FRUT.

Veremos; haré un esfuerzo...  
Quiero dar gusto á mi novia.—  
Pero esta faja me agobia...  
No digeriré el almuerzo.—  
Aunque á Belchite no olvido,  
daré honor al marquesado.  
Lo propio para un fregado

soy yo que para un barrido,  
 porque... ¡El diantre de la bota...!  
 Muy primorosa, muy bella,  
 mas para jugar con ella  
 un partido de pelota...

D. REMIG. ¡Hola! Usted será muy diestro...

D. FRUT. ¡Oh, mucho! A largo y á plé;  
 de todas maneras sé;  
 y no he tenido maestro.

Pues ¡correr...! Nadie me agarra.

Pues ¡saltar...! En cada brinco  
 de cuatro varas á cinco.

Pues ¡y tirar á la barra?

Tengo yo una fuerza atroz.

ELISA. (¡Ay, Vírgen de la Almudena!)

D. FRUT. Cargué un dia en Cariñena  
 cuatro quintales de arroz.

#### ESCENA IV.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON REMIGIO. JUANA.

JUANA. La baronesa del Céspedes.

MARQUESA. Que entre...

JUANA. Ya está en el estrado.

MARQUESA. Voy corriendo...

JUANA. Ha preguntado  
 si habia venido el huésped.

MARQUESA. (En voz baja.)

¿Qué has dicho?

JUANA. Que irá al instante.

MARQUESA. ¡Todo lo haceis al revés!—

(Pero si ha de ser despues...)

Allá vamos.

JUANA. (Mirando á don Frutos.)

(¡Qué elegante!)

#### ESCENA V.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON REMIGIO.

MARQUESA. (A don Frutos.)

Venga usted.— Elisa, ven.

- D. FRUT. ¿Visita?
- MARQUESA. Sí.
- D. REMIG. (Dios enfrene  
su lengua.)
- MARQUESA. Mi prima viene  
á darnos el parabien.
- D. FRUT. ¡Corriente! Vamos allá...
- D. REMIG. (*En voz baja á don Frutos.*)  
¡Hombre..., el brazo á la señora!
- D. FRUT. ¡Ah! sí, sí. Tómallo, aurora.  
(*Se lo ofrece á Elisa.*)
- ELISA. Déselo usted á mamá.

## ESCENA VI.

LA MARQUESA. DON FRUTOS. DON REMIGIO.

- MARQUESA. (*Tomando el brazo de don Frutos.*)  
Venga.
- D. FRUT. (He de ser su pariente,  
y no me dejan ahora...)
- D. REMIG. Usted, por lo visto, ignora  
la legislacion vigente...
- D. FRUT. Pero, señor, ¿qué mas da...
- MARQUESA. Mientras otra ley no rija,  
no se da el brazo á la hija  
si hay de por medio mamá.
- D. FRUT. Está muy bien, mamá mia.  
Usted disponga de mí...  
(*Poniéndose la mano en el estómago.*)  
(Ya se me ha sentado aquí...  
¡y no es suegra todavía!)

## ESCENA VII.

DON REMIGIO.

¡Vaya, que es original  
el mocito aragonés!  
Y no es hombre que se mama  
el dedo, que sabe bien

donde le aprieta el zapato,  
 como el otro montañés.  
 ¡Ya tiene alma...! Harto será  
 que hagamos carrera de él.  
 Y si ahora tasca el freno,  
 ¿qué hará el amigo despues?  
 Mucho temo que esa boda  
 haga recordar aquel  
*tigribus agni...* Pero ellas  
 lo quieren, y siempre fue  
 mi sistema favorito  
 dejar el mundo correr,  
 no indisponerme con nadie  
 y decir á todo: amén.  
 Voy ahora á hacer la corte  
 á esas damas...

ESCENA VIII.

DON REMIGIO. DON MIGUEL.

- D. MIG.                                    ¡Oiga usted!  
 Tenemos que hablar.
- D. REMIG.                                Con mucho  
 gusto, señor don Miguel.
- D. MIG.                                ¿Se casa por fin Elisa  
 con ese novio soez?
- D. REMIG.                                Creo que sí. Su fortuna  
 es hoy la misma que ayer;  
 colosal, y la marquesa  
 no querrá soltar el pez.
- D. MIG.                                Mas ¿qué dice Elisa?
- D. REMIG.                                Creo  
 que es del mismo parecer.
- D. MIG.                                ¿Sí?
- D. REMIG.                                No simpatiza mucho  
 con el rústico doncel,  
 pero andando el tiempo espera  
 domesticarle tal vez,  
 y en tanto con doce mil  
 duritos de renta... ¡Pues!

- D. MIG. ¡Pues!
- D. REMIG. Y, bien considerado,  
la boda es igual.
- D. MIG. ¿Por qué?
- D. REMIG. Ella, esposa de don Frutos,  
puede vivir con el tren  
correspondiente á su clase;  
tomándola por muger,  
él, como dijo no ha mucho,  
se resigna á ser marques;  
él lleva en arras el oro  
y la novia el oropel.
- D. MIG. ¿Con que aprueba usted la boda?
- D. REMIG. ¡Vaya si la apruebo! Cien  
y cien veces...
- D. MIG. Pues yo digo  
que es boda de Lucifer.
- D. REMIG. ¿Cómo...! ¡Usted...
- D. MIG. Y el que la apruebe  
debe andar en cuatro pies.
- D. REMIG. (Me hace temblar.) Con efecto...,  
puede haber razones...
- D. MIG. ¿Eh?
- D. REMIG. No hay que enfadarse. Mi voto  
no tiene fuerza de ley.  
Convénzame usted. Soy hombre  
que me dejo convencer.
- D. MIG. ¡Voto á briós...
- D. REMIG. Yo no creí  
que usted tuviese interes  
en probarme lo contrario.
- D. MIG. ¡Voto á...! ¿No lo he de tener,  
si soy amante de Elisa?
- D. REMIG. ¿De veras? ¡Oh...! Ya se ve,  
como usted ha estado ausente,  
yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién  
ha de aprobar que aquel bárbaro  
sea preferido á usted?
- D. MIG. ¡Y la ingrata le prefiere!
- D. REMIG. (*Enternecido*)  
¡Calle usted! Eso es cruel.

- D. MIG. Mas la culpada no es ella.
- D. REMIG. Asi lo creo tambien.
- D. MIG. Sino su madre...
- D. REMIG. ; Oh! ; Las madres...!
- D. MIG. Y usted.
- D. REMIG. ; Yo?
- D. MIG. Sí; yo lo sé.
- D. REMIG. Pero...
- D. MIG. Usted es el *factotum*  
de esta casa.
- D. REMIG. ; Qué he de ser?  
; pobre de mí...!
- D. MIG. Si esa falsa  
me ha mirado con desden,  
si se casa con don Frutos,  
á usted debo esa merced.
- D. REMIG. ; Hombre! Yo...
- D. MIG. Usted aplaudia  
la boda, no ha mucho.
- D. REMIG. Bien,  
no lo niego; pero yo  
hablaba de buena fé...
- D. MIG. Yo exijo que desde ahora  
proceda usted al revés.
- D. REMIG. Pues digo que es execrable.
- D. MIG. No me basta. Es menester  
decírselo á la marquesa,  
á su hija, al novio; á los tres.
- D. REMIG. Pero, ; por Cristo...! ; Si ya  
les he dado el parabien!  
; Cómo gobernarme ahora...  
; Usted me quiere perder!
- D. MIG. De consejo muda el sabio.
- D. REMIG. ; Cómo hago yo ese entremés...
- D. MIG. Un parásito es histrion  
que hace cualquiera papel.
- D. REMIG. Veremos; pero...
- D. MIG. No hay pero  
que valga. Un buen alfiler  
de brillantes si usted logra  
que se deshaga el pastel,

mas si esa boda ridícula  
se efectúa...

D. REMIG. (¡Ay, San Ginés...!)  
yo...

D. MIG. Tenga usted entendido  
que pagará con la piel.

D. REMIG. ¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?  
¿Soy yo el novio somaten?

D. MIG. Todo se andará. Primero  
que me vea yo con él,  
procuremos arreglar  
la cosa de bien á bien.

D. REMIG. (¡De bien á bien, y me quiere  
matar!)

D. MIG. Me vuelvo al café,  
que si veo á esa traidora  
no me podré contener.  
Con que, lo dicho, compadre.  
A la tarde volveré...

D. REMIG. Bien; yo aguzaré el ingenio,  
yo pondré pies en pared...

D. MIG. O me caso con Elisa,  
ó nos batiremos.

D. REMIG. ¿Qué?  
Yo no me bato con nadie.  
Tengo respeto... á la ley.

D. MIG. Pues si usted no acepta el duelo  
y Elisa me deja á pie,  
le corto á usted las orejas  
como dos y una son tres.

## ESCENA IX.

DON REMIGIO.

¡Jesus, qué demonio...! Estoy  
por dar parte al coronel...  
Vuelve Elisa. Si pudiera  
disuadirla... Probaré.



## ESCENA X.

*ELISA. DON REMIGIO.*

*ELISA.* ¡Ay don Remigio de mi alma!

*D. REMIG.* ¿Qué tiene usted, criatura,  
que viene tan alligida?

¿Ha hecho alguna de las suyas  
el aragonés?

*ELISA.* ¡Ah, qué hombre,

Dios mio! No podré nunca  
acostumbrarme á su trato.

Yo me vengo aquí confusa,  
avergonzada. Mamá

se fatiga en vano, suda  
para atajar el torrente

de sandeces y tontunas  
con que el bueno de don Frutos  
cual Dios le crió se anuncia.

Mi tia, que es tan satírica  
y de un entierro se burla,

le da cuerda y nos dispara  
un dardo en cada pregunta.

*D. REMIG.* ¿Mas qué hace el novio? ¿Qué dice...

*ELISA.* ¡Ay Dios, qué caricatura!

Ni un momento está parado.

Ya se empina y gesticula

porque las botas le aprietan

ó le duele la cintura;

ahora el corbatin se afloja

y el lazo queda en la nuca;

parecen devanaderas

las piernas, según las cruza;

braceando sin descanso

en la silla se columpia;

le dicen un cumplimento,

y él endereza una pulla;

y, para colmo de gracias,

saca una bolsa de nutria,

la deslía, toma un puro,

enciende un fósforo ; y fuma!

**D. REMIG.** ¡Horror!

**ELISA.**

Y no sabe hablar  
mas que del campo, y la lluvia,  
y las crecidas del Ebro,  
y la feria de la Almunia,  
y los jornales que paga,  
y los perros que le ahullan.  
La baronesa le brinda  
con su escogida tertulia,  
y él habla de su bodega  
con ciento y ochenta cubas;  
observa que es verde oscuro  
un lienzo de la pintura,  
recuerda sus olivares,  
y dice: se heló la fruta,  
pero ogaño es asombrosa  
la cosecha de aceituna;  
toma por fin un periódico  
y leyendo en sus columnas:  
“la cámara de los pares...,”  
interrumpe la lectura  
y exclama: ¿qué harán ahora  
mis doce pares de mulas?

**D. REMIG.** Vamos, nada hay que esperar  
de aquella materia bruta.  
Vuélvase por donde vino.

¿Qué importa su gran fortuna  
si la ha de comprar usted  
con lágrimas de amargura?

**ELISA.** ¿Es posible... Pues no ha mucho  
que aplaudía usted con suma  
satisfacción nuestra boda.

**D. REMIG.** Ahora me parece absurda.  
Las torpezas que yo vi,  
aunque á la verdad son muchas,  
para un novio lugareño  
eran pecata minuta,  
mas lo que usted me ha contado  
me horroriza, me espeluzna.

**ELISA.** Con todo, puede que el tiempo...

D. REMIG. No hay que cansarse. Es muy dura  
aquella testa. ¡Qué acémila!

Por milagro no rebuzna.

ELISA. ¡Poco á poco, don Remigio!  
Él no es lerdo. Usted le insulta.

D. REMIG. Señora, yo...

ELISA. Tiene prendas  
muy laudables.

D. REMIG. Sin disputa,  
pero...

ELISA. Puede ser mi esposo,  
y quien le injuria, me injuria.

D. REMIG. Como no lo es todavía,  
y deseo la ventura  
de usted... (Hoy en nada acierto.)

No sabe usted las angustias  
que yo paso para... En fin,  
yo juzgo lo que usted juzga,  
quiero lo que quiere usted,  
sufriré lo que usted sufra,  
y cuando usted me consulte  
porque tenga alguna duda,  
consultaré con usted  
la respuesta á la consulta.

## ESCENA XI.

LA MARQUESA. DON FRUTOS. ELISA. DON REMIGIO.

D. FRUT. (*A Elisa.*)

¡Ah, que estás aquí... Perdona,  
mi vida, si te tuteo,  
que mi cariño lo abona.

¡Qué gallarda y guapetona!  
Me embobo cuando te veo.

¿Cuándo la boda será?

Solo de pensarlo, ya  
toda el alma se me alegra,  
y estoy... Marquesa mamá,  
sea usted pronto mi suegra.

ELISA. (*¡Ay cielo!*)

- D. FRUT. Sin aparatos.  
Cuanto menos embolismo  
mejor. Haya buenos platos,  
y luego...
- MARQUESA. Mañana mismo  
se firmarán los contratos.
- D. FRUT. ¡Mañana!
- D. REMIG. (¡Triste de mí!)
- D. FRUT. Jámás igual regocijo  
en mi corazon sentí.  
La amaré á usted como un hijo, —  
y como un esclavo á tí.
- ELISA. (¡Qué oigo!)
- D. FRUT. Serás mi regalo,  
mi delicia...
- D. REMIG. (Esto va malo.)
- ELISA. (*Aparte con don Remigio.*)  
¿Oye usted esos estremos?
- D. REMIG. Es que ahora le cogemos  
en un lúcido intervalo.
- D. FRUT. Tú vivirás satisfecha.  
Mis ganados, mi cosecha,  
mis haciendas, mi dinero;  
todo es para tí, lucero,  
desde la cruz á la fecha.  
Es tosca mi educacion  
para aspirar á tal moza;  
yo te hago esta confesion,  
pero tengo un corazon  
como de aqui á Zaragoza.  
Él encontrará camino  
de agradar á mi muger.  
Para amar con desatino  
no creo que es menester  
que uno sea lechuguino.  
En lo que yo no esté ducho  
corrige tú mis maneras,  
verás qué dócil te escucho.  
Tú harás de mí lo que quieras...  
siempre que me quieras mucho.  
Asi con igual placer,

luego que al pie del altar  
me digas: soy tu muger,  
tú me enseñarás á hablar;  
yo te enseñaré á querer.

MARQUESA. ¡Bien, don Frutos!

ELISA. (¡Qué sorpresa!

De haberle ajado me pesa.)

MARQUESA. (*Aparte á Elisa.*)

Vaya; responde.—¿No puedes?

ELISA. (*En alta voz.*)

Yo...

### ESCENA XII.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON REMIGIO. JUANA.

JUANA. Cuando gusten ustedes...

Ya está la sopa en la mesa.

### ESCENA XIII.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON REMIGIO.

D. FRUT. (*Ofreciendo el brazo á la marquesa.*)

Haremos los dos un lazo...

MARQUESA. (*Tomando el brazo de don Frutos.*)

Gracias.

D. FRUT. (¡Vaya una pandorga...!)

(*A Elisa.*) Con que... ¿me querrás muchazo?

MARQUESA. Ya ve usted; quien calla otorga.

ELISA. (*Mirando á don Frutos con ternura.*)

Deme usted el otro brazo.

(*Vanse por la izquierda del foro.*)

### ESCENA XIV.

DON REMIGIO.

¡Oh miedo!, ¿qué me aconsejas?

Mientras la niña se humana

vendrá el otro á darme quejas...

¡Pobre Remigio! Mañana

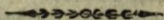
amaneces sin orejas.

(*Sigue á los novios y á la marquesa.*)

---

---

## ACTO TERCERO.



### ESCENA PRIMERA.

DON FRUTOS. DON REMIGIO.

(*Está anocheciendo. Vienen don Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.*)

D. REMIG. ¡S

D. FRUT.

oberbia comida!  
Sí;  
pero, sin tanto primor,  
á mí me daba mas gusto  
mi cocina de Aragon.

D. REMIG. Tiempo hace que no he bebido  
mejor vino de *Bordeaux*...

(*Mudando de tono como para hacerse comprender.*)  
Burdeos.

D. FRUT.

Me importa poco  
el nombre de ese señor,  
porque me sabe muy mal  
en francés y en español.

D. REMIG. ¡Hombre, un Burdeos legítimo...  
y de *Laffitte*! ¡Un licor  
europeo!

D. FRUT.

Y yo ¿qué tengo  
que ver con Europa? Soy  
de Belchite. — Y contra el mismo  
patriarca Noé, inventor  
de la vendimia, sostengo  
que es vino de municion  
ese que usted me pondera;  
que agri-áspero de sabor,  
ni me calienta el estómago  
ni me alegra el corazon,

y, en fin, que para vinagre  
lo he vendido yó mejor.

D. REMIG. No dudo...

D. FRUT. Donde está el vino  
de Belchite...

D. REMIG. Ya me doy  
por vencido.

D. FRUT. ¿Y la garnacha  
de Cariñena, Aguaron,  
Longares, Cosuenda... ¡Aquello,  
aquello es gracia de Dios!

D. REMIG. No se estilan esos vinos  
en las mesas *comm'il faut* ;  
pero siendo usted de casa,  
ha cometido un error  
la marquesa en no obsequiarle  
con una botella ó dos  
de Cariñena.

D. FRUT. ¡Es mi suegra!—

Y, por Cristo, que ya estoy  
apestado de ella. ¡Vaya,  
que es mucha persecucion!  
¡No permitir que me siente,  
ni en la mesa, junto al sol  
de mis ojos...! ¡Y qué empeño  
de darme en todo leccion!

Toda la comida ha estado  
quemándome á media voz.—

Quítese usted del ojal  
la servilleta. ¡Qué horror!—

¡Pues dónde la pongo?— Suelta ;  
encima del pantalon.—

¡Vaya!— ¡Qué hace usted? La sopa  
se come con tenedor.

D. REMIG. (*Entre dientes.*)  
Eran rabioles.

D. FRUT. Y mucho  
que he rabiado.

D. REMIG. (*¡Es hombre atroz!*)

D. FRUT. Y despues me hizo comer  
con la cuchara el melon,

- y servirme la ensalada...  
¡con tigras! — ¡Voto á briós...!
- D. REMIG. Muy mal hecho. Ella ha debido tratarle á usted *sans façon*.
- D. FRUT. ¡Vaya, que en Madrid es obra el ser uno hombre de pro!
- D. REMIG. Sí; ya raya en tiranía moler con tanto sermon á un hombre que tiene barbas y no es ningun ababol.
- D. FRUT. ¿Sí? Pues aplíquese usted ese testo desde hoy. No pida peras al olmo, y deje á cada varon que haga de su capa un sayo. ¡No mas figurines!
- D. REMIG. ¡Oh! perdone usted. Yo creí que una mano de charol, digámoslo asi, daría mas realce y esplendor á esas formas elegantes y á ese talento precoz...
- D. FRUT. ¡Eh! menos lagoterías, que yo no gusto...
- D. REMIG. A eso voy. Mas viendo que usted no tiene decidida vocacion al frívolo formulario del gran tono, dije yo: ¿no es un cargo de conciencia violentar la inclinacion de ese apreciable mancebo? Sí; que, como dijo Humbold, suele á fuerza de cultivo perder su aroma la flor.
- D. FRUT. Pues, corriente.
- D. REMIG. Y... ¿quiere usted que le diga, acá *inter nos*, lo que siento?
- D. FRUT. Norabuena.





mas no hay que clavar el diente  
en la hija, ó vive Dios...

D. REMIG. ¡Oh! No se sofoque usted.  
Yo lo decia... (¡Una coz!  
Era de esperar.)

D. FRUT. No aguanto...

D. REMIG. ¡Si era una suposicion...  
Como le he cobrado á usted  
tanto cariño... (No doy  
un cuarto por mis orejas.)

D. FRUT. Por vida de Juslivol...

D. REMIG. Vamos, vamos; me arrepiento;  
me desdigo; se acabó.

## ESCENA II.

*DON FRUTOS. DON REMIGIO. JUANA.*

JUANA. (*En una mano trae luces, que deja sobre  
una mesa, y en la otra un papel.*)  
Felices noches.

D. FRUT. Bendito  
y alabado...

D. REMIG. ¿Qué nos traes?

JUANA. Este papel que me han dado  
para el señor.

D. FRUT. ¿A ver? Dame.

(*Toma el papel y lo lee para sí.*)

JUANA. El mancebo portador  
espera respuesta.

D. FRUT. ¡Zape!

¡Esta es otra! Paño, hechura,  
forro &c. de un fraque,  
setecientos.— Pantalón...

D. REMIG. Ya, ya... La cuenta del sastre.

D. FRUT. ¡La cuenta á mí! ¿Para qué?

D. REMIG. Sí; para que usted la pague.

D. FRUT. ¿Ahora salimos con esto?  
Pues hombre, así Dios me salve,  
yo pensé que era un regalo  
de mi suegra este atalage.

D. REMIG. Ya ve usted que no. Presumo  
que para mas adelante  
reserva...

D. FRUT. Pues de ese modo  
yo visto á cualquiera. ; El diantre  
de la muger...! Yo sufría  
con resignacion la cárcel  
en que ha metido mis miembros  
mientras creí que era *gratis* ;  
; pero dar dinero encima...

D. REMIG. (*En voz baja.*)  
; Calle usted! Eso es infame.

D. FRUT. Pues señor, la pagaré,  
que no quiero que me tachen  
de cicatero. —  
(*Leyendo.*) Total,  
cuatro mil doscientos reales. —  
Pero una y no mas. ; Canario...!  
(*A Juana.*)

Díselo asi de mi parte.

JUANA. Siempre ha sido una fineza  
prevenir el equipage...

D. FRUT. Yo no soy aficionado  
á finezas semejantes.  
; Digo á usted que es corcho... Espera.  
; Por vida del rey don Jaime...!  
(*Entra en su cuarto.*)

### ESCENA III.

DON REMIGIO. JUANA.

JUANA. ; Vaya, pues tiene buen modo  
de agradecer que se afanen  
por vestirle *marquesmente* !  
; Querrá tambien...

D. REMIG. Es un cafre,  
y si da la mano á Elisa,  
la va á matar á pesares.

JUANA. Eso es lo que yo la digo.

D. REMIG. Sí; es preciso que trabajes



CEU  
Universidad  
San Pablo

Biblioteca Universitaria

para disuadirla... (El miedo  
me fuerza á ser intrigante.)

JUANA. ¡Ya se ve! ¡No es una lástima...

D. REMIG. Un horror.

JUANA. ¡Cuánto mas vale  
don Miguel...

D. REMIG. ¡Oh, don Miguel...  
( ¡Maldito sea! ) Es un angel.  
Si entre los dos conseguimos  
que á Calamocha desbanque...

#### ESCENA IV.

*DON FRUTOS. DON REMIGIO. JUANA.*

D. FRUT. (*Dando á Juana monedas de oro.*)  
Toma. Aquí sobra un doblon.

JUANA. Volveré con lo sobrante...

D. FRUT. No. Para tí.

JUANA. Gracias. (Ya  
me parece mas amable.)

D. FRUT. Novia te llamé... y no quiero  
que lo hayas sido de balde.

JUANA. (*Yéndose.*)  
(Pues señor, ¡viva Belchite!  
y á don Miguel, Dios le ampare.)

#### ESCENA V.

*DON FRUTOS. DON REMIGIO.*

D. FRUT. Y, á todo esto, ¿por dónde andan  
mi novia y su linda madre?

D. REMIG. Se fueron al tocador.

D. FRUT. Hombre, ¿á qué?

D. REMIG. A vestirse.

D. FRUT. ¡Calle!

¿Pues no estaban ya vestidas?

D. REMIG. ¡Oh! Sí; ¿pero usted no sabe  
que vamos luego á la *ópera*,  
y á la tertulia mas tarde?

Cada acto de estos requiere  
su correspondiente traje.

D. FRUT. ¡Otra! Pues no es mal tragin...  
¿Y dónde hay caudal que baste...

D. REMIG. Asi lo exige la culta  
sociedad.

D. FRUT. ¡Virgen del Cármen!

D. REMIG. Aqui se pasa la vida  
en vestirse y desnudarse.

D. FRUT. ¡Muy bien! ¿Y qué viene á ser  
eso de... ópera?

D. REMIG. (¡Ignorante!)  
Drama lírico; — una fiesta  
de teatro.

D. FRUT. ¡Ah! Que me place.  
¿Y qué comedia echan hoy?

D. REMIG. No es comedia. *I Puritani*  
*de Bellini.*

D. FRUT. ¡Que no echaran  
el *mágico Bayalarde*...!  
Es la única que yo he visto,  
pero ¡ca! ¡cosa mas grande...!

D. REMIG. Todo es música esta noche.

D. FRUT. ¿Música? Bien; como canten  
la jota...

D. REMIG. (¡La jota!) Yo  
sería de ese dictámen,  
pero... (*Asoma la marquesa por el foro.*)

D. FRUT. Aqui está la marquesa.  
(*A media voz.*)

La voy á decir verdades  
como puños.

D. REMIG. ¿Sí? Me alegro.

D. FRUT. Yo no sufro ancas de nadie.

### ESCENA V.

LA MARQUESA. DON FRUTOS. DON REMIGIO.

D. FRUT. Escúcheme usted con calma,  
mi amada suegra y señora,

que voy á decirle ahora  
cuatro cositas... ¡al alma!

MARQUESA. Diga usted, querido yerno.

D. FRUT. A mí nadie me maneja,  
nadie me moja la oreja;  
sírvale á usted de gobierno.

MARQUESA. Pero...

D. FRUT. Dicen en mi tierra...

MARQUESA. ¿Qué?

D. FRUT. Lo que no has de comer...

MARQUESA. Ya; sí.

D. FRUT. Déjalo cocer.

D. REMIG. (Los síntomas son de guerra.)

MARQUESA. Pero, ¿á qué viene...

D. FRUT. Muy justo

sería, si algun alcalde  
me vistiera á mí de valde,  
que me vistiera á su gusto;  
pero, pagando mi ropa  
y en cantidad tan enorme,  
no me pongan uniforme  
como si fuera de tropa.

MARQUESA. Porque usted se presentase  
á la boda con mas brillo...

D. FRUT. Nadie manda en mi bolsillo,  
cáseme yo ó no me case.

MARQUESA. Nunca han sido mis intentos...

D. FRUT. Basta. Agradezco el abrigo;  
no piense usted que lo digo  
por los cuatro mil doscientos.

Vista como quiera Elisa,  
vista usted como le cuadre,  
mas ni Elisa ni su madre  
se metan en mi camisa.

Triunfen, gasten; no me espanto;  
cuanto tengo es de las dos;  
mas no se empeñen, por Dios,  
en civilizarme tanto.

Dejen á un hombre sencillo,  
que, al cabo, no es una fiera,  
manejar á su manera.

el tenedor y el cuchillo. —

No me mire usted al soslayo.

Quiero que el amor me mande...

y no una suegra. Soy grande

y ya he despedido el ayo.

MARQUESA. ¿Qué escucho? ; Usted me anticipa

el despotismo de yerno!

No lo es aun, Dios eterno,

¡y gallea, y se emancipa!

D. FRUT. Sepa usted...

D. REMIG. (*Aparte á la marquesa.*)

¡ Firmeza! ; Asi!

D. FRUT. Y ha de saber mi consorte

que aunque yo he entrado en la corte,

la corte no ha entrado en mí.

D. REMIG. (*Aparte á don Frutos.*)

¡ Bien dicho! No hay que ceder.

(*Aparte á la marquesa.*)

No quiere soltar, marquesa,

el pelo de la dehesa.

MARQUESA. (*A don Frutos.*)

Pues, amigo, es menester...

D. FRUT. Sí, es menester que se tome

un partido. El mas seguro

será...

D. REMIG. (*Aparte á don Frutos.*)

¡ Firme en ella!

(*Aparte á la marquesa.*)

¡ Duro!

Si cede usted, se la come.

MARQUESA. (*Alzando la voz.*)

¿ Qué partido? ¿ A ver?

D. FRUT.

No grite,

señora.

D. REMIG. (*Aparte á la marquesa.*)

Sí tal.

D. FRUT.

Casarme...

D. REMIG. (*Aparte á don Frutos.*)

Hace usted mal.

D. FRUT.

Y largarme

con mi muger á Belchite.

MARQUESA. ¿Cómo...!

D. REMIG. (*Aparte á don Frutos.*)

¡Bien! ¡Bien!

D. FRUT.

No hay remedio.

MARQUESA. ¿Es posible...

D. REMIG. (*Aparte á la marquesa.*)

¡Infame accion!

(*Aparte á don Frutos.*)

¡Discreta resolucion!

D. FRUT. (*A don Remigio.*)

Hombre, quite usted de en medio.

D. REMIG. (*Aparte á la marquesa.*)

¡No me escucha! Es montaraz.

MARQUESA. Quítese usted de delante.

D. REMIG. ¿Guerra ha de ser? Adelante.

(*Haciendo señas á derecha é izquierda.*)

Yo queria poner paz...

(*Se retira á un lado.*)

MARQUESA. ¿Con que á Belchite? ¡Ah! ¡los yernos...

¿Nos quiere usted confinar  
en un mísero lugar?

¡Usted tira á embrutecernos!

D. FRUT. ¡Otra! ¿Quién les manda á ustedes  
que se embrutezcan?

MARQUESA.

¡Qué horror!

¡Me moriré de dolor...

allá entre cuatro paredes!

¡Solitaria como un hongo...

D. FRUT. Todo se remediará.

Quédese usted por acá.

Maldito si yo me opongo.

D. REMIG. (*Esto marcha.*)

MARQUESA.

Entiendo. ¡Sola

quiere llevársela!

D. FRUT.

Pues...

MARQUESA. ¡Para tratarla despues

como á una negra de Angola!

Mas sin hacerme pedazos...

D. FRUT. ¡Señora...

D. REMIG.

(¡Orejas, bien va!)

MARQUESA. Usted no conseguirá



arrancarla de mis brazos.

D. FRUT. Si mi muger ha de ser,  
irá adonde fuere yo,  
porque...

MARQUESA. ¡No; á Belchite, no!

D. FRUT. Pues no será mi muger.

D. REMIG. (¡Albricias!)

MARQUESA. ¡Oh! ¡Ya está visto!  
¡Se desdice usted!

D. FRUT. ¡Marquesa!

MARQUESA. Usted falta á su promesa.

D. FRUT. ¡Por vida del que ató á Cristo...!  
¡Quién ha pensado...

MARQUESA. ¡Intentar  
antes del dulce consorcio  
esa especie de divorcio...

¡La horca antes que el lugar!

D. FRUT. No señora; eso no es cierto;  
¡pero hay ley que me prohíba,  
¡suegra ó diablo!, que yo viva  
donde mis padres han muerto?

MARQUESA. ¡Cielos, qué dirá el notario?  
¡Y qué dirán los testigos?  
¡Y qué dirán mis amigos?

D. FRUT. ¡Dale!

MARQUESA. ¡Y qué dirá el vicario?

D. FRUT. ¡Eh! Ya basta de litigio.

(Alzando la voz.)

Belchite, Belchite quiero;

¡Belchite!

MARQUESA. ¡Jesus...! Yo muero...

Téngame usted, don Remigio.

(Se desmaya en brazos de don Remigio.)

D. REMIG. Acuda usted, no peligre  
su vida, que el parasismo...

D. FRUT. (Yéndose.)

¡Eh! ¡Qué sé yo... ¡Un sinapismo!—

Yo no soy médico. (Entra en su cuarto.)

MARQUESA. (Oyendo el ruido de la puerta y volviendo  
rápidamente la cabeza.)

¡Tigre!

## ESCENA V.

LA MARQUESA. DON REMIGIO.

- D. REMIG. ¿Qué tal? ¿Siente usted alivio?  
(No ha dado lumbre el soponcio.)
- MARQUESA. ¡Ay qué hombre! Me ve morir...  
¡y me abandona!
- D. REMIG. Es un monstruo.
- MARQUESA. Bien dicen; siempre la cabra  
tira al monte.
- D. REMIG. Yo supongo  
que no volverá á tratarse  
de ese infausto matrimonio.
- MARQUESA. Pues supone usted muy mal.
- D. REMIG. Será así. No es un asombro  
el equivocarme yo.
- MARQUESA. ¿Tan de sobra están los novios?  
¿Así se dan calabazas  
á un hombre que nada en oro?
- D. REMIG. Es decir que nos iremos  
á Belchite. Yo...
- MARQUESA. Tampoco.
- D. REMIG. Pues digo á usted, marquesita,  
que no comprendo...
- MARQUESA. ¡Qué tonto  
es usted!
- D. REMIG. Convengo...
- MARQUESA. ¡Y qué  
mentecato!
- D. REMIG. No me opongo...  
(¡Vuelvo á temblar por mis pobres  
orejas!)
- MARQUESA. Yo hallaré modo  
de evitar...
- D. REMIG. Elisa viene.—  
(Y viene muy á propósito.)

## ESCENA VI.

LA MARQUESA. DON REMIGIO. ELISA.

D. REMIG. ¡Elisa! ¡Usted tan tranquila  
por allá dentro, y nosotros...

ELISA. ¿Qué ha habido?

MARQUESA. (¿Qué irá á decir?)

D. REMIG. ¡Friolera! Que por poco  
no se nos muere mamá.

MARQUESA. (*Hace señas á don Remigio para que  
calle, y él se desentiende.*)

¡Hum...!

ELISA. ¡Dios mio! ¿Pues qué... ¿Cómo...

D. REMIG. Se ha sincopado. — Es decir;  
un accidente espasmódico...

ELISA. ¡Jesus!

MARQUESA. ¡Eh! No ha sido nada.  
No hagas caso.

D. REMIG. Ello sí, pronto  
se recobró...

MARQUESA. ¡Si te digo...

D. REMIG. Yo la apreté el dedo gordo...

ELISA. ¿Mas qué causa...

D. REMIG. Una alcaldada  
horrible de ese hipopótamo  
aragonés.

MARQUESA. ¡Don Remigio...!

D. REMIG. (*Con mucha viveza.*)

¿Pues no se empeña el bolonio,  
quiera usted, ó no, en llevársela  
á aquel maldito villorro?

ELISA. ¡Virgen Santa! ¿Yo á Belchite?

D. REMIG. Como cinco y tres son ocho.

Este ha sido su *ultimatum*.

A Belchite, ó no hay consorcio.

MARQUESA. ¿Está usted ya satisfecho,  
seo necio, hablador de á folio!

D. REMIG. ¡Ah! Yo creí... ¿Con que usted...

Voto á San... (Ya tiene el tósigo en el cuerpo.)

ELISA. ¡Ay madre mia!  
Ese hombre no tiene prójimo.  
¡Llevarme á un lugar...! ¡Y yo  
que le iba queriendo un poco...!  
Ya le aborrezco de muerte.

MARQUESA. No irás á Belchite.

ELISA. ¡Oh gozo!  
¿Tú le habrás dicho que ya  
no hay nada de desposorios?  
Por una parte lo siento,  
porque es honrado, y buen mozo,  
y rico; pero sacarme  
de Madrid... ¡Vaya al demonio!

MARQUESA. ¡Calla! Tan simple eres tú  
como el señor.

D. REMIG. Me conformo.

ELISA. Pero...

MARQUESA. Corre de mi cuenta  
arreglar este negocio.  
Por ahora es necesario...

ELISA. ¿Qué?

MARQUESA. Decirle amén á todo.

ELISA. ¿Incluso el viaje á Belchite?

MARQUESA. ¡Boba! Por supuesto.

ELISA. ¡Qué oigo!

MARQUESA. Es preciso no escamarle.

(*A don Remigio.*)

Apóyeme usted.

D. REMIG. Apoyo.

MARQUESA. Si ahora le dices que no,  
¡á Dios boda! ¡Y qué bochorno,  
qué afrenta para nosotras!  
¡Desairadas por un tosco  
provincial...

ELISA. ¿Pero qué haremos  
si cuando sea mi esposo  
se empeña en que he de seguirle?

MARQUESA. ¿Han de faltar por de pronto  
pretestos para alejar

la partida? ¿No habrá un cólico  
que nos saque del conflicto?  
¿No sabrán despues tus ojos  
cautivar su voluntad?  
Hoy con mimos y piropos  
y dengues; al otro dia  
con lágrimas y sollozos...  
Harás de él cuanto quisieres.—

Y si viene á tu socorro  
la santa naturaleza;  
si hay inapetencia y vómitos...

ELISA. (*Bajando los ojos.*)

¡Eh, mamá...

MARQUESA. (*A don Remigio.*)

Apóyeme usted.

D. REMIG. Sí; yo apruebo y corroboro...

MARQUESA. Otros novios mas bravíos  
se vuelven mansos palomos  
sabiéndolos manejar.

Si no te bastan tus propios  
recursos, yo estoy aqui...

D. REMIG. (*Entre dientes.*)

¡Jesucristo!

MARQUESA. ¿Eh?

D. REMIG. Nada... Apoyo.

MARQUESA. No hay cuidado. Entre las dos  
hemos de volverle loco.

ELISA. No; yo no espero...

MARQUESA. Ahora mismo  
voy á decirle que otorgo...

ELISA. ¡Por Dios, mamá! Yo no puedo...

MARQUESA. ¿No has de poder? Yo respondo.

Verás: entro yo en su cuarto  
primero; le desenojo;  
al oír la campanilla  
entras tú...

(*A don Remigio.*)

¡Usted no!

D. REMIG. Si estorbo...

MARQUESA. Sí señor.

D. REMIG. Bien; no riñamos.

Opino del mismo modo.

ELISA. Pero, mamá, reflexiona...

MARQUESA. ¡Eh, basta, que me sofoco!

Harás lo que yo te digo,

ó nos oirán los sordos.

(*Entra en el cuarto de don Frutos.*)

ESCENA VII.

ELISA. DON REMIGIO.

ELISA. ¡Ay, Dios mio!

D. REMIG. ¡Es fuerte apuro!

ELISA. Si me caso...

D. REMIG. No hay envite;

ciudadana de Belchite:

cuéntelo usted por seguro.

ELISA. ¿Qué haré?

D. REMIG. Calabazas.

ELISA. ¡Oh!

Seré á mi palabra fiel...

¡aunque muera!

D. REMIG. Hagamos que él

sea quien diga que no.

ELISA. ¿De qué modo?

D. REMIG. Una esperanza

á ese pobre capitan.

¡La ama á usted con tanto afan...

ELISA. Pero...

D. REMIG. Aunque sea de chanza.

ELISA. Poco ha, me han dado un billete

que su pesar atestigua...

D. REMIG. Bien. Una respuesta ambigua...

Eso á nadie compromete.

Dígale usted, por ejemplo:

“He dado ya mi palabra,

y aunque mi desdicha labra

la repetiré en el templo;

mas si por otro ó por él

se descompone la boda,

usted solo me acomoda

para esposo, don Miguel.”

ELISA. No, que eso es decirle mucho.

D. REMIG. Pues un poco menos; ¡ea!  
Aquí hay papel, tinta, oblea...

ELISA. (*Caminando hácia la mesa como maquinalmente.*)

Entre mil ideas lucho.

D. REMIG. ¡Vaya!

ELISA. (*Sentándose.*)

¿Y si luego amenaza  
á don Frutos?

D. REMIG. No haré tal;  
mas bueno es que haya un rival  
para que espante la caza.

ELISA. (*Escribiendo.*)

Mi mamá...

D. REMIG. Ya estoy alerta...  
(por la cuenta que me tiene.)

Avisaré si alguien viene.

No quito ojo de la puerta.

¡Y qué orejas! La pared  
taladran y adentro asoman.

¡Oh! mis orejas se toman  
mucho interes por usted. —

¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...

ELISA. (*Cerrando el billete.*)

Es que no sé, á fé de Elisa,  
á cual de los dos...

(*Suena una campanilla.*)

D. REMIG. ¡Aprisa,  
que suena el dilin, dilin!

ELISA. (*Levantándose con precipitacion y dándole el billete.*)

Tome usted. — Sin sobre va.

D. REMIG. El sobre no importa un bledo.

Iré á sus manos... Yo quedo...

MARQUESA. (*Dentro.*)

¡Elisa!

ELISA. Allá voy, mamá.

(*Entra en el cuarto de don Frutos.*)

## ESCENA VIII.

DON REMIGIO.

¡Ah! Ya salí de mi ahogo.  
El cielo vuelve por mí.  
¡Ya tengo orejas! Creí  
convertirme en perro dogo.  
(*Vase corriendo por la derecha del foro.*)





---

---

# ACTO CUARTO.

—○○○○—

## ESCENA PRIMERA.

*DON FRUTOS.*

*(Sale de su cuarto en chinelas, con pantalon holgado, sin corbata, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado á la cabeza á estilo de Aragon.)*

Ahora sí que nuevo á gusto  
mis remos. Nada me aprieta.  
¡Esto es estar en la gloria!—  
Pero ¡qué silencio reina  
en esta casa! Yo extraño...  
Pues ya son las seis y media.—  
Estarán por allá dentro  
sin duda. ¿Y cómo no piensan  
en que yo me desayune?  
¡Oh! Pues ya no tiene espera  
mi estómago. Llamaré.—  
*(Hace sonar la campanilla.)*

Apenas probé la cena,  
porque se comió tan tarde  
y tenía yo tal prisa  
de acostarme...— ¡No responden!  
Pues la campanilla suena,  
que bien la oigo.— Otra vez.—

*(Vuelve á llamar.)*

¿Sirven así á las marquesas  
en Madrid?—

*(Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.)*

¡Oh! Mas que rompa  
la cinta... ¿Qué gente es esta,

santo Dios! ¿Si estarán todos  
durmiendo? ¡Voto á mi abuela...!

## ESCENA II.

DON FRUTOS. JUANA.

JUANA. (*Entra con algun desaliño como quien  
acaba de levantarse de la cama.*)

¡Vaya un modo de llamar!

¡Y á estas horas!

D. FRUT. ¡Linda flema!

JUANA. ¡Ah! ¿Es usted...!

D. FRUT. Sí; abre los ojos

y sacude la pereza.

JUANA. ¡Pereza! ¿Pues qué hora es?

D. FRUT. ¡Otra! Las seis y cuarenta.

JUANA. ¡Toma, toma... Yo pensaba  
que era mas tarde.

D. FRUT. ¡Esa es buena!

¿Cuándo es tarde para tí?

JUANA. Pero, señor, ¿quién creyera  
que usted madrugara tanto?

¿Le duele á usted la cabeza?

Mucho sentiría...

D. FRUT. Gracias.

Gozo de salud perfecta,  
pero soy madrugador

por costumbre y por sistema,  
Y antes hubiera saltado

de la cama, que en mi tierra  
me levanto con el sol;

pero el viaje en la galera

y aquellas malditas botas

que me tuvieron en prensa...

Eso á cualquiera cristiano

le hace salir de la regla.

JUANA. (*Mirándole y sonriéndose.*)

(¡Qué pañuelo y qué zamarra...

Cuando la novia le vea...)

Querido señor don Frutos,

á la hora que usted despierta  
solo dejan de dormir  
en Madrid á pierna suelta  
horchateros en verano  
y en invierno buñoleras.

D. FRUT. ¡Asi hay aqui tanta gente  
encanijada y enteca!

¿Mas dónde estan las señoras?  
Me tomaré la licencia  
de darles los buenos dias...

JUANA. Es escusada molestia.  
Todavía no han venido.

D. FRUT. ¡Ya, sí... Estarán en la iglesia...  
Bien; lo primero es la misa,  
y aunque hoy no es dia de fiesta...

JUANA. ¿Qué misa? ¡Si es que no han vuelto  
del baile aún!

D. FRUT. ¿Qué me cuentas?

(Estas ya son otras misas.)  
Bien sé que pensaban ellas  
irse despues del teatro  
á una funcion de... etiqueta,  
como aqui dicen; mas nunca  
se me pasó por la tela  
del juicio que el bailoteo  
durase una noche entera.

JUANA. Como usted se recogió  
á la hora de la retreta  
y se las dejó en el palco...

D. FRUT. Es que no entiendo esa jerga  
italiana, y al arrullo  
de las voces y la orquesta  
me dormia... ¿Qué mortal  
está libre de flaquezas?  
Pero, señor, ¡qué gobierno  
de casa! Y ¿van con frecuencia  
á esas danzas perdurables?

JUANA. ¿Ó solo de uvas á brevas...  
¡Qué! No señor. ¡Si es el pan  
de cada dia!

D. FRUT. ¿De veras?

- (¡Malo! ¡Malo!)
- JUANA. Pocas noches  
se retiran con estrellas.
- D. FRUT. ¿Con que aqui la noche es dia  
y el dia...
- JUANA. Pues; *vice versa*.
- D. FRUT. (¡Virgen Santa del Pilar,  
qué desórden, qué vergüenza!)
- JUANA. (Mejor le sienta ese trage  
que el otro.)
- D. FRUT. Ahora bien, morena;  
yo, que no enmiendo la plana  
al que los astros gobierna,  
tengo gana de almorzar.  
Di, pues, á la cocinera,  
si no está tambien de baile...
- JUANA. No señor. Ella se acuesta  
mas temprano, y ya andará  
por el fogon...
- D. FRUT. Norabuena.  
Pues que disponga mi almuerzo.  
Despacha.
- JUANA. ¿Café y manteca?
- D. FRUT. ¡Valiente cosa! — Jamon  
con huevos.
- JUANA. Lo que usted quiera.
- D. FRUT. Y no mas vino de estrángis.
- JUANA. Lo traeré de Valdepeñas.
- D. FRUT. Venga. Al fin es español...  
aunque no es de Cariñena.

## ESCENA III.

DON FRUTOS.

¿Dónde me he metido, cielos!  
¿Qué costumbres tan diversas  
de las mias! ¡Ah! Yo voy  
á pasar la pena negra...—  
¿Quién sabe... Allá en mi lugar,  
ya que Elisa está dispuesta

á seguirme... ¿Y si me engaña?  
 ¡No hay que fiar en promesas  
 de mugeres! Y aunque en eso  
 á mi gusto condescienda,  
 irán con ella á Belchite  
 sus caprichos... ¡y mi suegra!—  
 Gallarda es la moza; sí,  
 y á poquito que pusiera  
 de su parte, lograría  
 barajarme la chaveta;  
 mas, segun lo que voy viendo,  
 ni me quiere, ni lo sueña;  
 ¡y eso es gaita!— ¡Ah, padre mio...!  
 Dios te dé la gloria eterna,  
 mas no tuviste chirúmen  
 para escoger una nuera.  
 Á no ser por mi respeto  
 á su voluntad espresa,  
 y á no haber soltado yo  
 la palabra que me empeña,  
 ¡bravo chasco llevaria  
 mi señora la marquesa!

*(Un criado atraviesa el foro de izquierda á derecha.)*

¡Ojalá... Pero oigo abrir  
 la puerta de la escalera.  
 Ellas serán... Ellas son.

*(Mirando adentro.)*

Oigo la voz de la vieja.

#### ESCENA IV.

*DON FRUTOS. LA MARQUESA. ELISA.*

**MARQUESA.** *(Al criado en la puerta.)*

Que venga esa muchacha  
 á desnudarnos pronto.

*(Vase el criado per donde vino y entran en la sala la marquesa y Elisa.)*

¿Qué hace ese hombre  
 aqui...? ¡Calle! ¡Es don Frutos!

**ELISA.**

*(¡Ay, qué facha!)*

D. FRUT. Yo soy, señora mia; no se asombre.

MARQUESA. La mudanza de trage... Buenos dias.

D. FRUT. Buenas noches.

ELISA. (*Aparte con su madre.*)

¡Qué diantre de zamarra!

MARQUESA. ¡Por los clavos de Cristo, no te rias!

## ESCENA V.

LA MARQUESA. DON FRUTOS. ELISA. JUANA.

JUANA. Aquí estoy.

D. FRUT. (*A Elisa.*) ¿Te parece un poco charra mi pellica, verdad? Lo siento mucho; pero...

ELISA. No; yo no digo...

D. FRUT. Chica, ande yo caliente, y ríase la gente.

MARQUESA. Dice bien. Lo primero es el abrigo, y mientras le compramos en la tienda una bata elegante con cordones...

D. FRUT. No hay para qué. Estoy bien con esta prenda.

ELISA. (*Parece que al meson de la Encomienda ha venido á vender melocotones.*)

MARQUESA. ¿Y qué tal se ha dormido?

D. FRUT. Grandemente. ¿Y qué tal hemos bailado?

MARQUESA. La niña. Yo me he estado jugando al *ecarté*.

D. FRUT. (*¿Tambien la suegra tira la oreja á Jorge? Esa es mas negra.*)

MARQUESA. Es lástima que el sueño y el cansancio le hayan privado á usted, señor don Frutos, de una *soirée* tan buena.

D. FRUT. Yo, á lo rancio...

Nadie me saca á mí de mis casillas.

Es lindo mientras lucen las cabrillas

bailar con una dama,

pero es mejor, á mi entender, la cama.

MARQUESA. ¡Eh...! Se duerme de dia...

D. FRUT. Hágalo el madrileño.

Yo, como soy asi... tan lugareño...

¿qué quiere usted...! madrugo,  
¡y á las diez de la noche me entra un sueño!

ELISA. (¡Santo Dios!)

MARQUESA. ¡Eh! todo es la primer noche.  
Luego...

ELISA. ¡A las diez!

MARQUESA. Cualquiera se acostumbra...

D. FRUT. ¡Oh! Yo no soy cualquiera.

ELISA. (¡Qué verdugo!)

D. FRUT. ¡Y juro por el sol que nos alumbramos...

ELISA. (¡Ay, Dios me libre de su horrible yugo!)

D. FRUT. Así tengo de hacerlo hasta que muera,  
y espero que mi dulce compañera  
imitará mi ejemplo...

MARQUESA. (*Interrumpiéndole.*) Se supone...

ELISA. (*En voz baja.*)

¡Ay mamá...!

MARQUESA. (*Lo mismo.*) Transijamos por ahora,  
no sea que otra vez se desazone.

D. FRUT. (¡Qué mala cara ha puesto mi señora!)

(*Vuelve el criado con el almuerzo para don Frutos,  
lo pone en una mesa y se retira.*)

D. FRUT. ¡Hola! ¿Viene el almuerzo?  
Me alegro. Con permiso...  
Daremos al estómago un refuerzo.  
Si ustedes gustan...

ELISA. Gracias. Tan temprano...

MARQUESA. Nosotras, á dormir.

D. FRUT. (*Sentándose á la mesa.*)  
¡Pues ya! ¡Preciso!

ELISA. (¡Y he de darle mi mano!)

MARQUESA. Dormiremos un rato. Hasta la una...

ELISA. (¡Mal haya mi fortuna!)

MARQUESA. (*A Juana.*)  
Ven tú; me quitarás cintas y broches.  
(*A don Frutos.*)

Con que, abur.

ELISA. Buenos dias.

(*Vanse por la puerta de la izquierda.*)

D. FRUT. Buenas noches.

## ESCENA VI.

*DON FRUTOS, partiendo el jamon.*

Santo Cristo de la Seo  
 que me estais probando asi,  
 decid: ¿qué pecado gordo  
 vengo á purgar en Madrid?  
 Novia que quiere bailar  
 cuando yo quiero dormir,  
 ¿de quién está enamorada?  
 ¿De mis rentas, ó de mí?  
 Suegra que en todo se mete,  
 hasta en lo que he de vestir,  
 y me trata cual si yo  
 fuera algun chisgaravis,  
 y se desmaya, y trasnocha,  
 ¡y juega! ¿no dará fin  
 de mi bolsa y mi paciencia  
 antes que amanezca Abril?  
 ¿Y me he de casar...! Si hallara  
 algun medio, algun ardid...  
 Para aguzar el ingenio  
 probemos de este pernil.—  
 ¡Hola! pues está sabroso.  
 No me engañó la nariz.

*(Echándose vino.)*

Ahora un trago del manchego...

*(Bebe.)*

¡Bravo! Bien haya la vid  
 que te crió. No se bebe  
 mejor vino en Alcañiz.

*(Tomando otro bocado.)*

Si fueran iguales todos  
 los tragos que espero aqui,  
 ningun cristiano me oyera  
 quejarme de este pais.



## ESCENA VII.

DON FRUTOS. JUANA.

JUANA. (Ya á la vieja he despachado,  
y pues la novia gentil  
entró en su cuarto diciendo:  
no necesito de tí,  
voy yo á aviarme...)

(A don Frutos al pasar.)

¿Qué tal  
el jamon?

D. FRUT. Sabe á las mil  
maravillas.

JUANA. Lo celebro.  
¿Hay buen apetito?

D. FRUT. Sí.  
¿Quieres probarlo?

JUANA. Mil gracias.  
(Ni es vanidoso ni ruin.)  
Hágale á usted buen provecho  
y me tendré por feliz.

D. FRUT. Dios te lo pague, morena. (*Vase Juana.*)  
Confieso que son aqui  
menos záinas que en Belchite  
las doncellas de servir.

## ESCENA VIII.

DON FRUTOS. ELISA.

ELISA. ¡Señor don Frutos...

D. FRUT. (*Levantándose.*)

¿Qué veo!

(Yo la hacía ya en camisa.)

¡No te has acostado, Elisa!

ELISA. Hablar con usted deseo.

D. FRUT. Pues me place, como hay Dios.  
Ya es justo que sin empacho  
tengamos, Elisa, un cacho

de parlamento los dos.

ELISA. ¿Promete usted el secreto sobre el paso que ahora doy y no enfadarse, aunque voy á hablar muy claro?

D. FRUT. Prometo; — mas tambien va á ser muy clara mi lengua; y es menester que me oigas en paz, muger, y no me arañes la cara.

ELISA. Es usted muy buen sugeto...

D. FRUT. Y tú muy buena vasalla.

ELISA. Otro mejor no se halla.

D. FRUT. No hay dibujo mas completo. Eres gala de Madrid.

ELISA. Y usted honra de Belchite; — pero... si usted me permite...

D. FRUT. En los peros está el quid.

ELISA. Bueno es, antes que nos den la bendicion conyugal, que temiendo hacerlo mal lo reflexionemos bien.

D. FRUT. Sí; ya lo dice el proverbio.

Vamos á reflexionar...  
(Calabazas me va á dar ella misma. ¡Esto es soberbio!)  
Habla, no temas al bú.

ELISA. Sería muy venturosa con usted cualquier esposa..., menos...

D. FRUT. ¡Vaya! Menos tú.

ELISA. Mal he dicho. Es un desliz... Quiero decir, caro amigo, que casado usted conmigo no podria ser feliz.

D. FRUT. Ni yo soy, cual tú lo ves, y eso lo conoce un nene, el marido que conviene á la hija de un marques.

ELISA. ¿Qué entiendo yo de bodegas, y de abonar el terreno,

y si se mide el centeno  
por varas ó por fanegas?

D. FRUT. ¿Qué entiendo yo de elegancia,  
y de ese tono de aqui,  
ni qué me importan á mí  
los figurines de Francia?

ELISA. De la barra y la pelota  
yo el mérito no distingo.

D. FRUT. Ni yo de óperas en gringo  
donde no cantan la jota.

ELISA. No se suba usted á la parra  
si le digo, aunque con miedo,  
que acostumbrarme no puedo  
á un marido... con zamarra.

D. FRUT. Ni yo me acomodaria  
á una linda caprichuda  
que se viste y se desnuda  
ocho ó diez veces al dia.

ELISA. Poco me inclina mi estrella  
al que en su primer visita  
no hace distincion maldita  
entre el ama y la doncella.

D. FRUT. Y yo doy á Belcebú  
dama que habla á su marido  
muy seria, muy de cumplido...,  
y á su madre tú por tú.

ELISA. Un marido... Calamocha,  
¡que madruga...! ¡Virgen Santa!

D. FRUT. Vea usted; y á mí me espanta  
una muger que trasnocha.

ELISA. ¡Yo por valles y por cerros!  
¡Yo marido cazador  
que repartirá su amor  
entre la esposa y los perros!

D. FRUT. ¡Yo muger con tantos dengues  
que, faltando á la justicia,  
me negará una caricia  
por no ajar sus perendengues!

ELISA. Y aun viviendo aqui los dos  
cediera al fin mi desvío,  
pero ¿y Belchite? ¡Dios mio!

- D. FRUT. Pero ¿y la suegra? ¡Buen Dios!
- ELISA. Y será bueno Belchite,  
guapo lugar: lo concedo.
- D. FRUT. ¿Pues y Madrid? No haya miedo  
que yo le desacredite.
- ELISA. Y aquella vida campestre  
será muy dulce, muy sana.  
¿Quién sabe... De buena gana  
pasaría allí un trimestre.
- D. FRUT. Desear yo un pasaporte  
que me vuelva á mi lugar  
cuanto antes, no es condenar  
las costumbres de la corte.  
Son muy cucas; no hay falencia;  
pero, al fin, no son las mias.
- ELISA. Hay ciertas antipatías...
- D. FRUT. Sí; cada uno á su querencia.
- ELISA. Y pues no hay conformidad...
- D. FRUT. ¡Pues! ¿A qué ofender á Dios?  
¿A qué...
- ELISA. Casarnos los dos...
- D. FRUT. Es una barbaridad.
- ELISA. Pues... ahora bien;...
- D. FRUT. Ahora bien;...
- ELISA. Salgamos de este pantano.
- D. FRUT. Pues niégume usted su mano,  
y buenas noches, y amén.
- ELISA. Yo no he de volverme atras,  
que en mi palabra confia  
mamá y ¡Jesus...! no podría  
perdonármelo jamas.
- D. FRUT. Yo tambien lo prometí,  
y en mi probidad no cabe...
- ELISA. Toda la corte lo sabe.  
¿Qué se diría de mí?
- D. FRUT. ¡Otra!
- ELISA. Á usted que es forastero,  
y hombre, y tendrá mas valor  
que yo, le estará mejor...
- D. FRUT. No, que yo soy caballero.
- ELISA. Con todo...

- D. FRUT. No haría bien  
en quitar á usted la fama,  
pero en boca de una dama  
á nadie ultraja un desden.
- ELISA. ¿Cómo ahora tan discreto?
- D. FRUT. Es que yo mismo me azuzo  
y el entendimiento aguzo  
para salir del aprieto.
- ELISA. ¿No hay muchos hombres infieles?
- D. FRUT. Mugeres, mas.
- ELISA. Porque ahora  
diga usted...
- D. FRUT. No; no señora:  
no troquemos los papeles.
- ELISA. ¿Con que ni el propio interes  
mueve á usted...
- D. FRUT. Ni un terremoto.  
Nunca mi palabra he roto,  
¡nunca! Soy aragonés.
- ELISA. ¡Medrados estamos!
- D. FRUT. Sí;  
como tres con un zapato.
- ELISA. ¿Será usted tan insensato...
- D. FRUT. Seré lo que siempre fuí.
- ELISA. Pues yo no he de ser veleta.  
El *no*... no saldrá de mí.
- D. FRUT. Pues yo he de decir que sí  
aunque me lleve Pateta.
- ELISA. Bien está: ¡nos casaremos!
- D. FRUT. Bien: ¡será usted mi muger!
- ELISA. Bien: usted tendrá el placer  
de que los dos nos ahorquemos.
- D. FRUT. ¡Yo no!
- ELISA. (Es como esa pared.)  
¡No tiene usted al demonio!  
Si es funesto el matrimonio,  
la culpa será de usted.  
Tanto á una muger se apura...
- D. FRUT. De bien á bien soy muy manso,  
pero... Es que no soy tan ganso  
como usted se lo figura.

- ELISA. ¡Oh! Ya veremos despues  
quién sufre mas de los dos  
y quién... ¡Soy muger...! A Dios.  
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)
- D. FRUT. ¡A Dios! — Soy aragonés.

## ESCENA IX.

DON FRUTOS.

Con la futura una lid,  
otra con la suegra chocha...  
¡Ay Frutos! ¡Ay Calamocha...!  
¿Quién te ha traído á Madrid!

## ESCENA X.

DON FRUTOS. DON MIGUEL.

- D. MIG. Estoy resuelto.  
(*A don Frutos que está de costado y en actitud de  
cabilar.*)

Buen hombre,  
pase usted recado á don...  
¡Es un nombre tan ramplon...!  
Don Frutos.

- D. FRUT. (*Volviendo la cara.*)

Ese es mi nombre.

- D. MIG. ¡Ah, que es usted..., caballero!  
Me ha sorprendido el hallazgo.  
¿Quién conoce á un mayorazgo  
en traje tan charanguero?

- D. FRUT. Este traje es de mi agrado.

- D. MIG. Eso lo conoce un topo.

- D. FRUT. Y á ningun alma de chopo  
se lo he pedido prestado.

- D. MIG. ¿Es ese el traje de boda?

- D. FRUT. ¿Le importa á usted? ¡Voto á quién...  
¿Se ha encargado usted tambien  
de sastrearne á la moda?

- D. MIG. No me tomo yo ese encargo

que escede al talento mio.  
Traigo otro...

D. FRUT. Pues ; al avfo!

Diga usted.

D. MIG. No seré largo.

Ya que nos vemos las caras,  
cosa que yo no quisiera ,...

D. FRUT. Menos prosa. La madera  
no está para hacer cucharas.

D. MIG. ;Hola! ;Me alza usted el gallo!  
Me alegro, señor galan.

D. FRUT. Se lo alzaré al Preste Juan,  
que ya de cólera estallo.

D. MIG. Pues señor ; vamos al grano.  
Usted quiere que le den  
á Elisa ; mas yo tambien  
aspiro á su blanca mano.

D. FRUT. Bien ; ¿y á mí qué se me da...

D. MIG. Somos dos ; una es la bella ;  
casarnos los dos con ella...,  
no puede ser.

D. FRUT. Ya.

D. MIG. Pues ya.—

Mas la salida es muy obvia.  
Si uno al otro es importuno...

D. FRUT. ;Pues ya! De los dos el uno  
se ha de quedar sin la novia.

D. MIG. Si ella fuese de Cutanda  
mereciera usted su afecto,  
pero esa boda en proyecto  
es una fusion nefanda ;  
y asi, pues el buen sentido  
en tales casos pronuncia,  
haga usted formal renuncia,  
y quedaré agradecido.

D. FRUT. Oiga usted, y no haya riña.  
No me importara un ardite  
volver soltero á Belchite,  
porque ; es alhaja la niña!  
;pero eso de que un compadre  
con tal fuero me lo exija...

Primero... — poco es la hija — ,  
me casara con la madre.

D. MIG. Pues entonces, señor mio,  
ya no queda otro recurso  
que matarnos.

D. FRUT. ¡Buen discurso,  
como hay Dios! ¡Un desafío!

D. MIG. Sí señor, y pronto; ¡al trote!

D. FRUT. Á galope, si usted quiere.

D. MIG. Diga usted qué arma prefiere...  
Elija usted.

D. FRUT. Un garrote.

D. MIG. Esa es arma de mal tono.

D. FRUT. Esa es la que yo manejo.

D. MIG. Y es digna de ese aparejo;  
mas no la adopta mi encono.  
Sentencie nuestro proceso  
ó la pistola, ó la espada...

D. FRUT. No señor.

D. MIG. Ó el sable...

D. FRUT. ¡Nada!

Garrotazo y tente tieso.

D. MIG. ¿Pero hemos de ser tan brutos...

D. FRUT. ¡Leña! Ya que usted se empeña  
en que haya camorra, ¡leña!  
No hay mas tu tia.

D. MIG. ¡Don Frutos!

D. FRUT. ¡Don... usted!

D. MIG. Con ese alarde

de atroz salvagismo inculto  
quiere usted huir el bulto  
á mi venganza, ¡cobarde!

D. FRUT. (*Furioso y amenazándole con el puño.*)

¡Yo cobarde! ¡Voto á briós...!

D. MIG. (*Poniendo mano á la espada y retirán-  
dola inmediatamente.*)

No demos aqui un escándalo.

D. FRUT. ¡Yo cobarde! ¡Yo...

D. MIG. ¡Seo... vándalo!

ya nos veremos los dos.

Yo sabré...



D. FRUT.

Si no mirara...

D. MIG.

Lo que he de hacer con un ente  
como usted. Todo viviente  
le ha de escupir en la cara.

## ESCENA XI.

*DON FRUTOS, á la puerta.*

Tengo un puño en cada brazo  
y si alguno me provoca,  
antes que escupa su boca  
la hundiré de un puñetazo. —  
¡Se fue! — Señor, ¿hay conciencia  
para hostigar tanto y tanto  
á un hombre de bien? Un santo  
perdería la paciencia.  
¡Oh! ya no reparo en nada.  
¿Quieren que mi saña aborte?  
Bien está. Yo haré en la corte  
una que sea sonada.

*(Entra en su cuarto.)*



---

---

# ACTO QUINTO.

— 0000 —

## ESCENA PRIMERA.

*DON REMIGIO. DON MIGUEL.*

- D. MIG.** **C**on que, ¿es verdad?
- D. REMIG.** Sí; á las dos  
se van á tomar los dichos.  
Para esa hora estan citados  
el notario y los testigos.
- D. MIG.** ¡Y es la una y media! ¿Qué haremos?  
Discurra usted un arbitrio.
- D. REMIG.** ¿Qué se yo... Mal pleito es este.  
No dió lumbre el desafio;  
Elisa está resignada  
al funesto sacrificio;  
la vieja es inexorable...  
Solo nos queda un camino.
- D. MIG.** ¿Cuál?
- D. REMIG.** Que como otro Escipion  
se venza usted á sí mismo  
y abandone...
- D. MIG.** ¿Qué se entiende  
abandonar? ¿Por el siglo  
de mi madre...!
- D. REMIG.** (Mis orejas  
corren otra vez peligro.)
- D. MIG.** ¡Ceder yo el campo! Primero  
habrá en esta casa tirios  
y troyanos.
- D. REMIG.** Norabuena;  
mas ¡por los clavos de Cristo!  
¿qué consejo puede dar  
en estos momentos críticos,

señor don Miguel, un hombre  
tan amable y tan pacífico  
como yo? Si se tratase  
de un inocente artificio,  
de una intriguilla venial,  
¡vaya con Dios!; siempre he sido  
complaciente, y manejable,  
y amigo de mis amigos.  
Pero cuando usted vacila  
entre raptó y homicidio,  
¿seré yo tan Barrabás  
que le empuje al precipicio?  
Mi consejo...

D. MIG. Es de un menguado.

D. REMIG. Sí será. Yo no me pico...

D. MIG. ¡Bueno fuera, siendo yo  
el amado, el preferido,  
que se llevase la novia  
un bárbaro campesino!

D. REMIG. ¡Es un horror! — ¿Pero no hay  
en Madrid gefe político?  
Demanda al canto, depósito,  
y es asunto concluido.

D. MIG. Ya se lo he propuesto á Elisa,  
pero es tan pobre de espíritu...

D. REMIG. Por no chocar con su madre;  
por no esponerse al ludibrio  
de las gentes y al escándalo...

D. MIG. ¿Qué escándalo ni qué niño  
muerto? ¿Es escándalo usar  
de su derecho legítimo?  
¡Pero esas mugeres... ¡Oh!  
cuando dan en un capricho...  
Y... ¿qué sé yo... Juraría  
que aun ha de estar indeciso  
su corazón de coqueta  
entre uno y otro individuo.

D. REMIG. (Tal creo.)

D. MIG. Ya no hay que andarse  
por las ramas. Es preciso,  
forzoso, urgente, matar

al aragonés maldito.

D. REMIG. ¡ Hombre, mire usted...

D. MIG. Él sale.

Me alegro mucho.

D. REMIG. (¡ Dios mio!)

## ESCENA II.

DON REMIGIO. DON MIGUEL. DON FRUTOS.

D. FRUT. ¡ Hola, señor capitán!

Sea usted muy bien venido.

D. MIG. ¡ Eh! Cumplimientos á un lado,  
que estoy hecho un basilisco.

D. FRUT. ¡ Qué bobada... y qué *mal tono!*

D. MIG. ¿ Cómo...

D. FRUT. Yo estoy muy tranquilo,  
y aconsejo á usted que tome  
mi ejemplo.

D. MIG. No; yo he venido...

D. FRUT. Ya sé; con la misma tema  
de armar camorra conmigo;  
pero cuando uno no quiere...  
no riñen dos: esto es fijo.

D. MIG. ¿ No? Yo sabré...

D. FRUT. Usted no sabe  
lo que se pesca, amiguito.  
Mejor sería, en lugar  
de venirme á mí con libros  
de caballería andante,  
que pusiera usted su ahinco  
en atraparme la novia.—

¿ No digo bien, don Remigio?

D. MIG. ¿ Asi me habla usted!

D. FRUT. Asi.

Yo sé bien lo que me digo.  
Los momentos son contados.  
Dejémos de litigios,  
don Miguel, y procuremos  
salir de este laberinto.

¿ Le ha visto á usted la marquesa?

D. REMIG. No; ni sabe que ha venido.  
Se encerró en el tocador...

D. FRUT. Perfectamente. Pues ¡listo!  
guárdese usted de sus ojos.  
No faltará un escondrijo...  
Y mientras solo con ella  
la digo cuántas son cinco,  
cuide usted de que la chica  
no se muera de fastidio.

D. MIG. Pero...

D. FRUT. No hay pero que valga.  
Ella sabe mis designios...  
¡Ande usted!

D. MIG. (*En voz baja á don Remigio.*)

Ya capitula.

Me tiene miedo: está visto.

(*A don Frutos.*)

Supongo que aqui no hay maula...

D. FRUT. Yo siempre he jugado limpio.

D. MIG. (*Volviendo la cabeza despues de dar algunos pasos.*)

Es que...

D. FRUT. ¡Ande usted!

(*Vase don Miguel por la izquierda del foro.*)

¡Aun se me hace

de pencas el señorito!

### ESCENA III.

DON FRUTOS. DON REMIGIO.

D. REMIG. Yo celebraré en el alma,  
caro amigo, que usted logre  
desbaratar esa boda;  
porque, si vale mi pobre  
dictámen, cuando no son  
homogéneos los consortes...; —  
¿está usted? —, un matrimonio  
es el órgano de Móstoles.

D. FRUT. No; no es esa la muger  
que me conviene.

- D. REMIG. ¡Y sin dote!
- D. FRUT. Eso no me importa un bledo;  
pero tengo otras razones...
- D. REMIG. ¡Oh! Sobradas. Y pensar  
que ella renuncie á la corte  
y á sus... Para usted sería  
pintiparada, de molde  
una muger... como yo.
- D. FRUT. ¿Cómo usted? ¿No es usted hombre?
- D. REMIG. Quiero decir..., de mi genio,  
de mis circunstancias; dócil,  
servicial...
- D. FRUT. (*Para sí.*) Mientras él viva  
no faltará quien le abone.—  
(*A don Remigio.*)  
Pues lo que es á servicial,  
ni usted, ni nadie en el orbe  
me gana á mí. Mire usted  
que tiene cuatro *memoles*...
- D. REMIG. (¡Huy!)
- D. FRUT. Trabajar un galan...  
¿eh? para que otro le sople  
la dama. ¿Eh?
- D. REMIG. Yo convengo  
en que es muy raro ese noble  
proceder, famoso asunto  
para mármoles y bronces.
- D. FRUT. Mas no lo hago por virtud,  
ni por miedo á los bigotes  
del capitan pendenciero,  
porque á mí nadie me tose;  
lo hago por ver si me zafo  
del apuro en que me ponen.  
Libreme yo de la novia  
y de esa suegra ó demontre,  
y mas que cargue con ambas  
Perico el de los palotes.  
Mas si no cede la vieja  
á mis justas reflexiones,  
y se mantiene en sus trece...  
¡pues! como yo en mis catorce,

y al fin tengo que casarme,  
juro á Dios y á los apóstoles  
que he de romper la cabeza  
á ese interesante jóven.

D. REMIG. No permita Dios... — Supongo  
que para mí no habrá golpes.  
Yo soy amigo de usted.

Siempre hemos estado acordes...

D. FRUT. ¡Eh! Con usted no va nada.  
Pero los minutos corren  
que vuelan y la marquesa  
no viene. Aunque usted perdone,  
don Remigio, ¿quiere usted  
llamarla...

D. REMIG. Con mil amores.

D. FRUT. Y luego...

D. REMIG. Entendido. Luego  
querrá usted que me incorpore  
con los otros y...

D. FRUT. Cabal.

D. REMIG. Pero me escusa un galope  
mi señora la marquesa.

(*Saludando á la marquesa que llega.*)

Muy servidor...

(*A don Frutos.*)

A la orden.

#### ESCENA IV.

DON FRUTOS. LA MARQUESA.

MARQUESA. ¿Cómo es eso? ¡Aun está usted  
de zamarra!

D. FRUT. ¡Eh! No me estorba.

MARQUESA. ¡Y va á venir el notario,  
y los testigos... ¡Qué sorna!

D. FRUT. Me alegro de ver á usted.  
Tenemos que hablar á solas...

MARQUESA. ¡Jesus, y estan convidadas  
mas de cuarenta personas...

D. FRUT. No le hace...

MARQUESA.                   ¿Qué dirán? Hecha  
un ascua de oro la novia,  
yo un brazo de mar, y el novio...

D. FRUT. Yo no gasto ceremonias.  
Bien estoy así.

MARQUESA.                   ¿En *toilette*  
de calesero!

D. FRUT.                   ¿Qué importa?

MARQUESA. Importa mucho. ¿Usted quiere  
que se burlen de nosotras?

D. FRUT. Si usted toma mi consejo  
podrá escusar esa mofa.

MARQUESA. ¿Y qué consejo...? Sepamos...

D. FRUT. Que se deshaga la boda.

MARQUESA. ¡Oh...! ¿Qué dice usted? ¿Salimos  
con esa embajada ahora?

(*Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.*)

D. FRUT. Aquí no hay mas embajada  
que la razon, y me sobra  
por todas mis coyunturas.

MARQUESA. Don Frutos, basta de broma.

D. FRUT. Hablo de veras. Usted  
no tiene pelo de tonta,  
y bien habrá conocido  
que el tal casamiento es droga.  
Yo soy demasiado tosco  
para dama tan preciosa;  
no se cambian las costumbres  
como se cambian las modas,  
y nunca harán buenas migas  
perro y gato en una alforja.

MARQUESA. ¡Eh! ¡Como de esos milagros  
hace el amor!

D. FRUT.                   ¿Dale, bola!

No nos amamos nosotros:  
¿lo entiende usted?; no señora.  
Yo lo sé de buena tinta;  
esto es, de su propia boca,  
y ella de la mia: ¿estamos?  
Ni soy mudo, ni ella es sorda.

MARQUESA. Ella cumplirá, no obstante,



con los deberes de esposa...

D. FRUT. No diré yo lo contrario...  
si la permiten que escoja;  
porque ha de saber usted,  
si por desgracia lo ignora,  
que hay bigotes de por medio.

MARQUESA. ¡Bobada! A usted se le antojan  
los dedos huéspedes.

D. FRUT. No.

MARQUESA. ¡Vaya...

D. FRUT. Hay moros en la costa.

MARQUESA. Cuando á mí nada me ha dicho  
la niña...

D. FRUT. Teme la cólera  
de usted.

MARQUESA. ¿Por qué? Yo no fuerzo  
su voluntad.

D. FRUT. Se equivoca  
mi señora la marquesa...,  
por no decir otra cosa.

MARQUESA. Hablemos claro, don Frutos,  
y diga usted sin tramoya  
que retira su palabra.  
¡Hombre sin pudor, sin honra,  
sin fé...

D. FRUT. ¡Señora marquesa!  
No quiera usted que nos oigan  
los sordos; tenga usted juicio,  
y ahorremos una camorra.  
A todos nos salva un *no*.  
Veamos á quién le toca  
pronunciarlo. Si yo diera  
calabazas á la moza,  
sobre faltar al respeto  
del que está bajo una losa,  
fueran ustedes silbadas  
diez leguas á la redonda;  
ella no le soltará  
si la llevan á la horca;  
con que...

MARQUESA. ¿Con que yo he de ser

quien cante la palinodia?

D. FRUT. Sí señora; y yo consiento  
que me ponga usted como hoja  
de peregil, y me acuse  
de haber roncado en la ópera...  
;Sí tal!, y de haber comido  
á cucharadas la sopa;  
y mas que salga tambien  
á la colada la historia  
del velador, y el abrazo,  
y la zamarra, y las botas...,  
y mas que sea preciso,  
para que usted quede airosa,  
compararme... ¿Á quién diré?  
Al bruto de Babilonia.

MARQUESA. No; ya es tarde. Yo no cedo.

D. FRUT. ¿No?

MARQUESA. Mil veces no.

D. FRUT. ; Señora!

;Mire usted que eso es ponerme  
en el pescuezo una soga!

;Mire usted que si me obliga  
á que mi palabra rompa;

;yo!; un aragonés!, ;ah! juro  
por mi padre que esté en gloria  
que se ha de acordar usted  
de don Frutos Calamocha.

MARQUESA. ;Bravatas! ;Baladronadas!

D. FRUT. Pues ya que usted me provoca,  
;guerra, venganza!

(*Sacando una cartera y de ella unos papeles.*)

Aqui tengo  
mi artillería. ;Arda Troya!

MARQUESA. ¿Cómo...!

D. FRUT. Usted recordará  
si no es flaca de memoria  
que, cuando el marques difunto  
residia en Zaragoza,  
para sacarle de empeños  
le abrió mi padre su bolsa.

MARQUESA. Es verdad. Le prestó algunas

cantidades...

D. FRUT.

Y no flojas.

(Mostrando á la marquesa un papel.)

Vea usted: ¡veinte mil pesos!

MARQUESA. (¡Dios mio...!)

D. FRUT.

Cuenta redonda.

MARQUESA. Pagaré...

D. FRUT.

De eso se trata.

El documento está en forma.

MARQUESA. (¡Este hombre me va á perder!)

Mas adelante...

D. FRUT.

No; ahora.

Págumelo usted al momento,

ó la casa se alborota

y ante el notario y testigos

digo que es usted tramposa.

MARQUESA. ¡Ah, don Frutos!

D. FRUT.

Y la pongo

por justicia.

MARQUESA.

¡Qué congoja!

D. FRUT.

Y la embargo cuanto tiene

en la sala y en la alcoba...

MARQUESA. ¡Jesus, qué hombre!

## ESCENA V.

LA MARQUESA. DON FRUTOS. JUANA.

JUANA. (Anunciando.)

Los testigos,

el cura de la parroquia,

el notario...

MARQUESA.

¡Justo Dios!

JUANA.

El marques de la Alcachofa...

MARQUESA.

Voy... Que esperen un momento...

## ESCENA VI.

LA MARQUESA. DON FRUTOS.

MARQUESA. Tenga usted misericordia...

D. FRUT.

¿La ha tenido usted de mí?

La venganza es muy sabrosa.

MARQUESA. ¡Baje usted la voz...!

D. FRUT. No puedo,  
que el furor me desentona.  
Todos sabrán...

(*La marquesa cierra la puerta del foro.*)

¿Cierra usted?

Pues levantaré la solfa.

Ó pagarme, ó despedirme,  
ó he de hacer...

MARQUESA. ¡Virgen de Atocha...!

D. FRUT. Una de pópulo bárbaro,  
y aunque me gaste mil onzas  
he de tener el consuelo  
de que pida usted limosna.

MARQUESA. ¡Basta! ¡No mas! Yo recojo  
la palabra de la novia,  
y la mia.

D. FRUT. ¡Eso!

MARQUESA. Y diré  
que el novio no me acomoda.

D. FRUT. ¡Asi!

MARQUESA. Y diré la verdad,  
porque es usted un idiota.

D. FRUT. ¡Divinamente! Un abrazo  
le daría á usted ahora.

MARQUESA. ¿Mas qué dirán los testigos...;—  
esto es lo que me sofoca;—  
y el notario, y tanta gente  
convidada...

D. FRUT. Usted se ahoga  
en poca agua. Ellos venian  
á presenciar una boda...

MARQUESA. ¡Y esa boda se ha frustrado!

D. FRUT. ¿Pues hay mas que darles otra?

MARQUESA. ¿Cómo...! ¿Con quién...

D. FRUT. (*Acabando de abrir la puerta de la izquierda.*)

*Verbi-gratia.*

(*Salen Elisa, don Miguel y don Remigio y se arro-  
dillan á los pies de la marquesa.*)

D. MIG.       ; Señora...!  
 ELISA.               ; Mamá...!  
 D. REMIG.                       ; Señora...!

### ESCENA ÚLTIMA.

LA MARQUESA. ELISA. DON FRUTOS. DON MIGUEL.  
 DON REMIGIO.

MARQUESA. ¿Qué veo! Aparta de aquí,  
 hija traidora.

ELISA.                       ; Perdon...

MARQUESA. ¿Qué horrible conspiracion!

D. FRUT. Todo se gobierna así.

MARQUESA. ¡Ah! ¿Me han burlado!

D. REMIG.                               ; Por Dios...!

D. MIG.       ; Ah señora! Yo protesto...

MARQUESA. ¿Pero qué viene á ser esto?  
 ¿Te has de casar con los dos?

D. REMIG. Cada cual en esta farsa  
 hace el papel que le dan.  
 Este es el primer galan;  
 yo soy un simple... comparsa.

MARQUESA. (Buscar un yerno es urgente  
 en este lance de honor,  
 y pues no hay otro mejor...,  
 cubramos el espediente.)

D. MIG. Rica no será conmigo,  
 pero mi amor...

ELISA.                               Por piedad...

D. FRUT. Por la negra honrilla...

MARQUESA.                               ; Alzad!  
 Yo os abrazo y os bendigo.

D. FRUT. ¿Viva! ¿Eso es ser madre! Ahora  
 que estamos todos contentos,  
 rompo yo mis documentos.

(Hace pedazos los papeles que sacó.)

Estamos en paz, señora.

MARQUESA. ¿Tanta generosidad!  
 Me confunde usted, me abate...

D. FRUT. No tal. Pago mi rescate

- y ¡viva la libertad!
- D. REMIG. ¡Oh pecho noble y sin hiel!
- D. FRUT. Basta. Demos al olvido...
- D. MIG. ¡Don Frutos...!
- ELISA. (¡Qué necia he sido  
en no casarme con él!)
- D. FRUT. Ahora... andemos á porrazos,  
si usted quiere, capitán.
- D. MIG. No; ya no tengo ese afán.
- D. FRUT. (*En actitud de brindarle con un abrazo.*)  
Pues...
- D. MIG. ¡Venga usted á mis brazos!  
(*Se abrazan.*)
- D. REMIG. (*Enternecido.*)  
El llanto inunda mi cara,  
y siento una conmocion...,  
una... ¡Bravo...! ¡Otra edicion  
del abrazo de Vergara!
- MARQUESA. Vamos, vamos á la sala,  
que nos estan esperando...
- D. FRUT. Vayan ustedes andando...  
ustedes que estan de gala.  
Yo voy á buscar un coche  
que me vuelva á mi lugar.
- MARQUESA. ¿Ya se quiere usted marchar?
- D. FRUT. Sí. No duermo aqui esta noche.  
Tambien yo entiendo, marquesa,  
algo de filosofia,  
aunque tengo todavía  
el pelo de la dehesa.
- ELISA. ¡Pero dejarnos asi...
- D. REMIG. Sin disfrutar del convite...
- D. FRUT. ¡Nada! ¡A Belchite, á Belchite...!  
La corte no es para mí.

# EL ENCUBIERTO

DE VALENCIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

282: VII/1840



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

—  
1840.

## PERSONAGES.

---

JUAN DE BILBAO, *mercader.*

DON JUAN, *infante de Castilla, nieto de los reyes Católicos, bajo el nombre de don Enrique Manrique de Ribera.*

EL MARQUES DE CENETE, *corregidor de Oran.*

MARIA, *hija de JUAN DE BILBAO.*

BLANCA, *hija del MARQUES.*

JUAN PERIZ.... } *Treces de la Germania.*  
VICENTE RUIZ. }

INES.

EL CAPITAN VARGAS.

UN CARCELERO.

UN MAGISTRADO.

AGERMANADOS.

SOLDADOS DEL EJÉRCITO REAL.

El primer acto pasa en Oran: los restantes en el reino de Valencia.

---

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

La escena pasa en Oran: una sala bien alhajada en la casa del marques de Cenete, con dos puertas á cada lado y un balcon en el fondo con vista al mar.

### ESCENA I.

BLANCA. MARIA. INES.

*(Maria hace labor: Blanca está lánguidamente recostada en un sofá.)*

BLANCA. Suelta esa labor: no ves que asi te fatigas?....

*(Se levanta y quita á Maria la labor.)*

MARIA. Deja....

BLANCA. No, que tu bien lo aconseja.

Abre ese balcon, Ines.

Respiremos el ambiente de la tarde, que es extremo el calor y ahogarme temo.

MARIA. Siempre te sirvo obediente.

BLANCA. Ya va el sol á declinar

su tibia luz indecisa,

y se alza fresca la brisa

de entre las ondas del mar.

MARIA. En esta region, no es cierto que en su atmósfera encendida,

solo con la noche hay vida,

con la luz todo está muerto?

No asi mi patria feliz

donde cristal es el cielo

y pintada alfombra el suelo,

de portentoso matiz.

Este doloroso afan

mi soledad acompaña,

llorando á mi hermosa España

desde las playas de Oran.

:

Lloro diez y siete abriles  
 allí en la dicha pasados  
 y aquellos sitios, poblados  
 de recuerdos infantiles.

Aquí no hay flores, ni hallar  
 otros placeres presumas  
 que esas montañas de espumas  
 que se agitan sobre el mar.

Aquí yerta y sin pasión  
 el alma duerme y se embota,  
 y el tedio continuo agota  
 las fuentes del corazón.

BLANCA. Que adivino tu tristura?  
 Amas?

MARIA. Quién amar no sabe?

BLANCA. Y amada?

MARIA. No, en mí no cabe  
 tan estremada ventura.

BLANCA. Orgulloso es tu galán,  
 que eres con extremo hermosa.

MARIA. Otra halló mas venturosa  
 en esta tierra de Orán.

BLANCA. Y tanto tu corazón  
 con su imagen ha ocupado,  
 que no hay lugar reservado  
 para otra nueva pasión?

MARIA. No es posible!

BLANCA. No en verdad?

MARIA. Yo no perdiera mi calma  
 si á los afectos del alma  
 mandara la voluntad.

BLANCA. Libreme Dios de querer  
 á hombre alguno de tal suerte.

MARIA. Sí, sí... mas vale la muerte  
 que este amargo padecer.  
 Tú no comprendes mi lloro  
 ni cuanto mal aquí abrigo,  
 sin los celos que no digo,  
 sin el pesar que devoro.

BLANCA. De otro modo imaginé  
 con ciego y sencillo error,  
 que era sin duda el amor.

- MARIA. Si hay otro amor, no lo sé.  
 Tú sola, Blanca, quizás  
 lo sabes; tú, afortunada,  
 que eres de todos amada,  
 juzgarlo tal vez podrás.
- BLANCA. Es cierto: mi corazón  
 por un hombre, ardiente late;  
 mas no en furioso combate  
 para ofuscar mi razón.  
 Sensible como muger,  
 dulces afectos procuro,  
 y si le quiero, te juro  
 que es tan solo por querer.  
 Tierno y galán, mi beldad  
 de mil modos celebró,  
 y celebrándola, abrió  
 la puerta á mi vanidad.  
 En un tiempo, le escuché  
 sin gusto; mas hubo enojo  
 mi padre, y yo por antojo  
 pienso que entonces le amé.  
 Díjome sentidas quejas  
 de nunca vista pasión,  
 y á oírlas le dí ocasión  
 por la noche y á mis rejas.  
 Llamóme luz de su amor,  
 hermosa perla oriental  
 y azucena virginal  
 de inmaculada color.  
 Llamóme entre cosas mil  
 palma mecida del aire:  
 nada olvidó en su donaire  
 de nacar, oro y marfil.  
 Oyéndole, sin querer,  
 ni bien turbada, ni en calma,  
 absorta velaba el alma  
 con indeciso placer,  
 y blando y fugaz ardor  
 turbaba mi pecho inquieto.  
 Si esto es dolor, yo prometo  
 que no me mate el dolor.
- MARIA. Feliz tú!

BLANCA.

Feliz quien halla  
sin tormento tanto bien,  
y quien nunca amó, tambien....  
mas viene mi padre; calla.

## ESCENA II.

DICHAS. EL MARQUES DE CENETE. ENRIQUE.

MARQUES. Hijas, qué haceis? Todo el pueblo  
corre á la orilla del mar  
á ver llegar las galeras.

BLANCA. Maria! mira!.... es verdad.

MARIA. Sin duda vienen de España.

BLANCA. Nuevas de España traerán.

MARQUES. Y acaso de vuestro padre.

MARIA. Plegue á Dios!

MARQUES. Muy triste estás  
desde que partió; que acaso  
pásaslo en su ausencia mal?

MARIA. No, que satisfecha vivo  
de vuestra mucha amistad;  
mas, ay! que el amor de un padre  
no se reemplaza jamas.

ENRIQUE. No espero yo que tan presto  
vuelva á las playas de Oran.

MARIA. Eso temo.

BLANCA. De su ausencia  
yo te sabré consolar,  
y puesto que á mi cuidado  
por él encargada estás,  
he de hacer....

MARIA. Señora mia!  
me humilla tanta bondad.

Yo espero que en breve tiempo  
á quitaros tornará  
tanta y tan dura molestia....  
(y á mí una pena mortal.)

BLANCA. Si digo que es mal de amores?

(*Aparte á Maria.*)

MARIA. No, no, señora! callad....  
no lo sepan.

- ENRIQUE. (Pobre niña!  
mal oculta su pesar!)
- BLANCA. Ven... á la playa salgamos.  
Acaso cartas vendrán  
para tí.
- MARIA. Vamos.
- ENRIQUE. Señora....
- BLANCA. Don Enrique, adios quedad.

### ESCENA III.

EL MARQUES. DON ENRIQUE.

- ENRIQUE. Ya estamos solos, marques;  
podeis sin reparo hablar.
- MARQUES. Primero, tomad asiento.
- ENRIQUE. Bien estoy.
- MARQUES. No.
- ENRIQUE. Perdonad.
- MARQUES. Breve seré, don Enrique,  
pero claro por demas,  
que asuntos de honor, requieren  
que se hablen con claridad.
- ENRIQUE. Asuntos de honor!
- MARQUES. Acaso  
os parezca singular  
esto que os digo; mas luego  
vereis que hay razon de mas.  
Tengo una hija....
- ENRIQUE. Dechado  
de pureza y de beldad.
- MARQUES. El pareceros tan bien  
me ha parecido á mí mal.  
De esto solo quise hablaros.
- ENRIQUE. De qué modo?
- MARQUES. Voy allá.  
Que es bella decis? lo creo.  
Que es virtuosa ademas?  
Tambien es cierto, y con esto  
colmado mi orgullo está.  
Pero olvidais que es mi hija  
y quien yo soy olvidais.

ENRIQUE. Yo! qué decís! he podido  
nunca....

MARQUES. Dejadme acabar.  
Mi sangre, de luengos siglos,  
es noble y limpia, sin mas  
impureza, ni otra mancha  
que la mancha original.  
Jamás se mezcló con sangre  
de otra menor calidad,  
ni hubo nunca en mi ascendencia  
judío ni musulmán.

ENRIQUE. Os comprendo.

MARQUES. Enhorabuena.  
Amáis á Blanca?...

ENRIQUE. Es verdad.

MARQUES. La merecéis?

ENRIQUE. Eso dudo,  
si no es merecer, amar.

MARQUES. No me entendisteis.

ENRIQUE. Mal puedo  
si mejor no os esplicais.

MARQUES. Sois noble?

ENRIQUE. Ni aun lo presumo.

MARQUES. Eso respondeis?

ENRIQUE. Qué mas?

MARQUES. En tal caso, ya es preciso  
para haber de contrastar  
ese amor, que yo interponga  
de padre la autoridad.

ENRIQUE. Acaso no es imposible  
que fuese mi origen tal  
como el vuestro, seor marques,  
y aun de mas alto solar.  
Siempre rodeó mi cuna  
misteriosa oscuridad  
que oculta, según me dicen,  
algun secreto fatal.  
Bien pudiera de ese modo  
algun escudo encontrar  
con tan escelsos cuarteles  
que insultan vuestra humildad.  
Acaso, bien puedo hacerlo;

mas no me agita ese afán,  
que me basta el ser que tengo  
sin que pretenda ser mas.

MARQUES. En buen hora; mas yo os ruego  
que de ese amor desistais,  
si por esta razon no,  
al menos, por mi amistad.  
Que os juro que si otro alguno  
que no vos, hiciera tal,  
de cierto, no suplicara  
con lo que puedo mandar.

ENRIQUE. Pretendeis un imposible.

MARQUES. Facil hacerlo podrá  
la razon, y hacedlo os ruego,  
pues os brindo con la paz.

ENRIQUE. Yo he de amarla siempre.

MARQUES. Y yo  
lo procuraré estorbar,  
ya que os mostrais mi enemigo.

ENRIQUE. Vuestro enemigo? jamas!  
Qué delito es que yo ame  
lo que vos tambien amais,  
ya que en tan buena armonia  
nuestros afectos estan?

MARQUES. Si fuerais noble, os la diera  
mejor que á un rey: contemplad  
si vuestras prendas me agradan,  
que sois bizarro y galan.

ENRIQUE. No desisto.

MARQUES. Ya sereis  
mas cuerdo.

ENRIQUE. Mirad....

MARQUES. Mirad  
que yo puedo....

ENRIQUE. Alguien se acerca.

MARQUES. Quereis guerra y guerra habrá.

#### ESCENA IV.

DICHOS. JUAN DE BILBAO. MARIA.

MARQUES. Quién es?

- ENRIQUE. Mi padre!
- JUAN. Sí, Enrique....  
dame los brazos.
- ENRIQUE. Y el alma.
- JUAN. Señor marques....
- MARQUES. Muy bien venido.  
Tan presto no os aguardaba.
- JUAN. En efecto, yo tampoco  
esperé ventura tanta;  
pero mi buena fortuna  
superó mis esperanzas.
- MARQUES. Contento venís.
- JUAN. De suerte,  
que nada á mi dicha falta,  
marques.
- MARQUES.Cuál es vuestra dicha  
mucho de saber me holgara.
- JUAN. Por partir, sin duda alguna,  
mi contento?....
- MARQUES. Qué otra causa  
pudiera?....
- JUAN. En efecto, pero....
- MARQUES. Si es secreta, reservadla.
- JUAN. Es así, y aun es posible  
que esta ventura estremada,  
como es para mí halagüeña  
fuera para vos amarga.
- MARQUES. Entenderos no es posible.  
Traéis noticias de España?
- JUAN. Muchas hay.
- MARQUES. De los rebeldes  
no disminuye la audacia?
- JUAN. Quiénes los rebeldes son,  
decidme?
- MARQUES. Pregunta estraña!
- JUAN. Hay opiniones: entre ellos  
todos rebeldes se llaman.
- MARQUES. Y vos?
- JUAN. Yo soy mercader,  
y el estruendo de las armas  
me asusta.
- MARQUES. Y los comuneros,



qué es de ellos? en dónde se hallan?

JUAN. En todas partes.

MARQUES. Progresala  
la rebelion?

JUAN. Ahí es nada!

pues si esos son los rebeldes,  
ya es rebelde toda España.

MARQUES. Qué decís!

MARIA. Padre!

JUAN. Los pueblos

unos tras otros levantan  
la voz, y Murcia y Valencia

(*Mirando á Enrique.*)

quedan tambien sublevadas.

ENRIQUE. (Murcia y Valencia!)

MARQUES. Y vos mismo  
venís de allí.

JUAN. Dos semanas

hace ya que abandoné  
con mi galera sus aguas.

MARQUES. Y os encontrasteis....

JUAN. Sin duda.

Buen dia!

MARQUES. Sí, alguna banda  
de miserables.

JUAN. El pueblo....

lo que vos decís; canalla.

MARQUES. Y vos en tanto....

JUAN. Tambien,

como todos.... cosa es clara.

Si ellos corrían, corría:

si ellos gritaban, gritaba;

mas sin intencion.

MARQUES. Y muchos,

tambien como vos, sin causa,

sin intencion, alimentan

de la sedicion la llama.

JUAN. Oh! sí.... muchos como yo,

de cierto.

MARQUES. Y yo no dudara

en castigarlos.

JUAN. Así?

MARQUES. Pues no hallais razon sobrada?

JUAN. Ni hallo razon, ni quien pueda hacer eso.

ENRIQUE. Basta, basta, señor.

MARQUES. Adios, don Enrique. Vuestro padre hace muy brava mercancia: Dios le guarde de que en otras manos caiga.

JUAN. Mercader soy; mas sabed que tengo tambien espada, y esa, está siempre, marques, á vuestro servicio.

MARQUES. Gracias. Alguna vez probaremos á dónde la punta alcanza. (Orgullo trae, por mi vida.) (Vase.)

JUAN. (Poco este marques me agrada.) Déjanos solos. (A Maria.)

MARIA. Tan presto!....

JUAN. Disponte para la marcha.

## ESCENA V.

JUAN. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. Hablad, hablad.... qué nuevas?....

JUAN. Mas felices de lo que yo esperé.

ENRIQUE. Cómo!

JUAN. En Valencia alzado está el pendon, y es ya precisa en medio de las huestes tu presencia.

ENRIQUE. No eran vanas, señor, tus esperanzas!

JUAN. No, su gefe serás.

ENRIQUE. Mas de qué modo, con qué titulo, dí?

JUAN. Nada te importa si el logro asi de tu ambicion alcanzas.

ENRIQUE. Oh! perdonad....

JUAN. Silencio, don Enrique.

ENRIQUE. A comprender no alcanzo mi fortuna.

Si ellos supiesen por desgracia....

JUAN.

Todo.

ENRIQUE. La oscuridad dudosa de mi cuna....

JUAN. Nada ignoran, Enrique.

ENRIQUE.

De ese modo  
ejerceis en sus almas grande imperio.

JUAN.

Sí.

ENRIQUE.

Nada mas! hablad y una vez sola  
deponed ese lúgubre misterio....

JUAN.

Aun no es posible.—Partireis mañana?

ENRIQUE.

Hoy mismo si quereis.

JUAN.

Gracias al cielo!

ENRIQUE.

Qué decís?

JUAN.

No era cierto que en mi ausencia  
erais presa infeliz de una hermosura?

ENRIQUE.

No lo quiso jamas mi desventura.

JUAN.

No amais á Blanca?

ENRIQUE.

No, que amar no sabe  
quien se alimenta de esperanzas locas:  
donde cabe ambicion, amor no cabe.

JUAN.

En buen hora.... al instante partiremos.

Ese pliego recibe, en que te envia  
por medio de sus Treces  
toda su autoridad la Germania.

ENRIQUE.

Su autoridad!

JUAN.

Mas piensa que esta lucha  
á prueba va á poner de mil peligros  
tu constancia y valor. Siglos eternos  
acaso va á durar, y el que sucumba,  
feliz si encuentra quien piadoso le abra  
en las montañas ignorada tumba.  
Ni tregua ni descanso: una vez puesto  
en los campos el pie, ya no hay mas senda  
sino seguir el áspero camino  
lanzado en el sangriento torbellino.  
Caer ó derribar; ser el primero  
en esta horrible y desigual pelea.  
Sea deshonrado el que en la lid cejare,  
y el que fuere traidor, maldito sea.  
Dado el ejemplo está: la España toda  
vuelve de ese letargo que la humilla  
y arroja el grito poderoso y fuerte



CEU  
Universidad  
San Pablo

Biblioteca Universitaria

despertando á los pueblos de Castilla.  
 Mas no duermen en tanto las legiones  
 de la hueste real: con sangre y fuego  
 á Medina del Campo han debelado,  
 y allí de su barbárie y de su encono,  
 si no de su valor, ejemplo han dado.  
 España lo miró y alzó la frente  
 al horrible clamor de la matanza,  
 y con tremenda voz seca y rugiente  
 sus soldados convoca á la venganza.  
 Desesperada asi como leona  
 que de sus hijos el estrago advierte,  
 se alza terrible y su furor pregona  
 con alaridos de venganza y muerte.

ENRIQUE. Sí, quedará vengada.

JUAN.

Asi te quiero,  
 alentado y valiente: la partida  
 voy luego á disponer.

ENRIQUE.

Haz como quieras....  
 tuya es mi voluntad, tuya es mi vida.

### ESCENA VI.

DON ENRIQUE. *Luego* EL MARQUES.

ENRIQUE. Ambiciosos deseos, ya ha llegado  
 el momento feliz!... por qué te agitas,  
 inquieto corazon, que aun no comprendo  
 si de esperanza ó de temor palpitas?

MARQUES. Vos aqui?—Podeis volver

*(Hablando hácia dentro.)*

al punto, y sin dilacion  
 os daré contestacion.

*(No acierto qué pueda ser.)*

ENRIQUE. Estais ocupado?

MARQUES.

Sí.

ENRIQUE. Os pido vuestra licencia.

MARQUES. Cuándo fue vuestra presencia

sino grata para mí?

Es un pliego....

ENRIQUE.

Vedlo os ruego.  
 Casualidad es por Dios!

MARQUES. Qué es ello?

ENRIQUE. Que como vos  
he recibido otro pliego.

MARQUES. Veamos.

ENRIQUE. Veamos, pues:  
puede que el papel lo explique.

*(Leen para sí un momento.)*

MARQUES. Grave asunto es, don Enrique.

ENRIQUE. Asunto es grave, marques.

MARQUES. En grande peligro estamos.

ENRIQUE. Sin duda.

MARQUES. Mas no me aterra.  
Habrá guerra.

ENRIQUE. Mas qué guerra!

MARQUES. Veamos que os dicen.

ENRIQUE. Veamos.

MARQUES. *(Lee.)* La nacion está agitada  
de mil sangrientos horrores.

ENRIQUE. *(Lee.)* Presa España de traidores  
y por ellos desgarrada...

MARQUES. *(Lee.)* Ya es fuerza que se reprima  
tanto escándalo y furor.

ENRIQUE. Apela triste al valor  
que nuestros pechos anima.

*(Se miran un momento estupefactos.)*

MARQUES. Para calmar el espanto  
que infunde la rebelion....

ENRIQUE. Ya hemos alzado el pendon  
de la guerra, y por lo tanto....

MARQUES. Importa vuestra presencia  
porque las huestes mandeis  
de Valencia.

ENRIQUE. Vos seréis  
nuestro caudillo en Valencia.

MARQUES. Eso dice?

ENRIQUE. Año de mil  
quinientos veinte; ya veis.

MARQUES. Mas la fecha....

ENRIQUE. Abril y seis.

MARQUES. Cabales: á seis de abril.

ENRIQUE. Es raro! mirad al punto

*(Con ironia.)*

- quien firma.
- MARQUES. De propia mano  
firma el cardenal Adriano.
- ENRIQUE. Ese es ya distinto asunto.
- MARQUES. No es el mismo?
- ENRIQUE. No á fe mia.
- MARQUES. Pues quién?
- ENRIQUE. Mirad.  
(*Mostrándole el pliego.*)
- MARQUES. Infeliz!
- ENRIQUE. Juan Périz y Vicente Ruiz,  
Treces de la Germanía.
- MARQUES. Vos gefe de la faccion  
y en trato con tales hombres!
- ENRIQUE. No os parecen bellos nombres  
porque de hidalgos no son?
- MARQUES. Decidme , y contestareis?
- ENRIQUE. Contestareis vos?
- MARQUES. Pues no?  
y vos tambien?
- ENRIQUE. Tambien yo.
- MARQUES. Ireis allá?
- ENRIQUE. Y vos ireis?
- MARQUES. Que si iré me decís? quién  
lo duda, si español soy?
- ENRIQUE. Pues yo , marques, tambien voy,  
porque español soy tambien.
- MARQUES. Por voz de sus consejeros  
asi me lo manda el rey.
- ENRIQUE. Yo sirvo en esto á la ley  
por voz de los comuneros.
- MARQUES. Guárdeme de tal error  
el cielo.
- ENRIQUE. Error, pesia tal?
- MARQUES. Yo á mi patria soy leal.
- ENRIQUE. La soy yo acaso traidor?
- MARQUES. Qué será quien entre hermanos  
atiza sangrienta lid?
- ENRIQUE. Que no lo son , advertid,  
los siervos y los tiranos.
- MARQUES. Las razones, no lo son  
disculpando una perfidia.

ENRIQUE. El que por su patria lidia;  
nunca lidia sin razon.

MARQUES. Mirad que tengo de ahorcaros  
aunque pese á mi amistad,  
si os hé á las manos.

ENRIQUE. Mirad  
que hareis muy bien en guardaros;  
que aunque le pese al amor  
que há ya tiempo que os profeso,  
he de hacer....

MARQUES. Qué?

ENRIQUE. Tambien eso;  
colgaros como á traidor.

MARQUES. Yo traidor! hay tal baldon?

ENRIQUE. Si yo venzo, asi será,  
y si vos venceis, no habrá  
quien os quite la razon.  
Esto sin que perjudique  
á nuestra amistad, marques!

MARQUES. Eso, jamas!

ENRIQUE. Esta es.  
mi mano.

MARQUES. Adios, don Enrique.

### ESCENA VII.

*(En el momento en que Enrique entra por la segunda puerta de la derecha, se acerca el marques á una mesa, toca una campanilla y escribe. El capitán Vargas, sale por la segunda puerta de la izquierda.)*

EL MARQUES. EL CAPITAN.

MARQUES. Mucho pica de arrogante!  
Vargas! en prision poned  
á esos hombres, y entended  
que esto ha de ser al instante.

CAPITAN. Juan de Bilbao!....

*(En este instante va á salir Maria por la primera puerta de la derecha, y al oír el nombre de su padre, se detiene, y escucha.)*

MARQUES. Qué esperais?

CAPITAN. Y don Enrique!

MARIA. Gran Dios!

MARQUES. Muertos ó vivos, los dos  
al momento asegurais.

(*El marques se va por la primera puerta de la izquierda y el capitan se dirige á la de la habitacion donde entró Enrique. Maria sale.*)

ESCENA VIII.

MARIA. EL CAPITAN. Luego JUAN DE BILBAO y ENRIQUE.

CAPITAN. Asi lo haré.

MARIA. Capitan!

CAPITAN. Señora?

MARIA. Hablaros quisiera  
mi padre.

CAPITAN. Si?

MARIA. Y os espera....

CAPITAN. Y Enrique?

MARIA. Los dos estan.

CAPITAN. Dónde?

MARIA. En mi aposento.

CAPITAN. Bien. (1)

MARIA. Enrique! padre! infelices!  
os van á prender!

JUAN. Qué dices?  
ya es tarde para eso.... ven.

(*La toma de la mano y se dirigen á la segunda puerta de la izquierda. Se oyen golpes en la de la habitacion de Maria.*)

---

(1) Entra el capitan en la habitacion de Maria: esta cierra inmediatamente la puerta echando una llave. Juan de Bilbao y Enrique salen.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Sala en la casa-ayuntamiento de Valencia. En el fondo, ventanas que dan á una plaza.

### ESCENA I.

JUAN DE BILBAO. MARIA.

JUAN. Qué tienes, por qué suspiras?

MARIA. Dejadme, señor.

JUAN. No á fé,

que por mi vida no sé

si padeces ó deliras.

De un hondo dolor extremo

es presa tu corazon,

ó de ciega inclinacion

que aun imaginada temo.

Habla.

MARIA. Jamás! imposible!

adivinadlo en buen hora;

pero el mal que me devora

es, oh padre! inestinguible.

Son dolores que aquí estan

alimentados de engaños,

y cuentan ya largos años

de lento y perpétuo afan.

Perdon!

JUAN. Cumplido así advierto

lo que yo me presumí.

Amor! pobre niña!

MARIA. Sí....

ese es mi dolor, de cierto.

JUAN. Pero á quién!

MARIA. Oh! yo le amé

como á un hermano, señor,

y él me pagaba este amor

mientras puro y santo fue.

JUAN. Tambien te amaba!

MARIA. Mas luego

que con doliente martirio  
se hizo el afecto, delirio,  
y el blando ardor, se hizo fuego,  
entonces ; ay! se olvidó  
de Maria, y desleal,  
de nuestro amor fraternal  
el frágil lazo rompió.

JUAN. Triste de tí! borra, olvida,  
hija amada, de ese hombre  
hasta el recuerdo y el nombre.

MARIA. Cómo, sin perder la vida?  
Tanto querer no se mide  
ni apaga de tal manera:  
mandad, si quereis, que muera;  
mas no me mandeis que olvide.

Si reprobais mi pasion,  
si quereis darme la muerte,  
árbitro sois de mi suerte;  
mas no de mi corazon.

JUAN. Oprimirte yo? qué estás  
diciendo?

MARIA. Padre!

JUAN.

Maria!

tú que eres la vida mia  
morir opresa!... jamás.

Mas siento que tu hermosura  
se marchite y pierda asi  
por un ciego frenesi  
que ha de hacer tu desventura.

No puedo decirte yo  
la razon que á esto me obliga,  
que hay peligro en que lo diga.

MARIA. No quiero saberlo, no.  
Bástame saber de hoy mas  
en mi desdicha insufrible  
que este amor es imposible.

JUAN. Así solo acertarás.  
Mas.... serénate....

MARIA. Por vos  
ahogaré en mi pecho el llanto.

JUAN. Bien.... hija.... y procura en tanto  
olvidarle.... adios!

MARIA. Adios.

ESCENA II.

MARIA. *Despues* ENRIQUE.

Imposible! eso creia....

acaso por su fortuna

hijo de mas alta cuna

afrenta la humildad mia.

Yo lo debí conocer

y debí olvidarle yo;

pero el amor me cegó,

que soy amante y muger.

ENRIQUE. Hermana! ya en nuestras frentes

brilla de la patria el sol,

dicha por que tanto tiempo

tu corazon suspiró.

Así tornará á tu rostro

de las rosas el color

que en las playas africanas

el sol ardiente apagó.

Cuántas veces anhelabas

en su desierta region

ver de tu suelo querido

una memoria, una flor!

No respondes?

MARIA. No te niego

que late en mi corazon

el amor de nuestras flores

y de mi patria el amor.

Ni en otra parte hay placeres

para el que aquí ya nació;

ni hay para mí hermoso cielo

como mi cielo español.

Mas....

ENRIQUE. Qué te detienes?

MARIA. Nada!

eres feliz?

ENRIQUE. Sí lo soy!

MARIA. No te atormentan recuerdos?

ENRIQUE. De qué?

MARIA. No lo sabes? oh!

ENRIQUE. Celos?

MARIA. Quién habla de celos?

(Bien lo aciertas.... celos son!)

ENRIQUE. Nunca viví de recuerdos:

de esperanzas es mejor.

MARIA. Ya lo sé: gefe del pueblo

en esta lucha feroz,

cumplido está tu deseo,

satisfecha tu ambicion.

ENRIQUE. Sí, Maria.

MARIA. Acaso en breve

coronando tu valor

la fortuna, triunfarás

de tu oscura condicion.

Serás noble, serás grande,

mientras olvidada yo

en la nada de mi origen,

viviré con mi dolor.

ENRIQUE. Tú padeces?

MARIA. No lo sabes!

ENRIQUE. Cuéntame tus penas.

MARIA. No.

ENRIQUE. Por qué?

MARIA. No puedes saberlo.

Tú!... no.

ENRIQUE. Quién con mas razon?

No soy tu hermano?

MARIA. No sé,

ni yo misma sé quien soy.

(*Enrique la toma una mano.*)

Qué haceis?

ENRIQUE. Tú me amas, Maria?

MARIA. Y el parentesco, señor?

ENRIQUE. Si es de hermano este cariño!

MARIA. (Quién ese poder te dió,

hombre, que aun así burlando

me robas el corazon?)

Dejadme!

ENRIQUE. Dime, si acaso

no te contenta mi amor?

MARIA. Acaso lo has acertado.

ENRIQUE. Confíesalo.

MARIA. Por qué no?

Mas amante te quisiera.

ENRIQUE. Cómo, si tu hermano soy?

MARIA. Eso; apurad el hermano!...

dejadme, hermano, con Dios.

ENRIQUE. (Por qué esa ciega ternura

mi alma tambien no sintió?)

MARIA. (Por qué atormentas mi pecho,

mal pagada inclinacion?) (*Vase.*)

### ESCENA III.

ENRIQUE.

No es posible, no; en mi pecho

ya no cabe otra pasion....

orgullosa y satisfecho

aun basta apenas, estrecho,

para abrigar mi ambicion.

Y asi, desdichada, llora

tu mal pagado querer

que concebiste en mal hora,

mientras mi pecho devora

la esperanza de otro ser.

Que yo otra dicha ambiciono

que alimenta mi osadia,

al ver en tal abandono

desierto el altivo trono

de una vasta monarquia.

Dichoso el que audaz concibe

tanto anhelo, y cuanto quiere

osado en su mente escribe,

y consiguiéndolo, vive,

ó procurándolo, muere.

Esclavo de un pensamiento

que me atosiga importuno

con sublime atrevimiento,

no hay medio para mí alguno

entre muerte ó vencimiento.

Si humilde es mi condicion,  
 pobre y oscuro mi nombre,  
 no importa, ciega ambicion;  
 la suerte esclava es del hombre,  
 y el hombre, del corazon.  
 Ea, valor, á alcançar  
 esta dicha que ambiciono...  
 á morir ó á derribar,  
 que no me importa jugar  
 esta vida por un trono.

ESCENA IV.

ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

- JUAN. Un parlamento enemigo  
 de llegar acaba al muro  
 para hablarte sin testigo,  
 y pide guarda y seguro.  
 Respóndeme qué le digo.
- ENRIQUE. Pienso que por le escuchar  
 nada nuestra causa pierde,  
 antes bien pienso mostrar  
 que no hay pacto en que concuerde  
 sino en morir ó matar.
- JUAN. Sea así; por mas que intente  
 con doradas intenciones  
 ganar tu pecho valiente,  
 hazle ver que no consiente  
 promesas ni condiciones.  
 Que si pactos de un tirano  
 nos ofrece, vano es ya,  
 y sus leyes son en vano:  
 con las armas en la mano  
 Valencia se las dará.  
 Entre muerte ó deshonor,  
 la muerte elegir no dude  
 un momento tu valor....  
 por lo demas, Dios ayude  
 de las causas la mejor.

ESCENA V.

ENRIQUE. *Después, EL MARQUES DE CENETE conducido por JUAN DE BILBAO, quien se retira al momento que le introduce.*

ENRIQUE. No temas que me deslumbren promesas, si ya no es que mi anhelo satisfacen trocando en otro mi ser.

MARQUES. Hemos llegado?

JUAN. Acercaos....  
ya descubriros podeis. (*Vase.*)

MARQUES. Sois vos, Enrique?

ENRIQUE. Qué veo!

MARQUES. De qué os admirais?

ENRIQUE. Marques!

MARQUES. Quereis un punto escucharme, don Enrique?

ENRIQUE. Sí querré.

MARQUES. Dócil os busco.

ENRIQUE. Veamos.

MARQUES. A haceros, vengo, merced.

ENRIQUE. Eso, es preciso.

MARQUES. Decidme....

cuál vuestra esperanza fue al aceptar este cargo.... si de honor ó de interes.

ENRIQUE. Pensais que á tan dura lucha sin ambicion me lancé

por solo efimeras glorias?

No es tanta mi insensatez.

Oh! no.... ya que al fin es fuerza

que me debais conocer,

dejemos vanas palabras

que nada dicen, marqués.

Nací de origen oscuro;

por lo demas nada sé

sino que aliento en mi pecho

de un monarca la altivez.

El pueblo alzó una bandera,

otra se alzó por el rey,  
y yo, que nada tenia,  
me decidí por aquel.

MARQUES. No hallais entre un rey y un pueblo,  
gran diferencia?

ENRIQUE. Asi es:

uno lidia por ganar  
y el otro por no perder.

MARQUES. Un rey es Dios en la tierra,  
que la imagen de Dios es.

ENRIQUE. Eso es lo que los rebeldes  
no queremos comprender.

MARQUES. Es decir, que en vuestro pecho  
no cabe razon ni ley,  
ni mas que ese vano orgullo  
que no acierto á comprender?

ENRIQUE. Nada mas.

MARQUES. Ni sabéis nada  
de á cuánto un vasallo fiel  
por su rey está obligado?

ENRIQUE. En efecto, nada sé.

MARQUES. Pues yo, don Enrique, puedo  
hacéroslo conocer.

ENRIQUE. Cómo?

MARQUES. Castigando alevés.

ENRIQUE. Si eso os agrada, sea pues. *(Con calma.)*

MARQUES. *(Reprimiéndose.)* Si la ambicion os instiga  
con abrasadora sed  
de riquezas y de honores,  
todo eso y mas os daré.

ENRIQUE. Vos?

MARQUES. Sin duda.

ENRIQUE. Y para eso,  
decidme, qué debo hacer?

MARQUES. He de hablaros sin rebozo?

ENRIQUE. Se entiende.

MARQUES. Y vacilareis?

ENRIQUE. Hablad.

MARQUES. De vuestros errores  
al rey sacrificio haced.

ENRIQUE. Cómo?

MARQUES. Pidiendo sumiso



- perdon de vuestra altivez.
- ENRIQUE. Tal decís? yo que soberbio grande como él me juzgué, mendigara su clemencia arrastrándome á sus pies?
- MARQUES. No se humilla quien conoce su incontrastable poder, que si es noble la osadia, la locura no lo es.
- ENRIQUE. Y qué mas?
- MARQUES. No sois el gefe de esta faccion?
- ENRIQUE. Cierto.... y bien?
- MARQUES. Entregádmela.
- ENRIQUE. Un perjurio! capaz yo de tal doblez!
- MARQUES. Dejad escrúpulos necios.
- ENRIQUE. Y la prometida fé?
- MARQUES. Lo hareis, sí ó no?
- ENRIQUE. Perdonadme, pero...
- MARQUES. Sí ó no: responded.
- ENRIQUE. Una traicion!
- MARQUES. Que lealtad puede llamarse tambien.
- ENRIQUE. Que el rey me hará grande y noble?
- MARQUES. El segundo despues de él.
- ENRIQUE. (Por qué he ser el segundo si puedo el primero ser?)
- MARQUES. Mirad bien lo que os importa y respondedme.
- ENRIQUE. Eso haré.
- MARQUES. Dadme vuestra mano, Enrique.
- ENRIQUE. Señor....
- MARQUES. Adios, y entended que mucho os amo.
- ENRIQUE. Eso creo.
- MARQUES. Silencio! es el mercader.

## ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO, *aparece en el fondo*: ENRIQUE y el MARQUES  
*fingen no haberle visto.*

ENRIQUE. Marques! á quien os envia,  
 decidle, que en vano es  
 querer que necios rompamos  
 la ya proclamada ley.  
 La muerte es nuestro refugio,  
 nuestra divisa, vencer....

MARQUES. Mas, si contra esa esperanza  
 fueseis vencidos, qué hareis?

JUAN. Morir, que no nos obliga  
 á hacer mas, nuestro deber.

MARQUES. El cielo castigará  
 vuestra loca insensatez.

JUAN. Su voluntad es suprema  
 y á él apela, nos tambien.

MARQUES. Ea á probar esos brios;  
 aprestad lanza y broquel,  
 que yo os espero en el campo.

JUAN. Yo en el campo os buscaré.

## ESCENA VII.

JUAN DE BILBAO. ENRIQUE.

JUAN. Bien respondiste.

ENRIQUE. Esperad....  
 qué es eso?

JUAN. El pueblo, que espera  
 á verte, con ansiedad.

ENRIQUE. Perspectiva lisonjera,  
 padre mio! no es verdad?

## ESCENA VIII.

DICHOS. JUAN PERIZ. VICENTE RUIZ, y demas Treces de la  
*Germania, y las hermandades de los gremios de arte-*  
*sanos, con sus pendones respectivos.*

Estos pendones, son de damasco carmesi, á escepcion de los que llevan los sogueros, que son verdes. Las costuras de las telas estan cubiertas de galones de oro y plata; cordones y cintas de todos colores cuelgan desde el extremo superior del asta, donde está colocada la imagen que cada hermandad particularmente venera. Llevan escudos colocados en el centro de la tela, en el que estan bordadas las herramientas del oficio á que corresponden, como v. gr. en el de los carpinteros, el cepillo, la sierra, el escoplo, martillo &c.: en el de los zapateros las hormas, leznas, zapatos &c., y así de los demas. Las efigies que en el asta llevan, son: en el oficio de horneros, el Salvador del mundo y el hijo de Dios, el primero por los maestros y el segundo por los oficiales. Los maestros de carpintero á San José, y los oficiales al hijo de Dios, puesto de pies sobre un globo que representa al mundo. Los sastres, á San Vicente mártir. Los zapateros, á San Crispin y San Crispiniano. Los curtidores, un leon que lleva en sus manos una cruz. Los sogueros, á San Juan Bautista. Los pelaires, á la Trinidad &c. Cuando han entrado en el teatro, todos, á una señal de Juan de Bilbao, se arrodillan y los estandartes se inclinan, quedando en medio el de los horneros que lleva á su extremo al Salvador del mundo.

JUAN.

Oh! divino Salvador  
que de tu hechura apiadado  
bajaste por nuestro amor  
á redimirnos, señor,  
de las garras del pecado.  
Vuelve á la tierra tus ojos,  
donde errante peregrino  
cruzaste con mil enojos  
entre punzantes abrojos  
que cubrieron tu camino.  
Vuelve los ojos y mira  
á ese mundo que delira  
por quien la muerte sufriste;  
sumergido en noche triste

de escándalo y de mentira.  
 Que los fuertes se ayuntaron  
 y cual á tí sin piedad  
 los débiles maniataron,  
 y con hierros humillaron  
 del hombre la dignidad.  
 Esos, los que fuertes son,  
 son de la tierra los reyes.  
 Esos, con ciega ambicion  
 dieron, al dictar sus leyes,  
 su voluntad por razon.  
 Por eso con tal braveza  
 la lucha terrible empieza....  
 por esa santa igualdad  
 que honraste con tu pobreza,  
 que predicó tu humildad.

TODOS. Sí, sí....

*(Se levantan.)*

JUAN.

Ved aquí presente  
 el que á esta lucha fatal  
 vuestro noble esfuerzo aliente,  
 tan firme como valiente,  
 como valiente, leal.  
 Yo que de vos merecí  
 tanto amor y confianza,  
 yo vuestro poder le dí,  
 porque en él mejor que en mí  
 se ponga vuestra esperanza.  
 No por eso he renunciado  
 por inconstancia ó temor  
 de la batalla el cuidado:  
 antes bien, seré soldado  
 por así lidiar mejor.  
 El fuerte azote será  
 que á las huestes enemigas  
 la soberbia humillará,  
 y el peligro y las fatigas  
 con vosotros partirá.  
 Mas si quiere el hado impio  
 quebrantar nuestro valor,  
 no doblará su albedrio  
 al tirano poderio

del contrario vencedor.  
 Doblar la frente, jamas!....  
 Hijo es mio, y yo bien sé  
 su valor.

VICENTE. No digas mas:  
 para merecer mi fé  
 basta que tú nos le das.  
 A todas partes iremos  
 obedientes en pos de él,  
 y muramos ó triunfemos,  
 á su lado partiremos  
 la muerte como el laurel.  
 Y asi, de obediencia quiero  
 al punto el ejemplo dar,  
 porque siempre ser prefiero  
 en la obediencia el primero  
 y el primero en pelear.

ENRIQUE. Noble Ruiz, muy bien sé  
 cuanto celebra Valencia  
 la constancia de tu fe,  
 y asi, en tí aceptaré  
 el primero la obediencia.

VICENTE. Eso juro: hacienda y vida  
 te consagro: esto te ofrezco  
 con voluntad sin medida,  
 y mi ventura es cumplida  
 si darlas por tí merezco.

JUAN. Y todos tambien juramos  
 vida y hacienda perder  
 por la causa que abrazamos.

TODOS. Todos, sí.

*(Un clarín suena lejos.)*

ENRIQUE. Callad, veamos,  
 que puede este anuncio ser.

### ESCENA IX.

LOS MISMOS Y UN AGERMANADO.

AGERMAN. El enemigo!

TODOS. ¡Sus!

ENRIQUE. Por vida mia

que al vernos temblarán... Hijos del Cid!  
llegó por fin el tenebroso día  
de que comience la sangrienta lid.

Es fuerza ya: la dignidad ajada  
de esta grande y magnífica nacion  
fuerza es vengar: dejémosla vengada  
con sangre del oculto corazón.

Ignota gente de nacion estraña,  
sin ley ni Dios, sin religion ni fe,  
hicieron presa de la hermosa España  
sobre sus fueros asentando el pie.

Asi olvidaron su pasada gloria,  
sus guerras contra el fiero musulman,  
en que premió mil veces la victoria  
sus siete siglos de continuo afan!

Siete siglos luchando desgarrada  
su santa independendencia disputó:  
la sangre de sus venas derramada  
al fin su independendencia aseguró.

Y esos que su virtud purificaron  
de dura lid en el fatal crisol,  
¿para tanta vergüenza nos legaron  
el vasto mundo donde muere el sol?

No, no... Juremos de la triste España,  
la independendencia, osados defender,  
y por ella arrostrar la altiva saña  
de los que insultan hoy nuestro poder.

Y el que perjuro por su mal entienda  
el alto juramento quebrantar,  
el que tan noble causa, infame venda,  
víctima muera en su sagrado altar.

Muera el cobarde que insensato crea  
comprar su bien á costa de su honor,  
y traidor á su patria tambien sea  
quien el castigo evite del traidor.

TODOS.  
ENRIQUE.

Lo juramos.

Así; muerte y afrenta

(Suena el clarín.)

á quien lo olvide. ¡Sus! hijos del Cid!  
ya nos demandan á la lid sangrienta...  
las matadoras armas prevenid.

TODOS.

Santiago y libertad!

ENRIQUE.

Con tales bríos,  
 quién la victoria duda? el grito alzado,  
 y otra vez repetid, valientes míos,  
 con ese ardor....

TODOS Y ENRIQUE.

Santiago y libertad!

*(Vanse todos en tumulto, esgrimiendo las armas.)*

---

---

# ACTO TERCERO.

Sala de una cárcel en Játiva.

## ESCENA I.

EL MARQUES. ENRIQUE.

MARQUES. Es fuerza que os consoleis.

ENRIQUE. No es posible, ni es bastante  
todo el valor de mi pecho  
á soportar tal ultraje.

MARQUES. Mal lo entendéis: que la suerte  
no humilla y ella reparte  
mas que el valor de los hombres,  
la victoria en los combates.  
Si me ayudó la fortuna,  
de la fortuna es desaire,  
que en los proyectos del hombre,  
el hombre pone y Dios hace!  
Por lo demas, vuestra suerte  
no es tal, que deba quejarse,  
pues huesped más que enemigo  
no es tan horrible cárcel.

ENRIQUE. Bien lo conozco, y por tanto  
os lo agradezco. No obstante,  
mañana....

MARQUES. De eso no puedo  
daros razon, ni eso es facil.  
A la junta de Castilla  
solo compete el examen  
de vuestra causa, y espero  
sus órdenes al instante.

ENRIQUE. La pena....

MARQUES. Será de muerte  
sin duda.

ENRIQUE. Y en ese trance....

MARQUES. Hay un medio.



- ENRIQUE. Cuál?
- MARQUES. Pensar que  
que la vida es corta y fragil.
- ENRIQUE. El consuelo es como vuestro.  
En fin, no podreis salvarme?
- MARQUES. Eso decís? imposible!
- ENRIQUE. Que he de morir?
- MARQUES. Dios mediante.  
Bien os lo dije: el poder  
del rey es incontrastable....  
Padilla, el mismo Padilla  
murió tambien.... Dios le salve.
- ENRIQUE. Lo sentís?
- MARQUES. Era un valiente,  
noble y virtuoso, y nadie,  
ni aun sus propios enemigos,  
insultar debe sus manes.
- ENRIQUE. (Virtud.... tan noble es tu influjo,  
y tu poder es tan grande,  
que vences cuando te vencen  
y te elevas cuando caes!  
Alto poder invencible  
que hasta en la tumba renaces,  
porque humilles mi soberbia,  
porque mi pecho desgarres!...  
Yo á mi pesar te saludo,  
virtud, bálsamo inefable,  
que yo juzgué en mi locura  
vano fantasma del aire!)
- MARQUES. No lo penseis, pues no está  
en nuestra mano y en balde  
es ya el arrepentimiento,  
que ó no viene, ó viene tarde.  
Morid, cual murió Padilla,  
como en la lid, arrogante;  
como Bravo y Maldonado,  
fuertes, aunque desleales.  
El que asi muere, no importa  
cual causa sostuvo; nadie  
maldice ni ultraja el nombre  
sino del torpe ó cobarde.  
No hay delito que en tal hora

no purifique la sangre,  
y así, borrado el delito,  
si hay virtud, allí renace.  
Pensad bien esto que os digo,  
que bien contemplarlo vale,  
y dad con valor la vida  
para que el honor se salve.

ENRIQUE. Morir!

## ESCENA II.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. En este momento

para vos un pliego traen  
que pienso que es de importancia.

MARQUES. Dónde está? venga.

CAPITAN. Tomadle.

ENRIQUE. Solo os dejo.

MARQUES. Adios, Enrique,  
y si es lo que espero....

ENRIQUE. Dadme  
la noticia en breve.

MARQUES. Luego  
iré á veros.

ENRIQUE. Dios os guarde.

## ESCENA III.

EL MARQUES. EL CAPITAN.

MARQUES. Dicen que es urgente?

CAPITAN. Sí;

interesa á lo que creo.

MARQUES. Ya veremos. Abro y leo....

esperad vos. Dice así.

(Lec.) "Los rebeldes han vuelto á tomar las armas despues de su derrota, y se dirigen á esa ciudad con el objeto de poner en libertad á su gefe. Para este fin, segun entiendo, se habrá introducido ya en Játiya el mercader Juan de Bilbao, de cuya persona no dudo os podáis apoderar, ya enterado por este aviso."

(Representa.) Si tal ventura consigo,  
 seré feliz; que ese hombre  
 tiene gran valer y nombre  
 y es poderoso enemigo.  
 No hay duda que hablar querrá  
 á don Enrique en secreto.  
 (No os parece?....

CAPITAN. Yo os prometo  
 que no lo conseguirá.

MARQUES. Antes bien, pienso que sí.

CAPITAN. Qué!

MARQUES. Sin que nadie lo advierta  
 oiré por aquella puerta  
 todo cuanto se hable aqui.  
 Y asi mas facil tambien  
 es sorprenderle.

CAPITAN. Es verdad.

MARQUES. A cuantos vengan dejad  
 que entren á hablarle.

CAPITAN. Está bien.

#### ESCENA IV.

EL CAPITAN, luego DON ENRIQUE.

CAPITAN. Como dices, entrarán,  
 y si tu intento adivino,  
 no será largo el camino  
 que para volverse harán.

ENRIQUE. Fuese el marques?

CAPITAN. Presto vuelve.

ENRIQUE. Y sabeis dónde fue?

CAPITAN. No.

ENRIQUE. (Si la orden ya recibió  
 y ahora mi muerte resuelve!)  
 No sabeis si era importante  
 el pliego?

CAPITAN. Con que sepais  
 que no era lo que esperais,  
 pienso que sabeis bastante.

ENRIQUE. Decidlo, que no me arredro.  
 Vino de Castilla, pues?

CAPITAN. Eso no : pienso que es una carta de Murviedro.

ENRIQUE. (Respiro!)

CAPITAN. Desde hoy, licencia para hablar, vuesarced tiene con todos, mientras no viene de Castilla la sentencia.

ENRIQUE. Dad por tan alto favor gracias al marques; mas veo que es inútil.

CAPITAN. No lo creo.

ENRIQUE. Alguien vino?

CAPITAN. Sí, señor.

Y harto demuestra querer á vuesarcé, por mi vida, segun está dolorida.

ENRIQUE. En verdad! una muger.

CAPITAN. Y harto bella.

ENRIQUE. Y cómo pudo

llegar aqui!.... tanto afan por mí.... Sí, sí, capitan, si es muger, ya no lo dudo.

CAPITAN. Eso en mi pobre juicio pienso yo.

ENRIQUE. Sí, no os asombre, que no es capaz ningun hombre de tan noble sacrificio.

Que todos ya me olvidaron al mirarme entre cadenas, y solo en ella mis penas piedad y alivio encontraron.

Tales, tan altos extremos de amor constante y leal, ó los comprendemos mal, ó jamas los comprendemos.

Hay no vino?

CAPITAN. Creo que sí, que no pasa hora ni dia que no esté.

ENRIQUE. Pobre Maria! tanta ternura por mí! Ved si está y hacedla entrar

ya que el marques lo consiente,  
y si alguien viene.

CAPITAN. Es corriente.  
ENRIQUE. Venidme vos á avisar.

ESCENA V.

ENRIQUE, luego MARIA.

ENRIQUE. Cuando te llego á mirar  
de esa manera afligida,  
el alma diera y la vida  
para poderte pagar.

MARIA. Él es.... Enrique!

ENRIQUE. Maria!  
eres tú? cuán demudada!

MARIA. Te veo al fin!

ENRIQUE. Desdichada!...  
y toda la culpa es mia.

MARIA. Oh! tanto tiempo sin verte,  
sin llorar contigo!

ENRIQUE. Si...  
pero ahora.... ya estás aqui,  
para que llores mi muerte.

MARIA. Qué dices?

ENRIQUE. No sabes ya  
mi crimen?

MARIA. Hay más dolores?

ENRIQUE. Pero mi suerte no llores...  
cuál mas dichosa será?

Mi frente se ostenta sola  
entre todas, atrevida,  
de los mártires, ceñida  
con la brillante aureola.

Morir asi, no es morir,  
que en la miseria del hombre  
no hay mas vida que su nombre,  
y mi nombre ha de vivir.

MARIA. Y á mí, que me importan, dime,  
tus glorias ni tu ambicion,  
ni esa vana ostentacion  
de tu martirio sublime?

La ilusión de una muger  
 tanto heroismo no entiende,  
 ni mas ventura comprende  
 que en el amor y el placer.  
 Gloria, honor!... no, Enrique, yo  
 no quiero mas que tu vida;  
 vivir contigo, perdida,  
 loca, pero sola no.

ENRIQUE. Qué dices?

MARIA. Oh! la verdad.

Morir asi.... eso es terrible.

ENRIQUE. Mas cómo....

MARIA. Qué! no es posible

de hoy mas, la felicidad?

ENRIQUE. Te engaña tu confianza.

MARIA. No.... yo sé que hay quien entiende

salvarte, y que lo pretende

con esta sola esperanza.

ENRIQUE. Es cierto?

MARIA. Sí, mas no puedo

esplicártelo.

ENRIQUE. Por qué?....

MARIA. Temo....

ENRIQUE. Qué temes?

MARIA. No sé....

tengo á mis palabras miedo.

Sé que callarlo conviene

y que mal hice en hablar,

que el bien no se ha de aguardar

y aguardando, tarde viene,

Mas no pude resistir

á mi anhelo.

ENRIQUE. Bien hiciste

que asi mi existencia triste

has venido á redimir.

MARIA. Mas para haber de lograr

esta ventura, entretanto,

cuánto de afanes y cuánto

sufri de triste esperar.

Lloré, supliqué, ofrecí

y todo en vano; esas puertas

siempre al infórtunio abiertas

no se abrieron para mí.  
Sola yo con tu memoria  
noches y días pasé  
y tanto afán soporté  
por conseguir esta gloria.  
Así en mi pecho nacía  
entre temor y confianza,  
cada noche, una esperanza,  
y un tormento cada día.

ENRIQUE. Quién creyera que es posible,  
de tal manera vivir,  
con fuerzas para sufrir  
ese afán inestinguible?  
Que ese blando corazón  
de frágil naturaleza  
capaz fuera en su flaqueza  
de tanta resignación?

MARIA. Temiste tú que este ser  
(*Con amargura.*)

que un cuerpo débil abriga  
sucumbiese en la fatiga  
subyugado al padecer?  
Piensas tú que no hay valor  
donde la fuerza no existe?  
piensas tú que se resiste  
con los brazos al dolor?  
Oh! y aun no lo sabes todo,  
ni me es posible explicar  
en mi terrible pesar,  
cuanto te amé y de qué modo.  
Corazón no endurecido,  
vírgen, como flor no abierta,  
dormía en la calma incierta  
de la inercia y del olvido.  
Un sentimiento fatal  
como la cicuta amargo,  
de mi tranquilo letargo  
me despertó por mi mal.  
Y fue que te vi, y te amé  
cuanto á amar un pecho alcanza,  
y de una vaga esperanza  
mi pasión alimenté.

ENRIQUE. Pobre Maria!

MARIA.

Y despues

de tanto afan inclemente,

ver mi corazon doliente,

ajado siempre á tus pies!

Ver que me roban tu amor,

y que tanta pena y luto

solo me han dado por fruto

tu desprecio y tu rigor.

ENRIQUE. (Es cierto, Maria, es cierto!

Fantástico amor de niño,

que comprendes el cariño

en un corazon ya muerto!

Idólatra! en la ilusion

de tu ciego desvario,

no ves que á un altar vacio

diriges tu adoracion!)

Oh! si.... yo debo pagar

con mi vida, si es preciso,

ese amor que el cielo quiso

para mí solo guardar.

MARIA.

Qué dices?

ENRIQUE.

Que si es posible

pagarte tanta ternura

bajo esta bóveda oscura

y en este trance terrible;

si le basta á tu ambicion

esta mano de un proscrito

y mi corazon marchito

unir á tu corazon,

ven luego á mis brazos, ven,

y aunque mi vida concluya,

esta que me queda es tuya

y el alma, tuya tambien.

MARIA.

Amarme tú? y es verdad?

No, mi ilusion lo ha fingido.

Yo, Enrique, no he merecido

tu amor, si no tu piedad.

ENRIQUE.

Lloras?

MARIA.

Ay! deja correr

este llanto aunque asi muera,

que es esta la vez primera



que he llorado de placer.

ESCENA VI.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. Como dijisteis....

ENRIQUE. Alguno  
ha venido?... dí, responde.

CAPITAN. Sí.

ENRIQUE. Ven, ven y aqui te esconde.

Oh! mal haya el importuno!

CAPITAN. Le hago entrar?

ENRIQUE. Eso es forzoso.

CAPITAN. No es tan linda como...

ENRIQUE. Pues!  
es otra dama?

CAPITAN. No es  
sino un santo religioso.

ENRIQUE. Gran Dios! qué quiere de mí?  
quién aqui le envia?

CAPITAN. A fe  
que yo por mí no lo sé.

Entrará al instante?

ENRIQUE. Sí.

(Vase el capitan.)

La voz de la eternidad  
mas aterra si habla muda,  
y es mas horrible la duda  
que la mas triste verdad.

ESCENA VII.

ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

*Juan de Bilbao en traje de religioso, calada la capucha. Entra, mira con recelo á todas partes, y ya asegurado, se descubre y corre á abrazar á don Enrique.*

ENRIQUE. Quién sois?

JUAN. Enrique!

ENRIQUE.

Padre!

JUAN.

Hablad mas paso.

ENRIQUE. Vos aqui! cómo asi?

JUAN.

No me esperabas?

ENRIQUE. No por cierto.

JUAN.

Pensaste que á tu suerte  
te dejase entregado, y que sin duelo  
viera tu esclavitud, tal vez tu muerte?

ENRIQUE. En fin....

JUAN.

Vengo á salvarte.

ENRIQUE.

Eso es posible?

JUAN.

Pocos momentos quedan. Oh! sin duda  
la venganza será fiera y terrible.

ENRIQUE.

Cómo?

JUAN.

Esta noche, en breve, entre el estruendo  
de horrenda lid despertará la villa  
y la hueste real. Noche sangrienta  
esta noche va á ser.

ENRIQUE.

Me maravilla!

Aun hay valientes que á morir se ofrecen  
por esta causa santa! Tú los guia....  
Yo, vencido, ultrajado, yo no debo  
unir su suerte á la desgracia mia.

JUAN.

No, no.... vuelve á los campos: la victoria  
premio es del mas constante, y si por suerte  
no encuentras otro honor que el de la muerte,  
eso te basta á tí: muere con gloria.

ENRIQUE.

Padre!

JUAN.

Temes?

ENRIQUE.

Por vos: esa esperanza  
mil veces insensata os alucina,  
alma noble y leal! volved los ojos  
y mirad esa tierra ensangrentada  
que cubren con horror nuestros despojos.  
Volved un punto el ciego pensamiento  
á los funestos campos de Castilla,  
y preguntad á Villalar, qué hicieron  
las denodadas huestes de Padilla.  
El mismo cielo castigó irritado  
su soberbia locura,  
y el temerario Acuña y Maldonado  
cayeron combatiendo en la llanura.

Cayeron, y traidores los aclaman,  
 y sus nombres infaman  
 nobleza y plebe á una,  
 porque en la santa y peligrosa empresa  
 no ayudó á su constancia la fortuna.  
 No siempre es la victoria  
 el premio del valor y la osadia,  
 ni es el fruto tal vez, por vida mia,  
 de la causa mejor, la mejor gloria.  
 Conquista, hiere, oprime,  
 despedaza la tierra  
 con sangre, mortandad y eterna guerra,  
 y asi inmortal serás, grande y sublime.

JUAN. Callad, callad!.... muy pronto las desdichas  
 gastaron la virtud en vuestro pecho:  
 presto heló en vuestras venas la osadia,  
 el cobarde temor.

ENRIQUE. Qué decis?

JUAN. Basta,  
 don Enrique.

ENRIQUE. Sí, sí por vida mia.

JUAN. Una palabra mas.

ENRIQUE. Decid y presto.

JUAN. Escuchadme hasta el fin: es una historia  
 de mis pasados tiempos: un recuerdo  
 que atosiga incesante mi memoria.

ENRIQUE. Que estais loco presumo: qué me importan  
 á mí vuestros recuerdos?

JUAN. Mas de lo que pensais.

ENRIQUE. Alegre os quiero!  
 cuentos traeis, cuando rabiando muero?

JUAN. Escuchad, por vos mismo. Seré breve.  
 Era una noche.... en Salamanca era:  
 por las desiertas calles á deshora  
 atravesaba yo....

*(Se oye rumor á la puerta de la derecha.)*

ENRIQUE. No habeis oido  
 ese extraño rumor?

JUAN. No.... nada ha sido.

ENRIQUE. Proseguid.

JUAN. Era, pues, como os decia,  
 una noche: las calles silenciosas

de Salamanca, á oscuras discurría,  
 cuando al pasar al lado de su alcázar,  
 una puerta que acaso encontré abierta,  
 salida á un hombre dió, que presuroso  
 cerró tras sí la misteriosa puerta.  
 Oculto el rostro y recatado el paso,  
 por la sombra cruzó; mas vacilante  
 el pie movía con esfuerzo escaso.

MARQUES. (*Entreabriendo la puerta de la derecha.*)  
 Qué escucho!

JUAN. Ya sin fuerzas  
 el mancebo animoso,  
 arrodillose, y colocó en la tierra  
 un bulto que ocultaba cuidadoso.  
 Oh! qué tiernos gemidos,  
 de una voz infantil sonaron luego,  
 mezclados á los lúgubres quejidos  
 del mísero mancebo!

MARQUES. Es verdad! es verdad!

JUAN. Herido estaba....  
 en mis brazos llevelos, moribundos....

ENRIQUE. Y el niño?

### ESCENA VIII.

DICHOS. EL MARQUES.

MARQUES. El niño era  
 un príncipe infeliz, que si viviera,  
 la corona heredara de dos mundos.

JUAN. Qué escucho!

ENRIQUE. Aquí el marques!

MARQUES. Dónde está, dónde,  
 si no murió, mi príncipe adorado?  
 Tú le ocultaste, mercader? responde.

JUAN. Querreis vender acaso su cabeza?

MARQUES. Quiero besar su mano.

JUAN. Sea en buen hora,  
 y vos sereis el súbdito primero  
 que goce tal ventura.

Dad la mano al marques, don Juan tercero.

ENRIQUE. Es ilusion? es sueño?

MARQUES. Qué decis?

JUAN. La verdad.

MARQUES. Mi soberano!

dignaos permitir que vuestra mano  
logre besar como á señor y dueño.

ENRIQUE. Hijo de rey soy yo?

JUAN. Sí, de esa raza

que tú tanto aborreces.

ENRIQUE. En mis venas

corre su sangre y mi nobleza abona?

soy heredero en fin de una corona!

JUAN. Sí; mas de una corona, profanada

por la frente de un déspota.

ENRIQUE. Marchemos,

marchemos á lidiar, y á ese tirano

mi corona y mis pueblos arranquemos.

JUAN. No olvidará jamas vuestra prudencia,

que ya el pueblo en sus rojos estandartes

escribió libertad é independencia.

ENRIQUE. Oh! nada sé.... callad!

JUAN. Pero vos mismo

aclamasteis tambien su pensamiento,

y el cielo lo escuchó y allí está escrito

con firme, irrevocable juramento.

ENRIQUE. Mercader; el que mísero se arrastra

del pueblo esclavo en el terreno inmundo,

alce en buen hora el grito temeroso

para aclamar la libertad del mundo.

Bien hace, porque el mundo es su riqueza,

el cielo su corona,

su altivo pensamiento es su nobleza.

Pero el hijo de reyes,

de esa raza, de Dios privilegiada,

que dicte al mundo leyes,

con su potente voz á los humildes,

á los soberbios, con la dura espada.

Venid, marques.... con vínculo sagrado

nuestra union brevemente afirmaremos

con vuestra sangre aunado....

JUAN. (Oh! gigante real, ya lo veremos!

Pronto respiras, y al cerrar mi mano,

yo sé que esto me basta  
para ahogar en su germen un tirano.)

ESCENA IX.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. Pon en defensa la villa  
y sus avenidas cierra,  
que vienen en son de guerra  
en numerosa cuadrilla  
los bandidos de la sierra.

ENRIQUE. Dejad.... yo con mi presencia  
los pondré en orden y ley,  
y así vos dadme licencia....

MARQUES. *(Aparte á don Enrique.)*  
Vos sereis de España rey.

ENRIQUE. *(Aparte al marques.)*  
Yo os entregaré á Valencia.

ESCENA X.

*Queda solo JUAN DE BILBAO: un momento despues aparece MARIA por la izquierda, y se levanta el velo: los dos se contemplan un momento con amargura.*

MARIA. Padre!

JUAN. Todo lo comprendo....  
perjuro dos veces fue  
su honor y tu fe vendiendo!

MARIA. De eso, padre, yo no entiendo  
sino que vendió mi fe.  
Mas me resta en mi alliccion  
una halagüeña esperanza  
que alivia mi corazon.

JUAN. Sí, bien dices!.... la venganza!

MARIA. No, padre, no.... su perdon.

---

---

## ACTO CUARTO.

---

Valencia: una sala en la casa de Juan de Bilbao. Una puerta en el fondo y dos laterales. A un lado un grande armario.

### ESCENA I.

MARIA. ENRIQUE.

ENRIQUE. Vino vuestro padre?

MARIA. Pienso que aun no.

ENRIQUE. Esperaré entretanto.

MARIA. Acaso enojado está conmigo.

MARIA. Por qué enojado?

ENRIQUE. Oh! bien lo sabeis: sin duda debí parecerle ingrato y desleal, mas Dios sabe que me hace notable agravio.

MARIA. Enrique!

ENRIQUE. Nada digais, que no podeis saber cuánto mas que vos he padecido por mi daño y vuestro daño.

MARIA. Dios que al perjuro castiga con su poder soberano, escuchó mis juramentos que de mi pecho emanaron.

ENRIQUE. Su cólera me maldiga si desleal he olvidado como amante ó como noble mis deberes sacrosantos.

MARIA. Basta, don Enrique, basta de traiciones y desengaños que suenan mal, como indignos,

de tal príncipe en los labios.

De vuestro deber de noble  
no me cuido y por lo tanto  
ni pretendo su firmeza  
ni procuro averiguarlo.

Amante, sé lo que os debo,  
sin que os acuse de ingrato,  
que tambien sé que no puedo  
merecer lugar tan alto.

Mas, respetad á lo menos  
mi humildad y no inhumano  
desgarreis un alma triste  
que solo vive del llanto.

ENRIQUE. Me acusais!

MARIA. Yo no os acuso:

antes quiero disculparos  
si digo que no os merezco....

ENRIQUE. Pues qué!... no soy ya tu hermano?

MARIA. Os burlais!

ENRIQUE. No.... nada importa

mi noble origen preclaro,  
que no vale una corona

lo que esposo tuyo valgo.

MARIA. Imposible.... tú bien sabes

el ardor con que te amo

y asi procuras piadoso

mitigar mi duelo amargo.

Gracias, gracias.... mas yo sé

padecer, que tantos años

de amargura y de dolores

á padecer me enseñaron.

Crédulas somos, Enrique;

pero en mi afecto insensato

no cabe tanta esperanza

sin que haga á mi honor agravio.

ENRIQUE. Qué puedes temer?

MARIA. Lo ignoras?

piensas que me ha deslumbrado

tu ambicion, bastardo afecto

al amor siempre contrario!

ENRIQUE. Quién sabe! piensas Maria

que sea tan facil acaso



- MARIA. conquistar esa corona?...  
Y si tal vez no la alcanzo?
- MARIA. Entonces, pobre y humilde,  
tu trono serán mis brazos  
y yo tu esclava.
- ENRIQUE. Y si olvido  
mi proyecto temerario?
- MARIA. Seré tu esposa; mas...
- ENRIQUE. Dudas?
- MARIA. Ay, yo sé bien, que bien hago  
en temerte: nunca supe  
dudar y me has enseñado.
- ENRIQUE. Yo te volveré tu fe.  
Me amarás?
- MARIA. No, que te amo....  
pero estás inquieto!
- ENRIQUE. Es cierto....  
ansioso á tu padre aguardo.
- MARIA. Tanto el hablarle te importa?
- ENRIQUE. Sí, hermana, me importa tanto.  
Dime, no guarda tu padre....
- MARIA. Qué, Enrique?
- ENRIQUE. Si te declaro....
- MARIA. Habla.
- ENRIQUE. Un papel, una carta....
- MARIA. Comprendo: un pliego cerrado  
para el cardenal don Pedro  
de Mendoza....
- ENRIQUE. De ese hablo.
- MARIA. Yo le tengo.
- ENRIQUE. Tú le tienes  
en tu poder? (Cielo santo!)
- MARIA. Sin él, en vano pretendes  
probar tu origen.
- ENRIQUE. En vano;  
y esa carta ya es inútil  
pues no pretendo probarlo.
- MARIA. Cierto?
- ENRIQUE. Mas dámela: quiero  
que reducida á pedazos,  
noble sacrificio sea  
á tu amor.

- MARIA. Dios soberano!  
Eso es posible!
- ENRIQUE. Sí, corre,  
que no vivo en cuanto tardo  
en probarte la ternura  
con que ciego te idolatro.
- MARIA. No temas: yo misma....
- ENRIQUE. Cómo!  
no.... quiero verlo.... es un vago  
deseo.
- MARIA. No, sino orgullo;  
mas le verás. *(Se dirige al armario.)*
- ENRIQUE. *(He triunfado!)*
- MARIA. Cerrado está, que mi padre  
sin duda....
- ENRIQUE. *(Maldito acaso!)*  
este puñal....
- MARIA. No, que vienen....  
y es mi padre!
- ENRIQUE. Pero en tanto  
que aqui llega....
- MARIA. Vete, Enrique!
- ENRIQUE. Luego?....
- MARIA. Sí, sí....  
*(Abriendo la puerta de la derecha.)*
- ENRIQUE. Donde salgo  
por aqui?
- MARIA. Toma esa llave....  
un postigo que da al campo  
hallarás!
- ENRIQUE. *(Ah!)* *(Con alegría.)*  
*(Entrando por la puerta.)*
- MARIA. Vete presto;  
mas.... no olvides que te aguardo.

## ESCENA II.

MARIA, un momento despues JUAN DE BILBAO.

- JUAN. Aqui estás?
- MARIA. Si os incomodo  
por ventura....
- JUAN. No, hija mia!

MARIA. Como me evitais en todo  
debo pensar de este modo....

JUAN. Por qué lo dices, Maria?

MARIA. De vuestra continua ausencia,  
no quereis me queje?

JUAN. No.

MARIA. No es precisa consecuencia  
que os ofende mi presencia?  
qué os hice para eso yo?

JUAN. Pobre niña! de mi suerte  
nada sabes, nada alcanzas,  
ni puede nada ofenderte  
en este mar de venganzas,  
por tu misma inercia fuerte.  
El hombre, no....

MARIA. Ya os entiendo,  
y eso es fuerza que me aflija;  
mas por ese estado horrendo  
que ni amiro, ni comprendo,  
no olvideis á vuestra hija.

MARIA. Miradme, que sola y triste,  
en veros, toda mi calma,  
todo mi placer consiste!

JUAN. Es verdad! hija del alma!....

MARIA. en hora fatal naciste!

MARIA. Si en mi pecho concebí  
algun temor, ese fue....

MARIA. ;dejarte sola.... ay de mí!  
huérfana....

MARIA. Es verdad! (*Con dolor.*)

JUAN. No sé

MARIA. qué fuera entonces de tí.

MARIA. Madre de Dios, amorosa,

MARIA. protege desde este dia

MARIA. su juventud peligrosa....

MARIA. tambien como tú es hermosa;

MARIA. tambien como tú es Maria.

MARIA. Si llega á tí mi querella,

MARIA. oye que te ruega un padre,

MARIA. no por mí, solo por ella;

MARIA. por la mísera doncella

MARIA. sin el amor de su madre.

Venero de castidad !  
 tú que en amor y piedad  
 al Dios ingénito igualas ,  
 tiende sobre ella tus alas  
 y protege su horfandad.  
 No tiene padre : lanzado  
 en la espantosa corriente  
 de ese piélago irritado ,  
 el sueño apenas consiente  
 á su deber de soldado.

Y no me acuses que así  
 olvide el deber de padre  
 con tan ciego frenesí....  
 Señora ! ella es mi hija , si ;  
 pero la España es mi madre.

MARIA. Si , señor , teneis razon....  
 y así os quiero ; aunque la vida  
 se pierda en tal ocasion ,  
 no estará en mi corazon  
 vuestra memoria , perdida.  
 Ya nunca os dirán mi afan  
 de hoy mas , mis ojos serenos  
 ni lágrimas verterán....  
 si moris entre los buenos  
 los buenos os llorarán.  
 Y yo orgullosa veré  
 llenar el mundo tu gloria ,  
 y si vivo , viviré  
 participe de tu fe  
 y honrada con tu memoria.

JUAN. Tanto valor no creia  
 hallar en tí.

MARIA. Si es valor ,  
 no lo sé.... (*Llorando.*)

JUAN. Qué haces , Maria !

MARIA. Vos morir , padre y señor ?  
 valor ! en eso os mentia !

JUAN. Oh ! que me afliges así ,  
 y me es preciso quedar  
 solo.

MARIA. En esta sala ?

JUAN. Si.

- MARIA. (Santo Dios! él va á llegar  
y acaso le encuentra aqui.)
- JUAN. Qué haces?
- MARIA. En irme consiento, (*Con dulzura.*)  
si presto acabais.
- JUAN. Bien dices...  
bástame solo un momento.
- MARIA. (Dichosa yo, si contento  
nuestra santa union bendices.)

### ESCENA III.

JUAN DE BILBAO, *Se dirige al armario y saca de él un pliego cerrado.*

Aquí estás, mudo testigo,  
á quien yo á callar obligo,  
preso en mi robusta mano....  
esperanza de un tirano  
que hoy has de ser su castigo.  
Hoy verás cuán vana ha sido  
tu arrogancia, y hoy verás  
mancebo desvanecido,  
como, en nada confandido  
queda, quien creyó ser más.  
Mal hiciste en ofender  
á quien tu fortuna abona,  
y á quien le basta querer,  
para humillar y romper  
tu soberbia y tu corona.  
Alza la frente radiante  
con el orgullo de un rey,  
y pisa con pie triunfante  
esa rebelada grey  
que presume de arrogante.  
Toca al arma: esas legiones  
den al aire tus pendones,  
moviendo sangrienta guerra  
contra esta rebelde tierra  
de tan nobles corazones.  
Sueña, pues, que solo así  
serás grande y serás rey,

sin acordarte de mí....  
 que tengo bajo mi ley  
 toda tu esperanza aquí.  
 Mas luego, cuando despierte  
 tu pobre soberbia loca,  
 conocerás de qué suerte  
 toda tu existencia es poca  
 para pagar á la muerte.  
 Y verás como el gusano  
 que con desprecio ultrajaste,  
 socava el cimiento vano  
 donde mísero asentaste  
 tu presuncion de tirano.

#### ESCENA IV.

JUAN DE BILBAO. MARIA.

- MARIA. Es tiempo ya?  
 JUAN. Sí: ya es hora  
 de reposar.  
 MARIA. Bien decís....  
 (*Mirando con inquietud á la puerta de la derecha.*)  
 dormid, descansad ahora....  
 JUAN. Despiértame con la aurora.  
 MARIA. Pues qué! tan pronto partís?  
 JUAN. Al punto.  
 MARIA. Adios!  
 JUAN. Hija mia!  
 A Dios y que él te consuele  
 de esa tristeza sombría....  
 que por tí su piedad vele  
 y él te defienda, Maria. (*Vase por el fondo.*)

#### ESCENA V.

MARIA: *un momento despues*, ENRIQUE y EL MARQUES DE  
 CENETE, *que entran por la derecha embozados y con la  
 mayor precaucion.*

MARIA. Cuánto tarda! mas ya creó  
 que le oigo.... Válgame Dios!

dos hombres se acercan.... dos! (*Apaga la luz.*)  
dudando estoy lo que veo.

(*Se oculta, entrando por la puerta de la izquierda.*)

ENRIQUE. (*En voz baja.*) Por aquí!

MARQUES. Con tiento.

MARIA. Oigamos....

qué puede esto ser?

ENRIQUE. Entrad

y esa puerta asegurad.

MARQUES. Mirad bien....

(*Enrique saca de debajo del embozo una linterna, con la que examina cuidadosamente la sala.*)

ENRIQUE. Solos estamos.

MARQUES. Al fin decidido estais?

MARIA. (Aquí el marques!)

ENRIQUE. Un momento,

oidme, marques, atento.

MARQUES. Sí haré, si presto acabais.

ENRIQUE. Nada teneis que temer,

puesto que yo os aseguro.

MARQUES. Que estoy receloso os juro,

no de vos, del mercader.

MARIA. Qué escucho!

ENRIQUE. Hacia dónde estan

las tropas?

MARQUES. Nada os espante,

que pienso que en este instante

á los muros llegarán.

ENRIQUE. Es asunto terminado.

MARQUES. Lo espero así.

ENRIQUE. De ese modo,

nada hay que temer.

MARQUES. Con todo,

el mercader es osado.

ENRIQUE. No temais: aunque su nombre

es terrible, no es bastante

contra esa hueste pujante

el valor de solo un hombre.

Vendida la seña está,

y entregado al sueño, inerte

todo el ejército duerme....

seguro el golpe será.

- Solo resta...
- MARQUES. Ya os entiendo: obusado  
rota la rebelde grey,  
sereis proclamado rey.
- ENRIQUE. Y nada mas?
- MARQUES. No os comprendo.
- MARIA. (Infames!)
- ENRIQUE. No es la venganza  
ni el orgullo, quien me abona,  
que á ganar esa corona,  
sobran mi brazo y mi lanza.  
Y puesto que ya no alcance  
tal gloria, por no esperar  
á que me la venga á dar  
de la lid el duro trance,  
ya que amigo y no señor  
solo esta gracia os suplico,  
y que por vos sacrificio,  
no sé si diga, mi honor,  
ya sabeis que otra ventura  
de vos solamente espero.
- MARQUES. Blanca?....
- ENRIQUE. Ya soy caballero  
y digno de su hermosura.  
Si atento á muy justa ley  
negásteismela en buen hora,  
podeis negármela ahora  
como noble y como rey?
- MARIA. (Gran Dios!)
- ENRIQUE. Decid.
- MARQUES. No sé yo  
si tal dicha merecí.  
Cual noble, os digo que sí....  
cual rey, os digo que no.
- ENRIQUE. Eso decis?
- MARQUES. Fuerza es.
- ENRIQUE. Qué razon....
- MARQUES. Porque en mi mengua  
pondrá la envidia la lengua  
si en esto vé mi interes.  
No esperéis si me mancilla  
vil ó cobarde una accion,



que trueque yo mi opinion  
por el cetro de Castilla.

Tengo ambicion, mas leal,  
que nunca orgulloso y vano  
puse mis ojos, profano,  
en vuestro sólio real.

(No es bueno manifestar  
que esta fue y esta es mi idea.)

ENRIQUE. (Es claro que lo desea,  
pues que me quiere incitar.)

MARQUES. En fin....

ENRIQUE. En fin, si desisto....

MARQUES. Qué decís?

ENRIQUE. Vos lo quereis,  
y tanto me obligareis....

MARQUES. (Esto es malo, vive Cristo!)  
Yo tan solo por mi honor....

ENRIQUE. De eso, mas tarde hablaremos;  
fuerza es que nos ocupemos  
de otra cosa.

MARQUES. Asi, es mejor.

ENRIQUE. Aun no ha venido y yo sé  
en donde ese pliego guarda.

MARQUES. Mirad....

ENRIQUE. Nada me acobarda.

MARQUES. Sabeis de cierto?...

ENRIQUE. Lo sé.

qué miro! la llave está....

MARIA. (*Da un grito: se oye un golpe como de un cuer-  
que cae.*) Ah!

MARQUES. No oís?

ENRIQUE. Hacia esa puerta  
sonó un grito....

MARQUES. Y está abierta.

ENRIQUE. Sea quien fuere, morirá.  
(*Entra Enrique por la puerta donde está Maria y retro-  
cede instantáneamente.*)

ENRIQUE. Ella es.... Maria!

MARQUES. Escuchad!

ENRIQUE. Alguien se acerca.  
(*Lleva la luz al armario y le recorre precipitadamen-  
te con la vista.*)

- MARQUES. Qué hacemos?
- ENRIQUE. No está!
- MARQUES. Luego volveremos triunfantes.
- ENRIQUE.. Luego!
- MARQUES. Escapad.  
(*Vase por la derecha.*)
- ENRIQUE. Me ha engañado.... si le guarda consigo?... veamos!
- JUAN, dentro. Maria!
- ENRIQUE. Su padre! fortuna mia!  
cuánto esa voz me acobarda!  
Huyamos. (*Vase.*)

## ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO, y despues MARIA.

- JUAN. Hija! responde....  
no sé que extraño rumor  
llenó mi alma de terror!...  
pero ella, dónde está? dónde?  
(*Llega á la puerta de la izquierda.*)  
Fria!.... en el suelo!
- MARIA. Sois vos!  
(*Mirándole con ojos atónitos.*)
- JUAN. Hija! Maria!
- MARIA. Ay!
- JUAN. Respira....
- MARIA. Tenedle.... el infame!
- JUAN. Mira....  
soy yo! qué te allige?
- MARIA. Ay Dios!  
Os he engañado.... no está.... (*Corre al armario.*)  
fuese con él.
- JUAN. No te entiendo.
- MARIA. Ese papel.... no estás viendo?
- JUAN. Te engañas.
- MARIA. Y rey será.
- JUAN. No, mientras yo viva.
- MARIA. Pues!....  
cómo has de evitarlo?

- JUAN. Mira.  
(*La enseña los papeles que sacó del armario.*)
- MARIA. Cielos!.... corazón, respira!....  
respira, que aun tuyo es.
- JUAN. Toma y guarda cuidadosa  
ese secreto....
- MARIA. Bien, bien....
- JUAN. Estás agitada, ven....  
la noche es larga.
- MARIA. Horrorosa!
- JUAN. Qué tienes?
- MARIA. Perdon....
- JUAN. Alienta....
- MARIA. Esta noche.... lo olvidé....
- JUAN. Esta noche, pues....
- MARIA. Yo sé  
que será horrible y sangrienta.  
Huye, señor, aun no es tarde.
- JUAN. Acaba, pues.
- MARIA. Que han vendido  
la ciudad....
- JUAN. Engaño ha sido....  
quién tal hiciera?
- MARIA. Un cobarde.
- JUAN. Enrique!
- MARIA. Volad, volad....  
cambiad la seña....
- JUAN. El infame! (*Vase.*)
- MARIA. Antes que Castilla llame  
al muro de la ciudad.

ESCENA VII.

MARIA, *sola.*

No, no.... yo pude sufrir  
con resignacion tu engaño;  
mas no quiero consentir  
que otra disfrute en mi daño  
tu halagüeño porvenir.  
Sea en buen hora tu esposa,  
si esta de tu amor es ley;

mas no presuma dichosa  
 cubrir su frente orgullosa  
 con la corona de un rey.  
 No basta á desvanecella  
 vivir amada de tí?  
 no la contenta su estrella?  
 por qué no le basta á ella  
 con lo que me basta á mí?  
 En vano necia blasona  
 si otra ventura ambiciona!  
 si ha deslumbrado sus ojos  
 el brillo de una corona...  
 la tendrá, pero de abrojos.

(*Abre y lee.*) "Yo, doña Margarita de Flandes, á vos, cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, encomiendo mi hijo, y juro á Dios y á mi conciencia que le hubo en mi esposo el príncipe don Juan, cuyos celos son altamente injustos. Y para que este mi hijo que desde hoy ha de creerse muerto por todos, menos por vos, y por mí, pueda hacer ver siempre la verdad de sus derechos, entregadle esta que firmo en Salamanca á 8 de julio de 1497.= Margarita de Flandes."

(*Representa.*) Muere, engañosa esperanza,  
 (*Hace arder el pliego en la luz.*)

en cenizas convertida,  
 que si á otra cosa no alcanza  
 mi rabia que á la venganza,  
 véala al ménos cumplida.  
 Reposa ya, corazon....  
 que está cumplida presumo.  
 Diadema, orgullo, ambicion,  
 van á verlo, ya no son  
 sino aire, ceniza y humo.  
 Pobre acaso y sin fortuna  
 de tí le rechazarás,  
 y entonces, sin duda alguna  
 se acordará de que hay una  
 que no le olvida jamas.

(*Se oyen dentro voces y estrépito lejano de armas.*)

DENTRO. Santa Maria y Carlos.

MARIA. Ya era tarde!

DENTRO. Santiago y libertad.

MARIA. Dios poderoso!

salvadle!...

ESCENA VIII.

MARIA. JUAN DE BILBAO, *con la espada desnuda.*

JUAN. Era verdad!

(*A María con desesperación.*)

MARIA. Nos ha vendido.

JUAN. Mas yo me vengaré.

MARIA. No hay otro medio?....

JUAN. Ninguno!

MARIA. Ved que vienen!... no has oído?

JUAN. Busca la presa el lobo carnicero....

no la hallará!...

MARIA. Escapad.

JUAN. Eso es preciso....

muriera como bueno combatiendo;

pero ni aun eso mi desdicha quiso.

Por siempre adios.... adios con vuestra gloria,

de tantos héroes sombras veneradas,

que de España dejais en la memoria,

lecciones mil al porvenir legadas;

por mas que herida por traidora mano

la libertad suspire moribunda,

no se ha vertido su semilla en vano.

la saugre del martirio la fecunda.

ESCENA IX.

JUAN DE BILBAO, *se va por la derecha: al salir, le arranca*

MARIA *la daga y se coloca delante de la puerta en ademán*

*de estorbar el paso á los que vienen. Salen por el fondo,*

ENRIQUE y SOLDADOS *del ejército real.*

MARIA. Yo el paso guardaré y ay del que osado  
irrite mi furor!

ENRIQUE. Ella! María!

MARIA. Apartate, traidor!

ENRIQUE. Tú nada sabes!

MARIA. Ya sé cuánto se encierra en ese pecho

de perfidia y maldad.

ENRIQUE.

Basta! no acabes!

MARIA.

Qué buskais, pues? triunfaron los traidores del dormido valor!... digna victoria!

Asi afirman los nobles castellanos

el esplendor de su heredada gloria?

Si oro buskais, si aún no ha satisfecho

el sangriento botin vuestra torpeza,

raposas sin valor, mas que leones,

aqui no encontrareis otra riqueza

que nobles y esforzados corazones,

y en vez de joyas y de adornos viles,

hierro hallareis en manos mugeriles.

ENRIQUE.

Acabemos, Maria.

MARIA.

Ya te entiendo

y lo que buscas sé; mas ya en vano!...

ENRIQUE.

Ah! qué quieres decir?

MARIA.

No lo estás viendo?

Ceniza, nada es ya.

ENRIQUE.

Dios soberano!

## ESCENA X.

DICHOS. EL MARQUÉS.

ENRIQUE.

Venid, marques!...

MARIA.

Venid!... dadme el castigo

que merezca mi culpa; mas ya es tarde

para resucitar ese testigo.

MARQUES.

Todo lo entiendo.

ENRIQUE.

Entonces!...

MARQUES.

Es ya fuerza

que torcido el destino y la esperanza,

asi tambien mi voluntad se tuerza.

ENRIQUE.

Marques!

MARQUES.

Sin esa prueba, es imposible

salvaros.

ENRIQUE.

Qué decís!

MARQUES.

Dadme la espada

y entregaos á prision.

MARIA.

Dios le castiga!

MARQUES. Llevadle.

ENRIQUE. A dónde?

MARQUES. Adonde acaso mueras....  
que asi lo quiere la fortuna airada.

ESCENA XI.

MARIA, *sola.*


A morir! y soy yo quien por mi mano  
al suplicio le llevo? no.... imposible!....  
aun le quiero traidor y fue mi hermano.  
Todo lo emplearé, súplicas y oro  
para salvar la vida de un ingrato  
en quien la misma ingratitud adoro.



---

---

## ACTO QUINTO.



Un calabozo oscuro en la cárcel de Valencia. Don Enrique sentado en un banco de piedra y en el mayor abatimiento. En el fondo, hay una puerta grande, y otra mas pequeña á la izquierda del espectador. Sobre esta última habrá una ventana cerrada con fuertes hierros, por donde penetra escassamente el resplandor de la luna.

### ESCENA I.

DON ENRIQUE.

No... ya no hay mas que esperar  
ni clemencia ni perdon:  
ni habrá quien quiera salvar  
mi vida, que fuera dar  
á otro perjurio ocasion.  
Y así, alma triste, pensemos  
de qué suerte me han traído  
á tan horribles extremos,  
y en prepararme, advertido,  
á morir, nos ocupemos.  
No valen lágrimas, no,  
contra el rigor de la suerte,  
ni piedad merezco yo...  
si la ambicion me cegó,  
abra mis ojos la muerte.  
Qué te has hecho, valor mio?  
por qué el corazon no late,  
débil, desmayado y frio?  
por qué sin su antiguo brio  
melancólico se abate?  
Ya lo sé: quien así muere  
de todos aborrecido  
sin que una lágrima espere,



muere dos veces herido,  
 que el mundo tambien le hiere.  
 Perdí el bien que me ofrecia  
 un corazon, que de amores  
 solo para mí existia,  
 y el sello de los traidores  
 manchó mi existencia impia:  
 porque con ciega confianza  
 por mi orgullo deslumbrado,  
 puse mi loca esperanza  
 en la engañosa balanza  
 de los vaivenes del hado.  
 Troqué la paz de mi sueño  
 por ese anhelo profundo  
 mentiroso y halagüeño,  
 creyéndome ser ya dueño  
 de los destinos del mundo.  
 Y así, corazon, que infiel  
 abrigaste mi enemigo  
 el orgullo de Luzbel,  
 sufre y padece cual él  
 de tu soberbia el castigo.

## ESCENA II.

ENRIQUE. EL MARQUES DE CENETE, *que sale por la puerta del fondo.*

ENRIQUE. Quién me busca?

MARQUES. Quien quisiera  
mitigar vuestro dolor.

ENRIQUE. Marques?

MARQUES. Yo soy.

ENRIQUE. Se ha reunido  
el tribunal, sabeis vos?....

MARQUES. Presto va á juzgaros.

ENRIQUE. Cuándo  
pensais que es mi muerte?

MARQUES. Hoy.

ENRIQUE. Tan pronto! y no hay esperanza  
ninguna?

- MARQUES. Pienso que no.
- ENRIQUE. En ese caso, á qué ha sido el venir á mi prision!
- MARQUES. A preguntaros si hay medio alguno....
- ENRIQUE. Decid, por Dios!
- MARQUES. Esa carta....
- ENRIQUE. Ya no existe.
- MARQUES. Que yo os juro por mi honor que si estuviera en mis manos tuvierais vuestro perdon.
- ENRIQUE. No hay otro medio?
- MARQUES. Ninguno.
- ENRIQUE. Vos lo podeis.
- MARQUES. Es error.
- ENRIQUE. Decid, y de esta victoria, quién los medios os prestó? no fui yo?
- MARQUES. Cierto; mas eso se quedará entre los dos.
- ENRIQUE. Y el pago de tal servicio, cuál debió ser?
- MARQUES. Si faltó la prueba de vuestro origen, de qué me culpais, señor?
- ENRIQUE. Pero me debéis....
- MARQUES. Yo, nada. Pagara vuestra traicion con mi sangre y con mi vida, pero con mi gloria, no.
- ENRIQUE. Quién hacerlo me propuso, decid, marques, sino vos?
- MARQUES. Os lo niego por ventura?
- ENRIQUE. Luego tambien sois traidor?
- MARQUES. No: vos sois el que ha vendido, y el que ha comprado soy yo.
- ENRIQUE. Y á qué precio?
- MARQUES. Lo que os dije dispuesto á cumplir estoy.
- ENRIQUE. Negareis vuestras promesas, al menos?
- MARQUES. Libreme Dios;

mas vos tambien me ofrecisteis....

ENRIQUE. Basta ya, tenéis razon,  
porque ciego os he juzgado  
noble y caballero.

MARQUES. No,  
sino porque estais vencido  
en manos del vencedor.

ENRIQUE. Dejadme.

MARQUES. No me es posible;  
os esperan, y yo soy  
quien va á conducirlos.

ENRIQUE. Dónde?

### ESCENA III.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. Ya el tribunal se reunió.

MARQUES. Lo oís?

ENRIQUE. Vamos si ello es fuerza.  
(No me abandones, valor!)

### ESCENA IV.

MARIA. EL CARCELERO.

*(Abrese la puerta de la izquierda, y aparece el carcelero mirando cuidadosamente á todas partes. Despues, sale Maria cubierta con un velo.)*

CARCELERO. Entrad.

MARIA. Dónde está?

CARCELERO. Esperadle,  
que no tardará en venir.

MARIA. Sereis fiel?

CARCELERO. Le salvaremos.

MARIA. Dios piadoso, hacedlo asi.

CARCELERO. Allí os espero: avisadme  
cuando hubiereis de salir  
cuidando que nadie os vea:

entendeis, señora? (*Vase por la izquierda.*)

MARIA.

Si.

(*Se sienta, despues de una breve pausa.*)

Él viva aunque yo fenezca,

porque en tan contraria lid

yo por él pierda mi vida

y él tenga vida por mí.

Qué vale ya la existencia

que vaga sin porvenir,

ya deshojadas las flores

de mi encantado jardin?

Pobre muger! cuántos años

de mi existencia perdi

amontonando esperanzas

que jamas se han de cumplir!

Oh! qué desierto camino

cubierto de espinas mil

sin luz que alumbre mis pasos

habré, de hoy mas, de seguir!

Y ahogar es fuerza en mi pecho

este ciego frenesí

que solo vive de agravios

en humillacion servil.

Es imposible; imposible

es ocultarlo, que al fin

por mas que la lengua calle,

mis ojos lo han de decir:

que en el corazon opreso

de tanto duelo infeliz,

bien se encierran las palabras;

mas las lágrimas, no así.

## ESCENA V.

MARIA. ENRIQUE.

(*Al abrirse la puerta, por donde sale Enrique, se oculta Maria hasta asegurarse de que nadie le acompaña. Enrique viene pálido y en un completo abatimiento.*)

MARIA. No hay duda.... él es!

ENRIQUE. La muerte! condenado!....

no hay esperanza ya!

MARIA. Cuán triste viene!

ENRIQUE. Idea atroz, que siempre me persigue!...

Qué miro!... una muger!

MARIA. Calla!

ENRIQUE. Quién eres?

MARIA. Qué! ya no me conoces?

ENRIQUE. Tú! Maria!

MARIA. Silencio!

ENRIQUE. A qué viniste? quién se atreve á insultar mi dolor?

MARIA. Qué dices? calla.

ENRIQUE. Si á eso no vienes, dí, qué es lo que quieres?

Yo lo sé, yo lo sé.... vencido el pueblo

por mí otra vez á sus cadenas vuelve,

y le ofreciste tú sin duda alguna

la sangre del perjuro que le vende.

Llévale mi cabeza: que gozoso

palpite y ruja de placer al verme

cubierto de ignominia, y tú le anuncia

que esa sangre que ve, sangre es de reyes.

El pueblo bramará: tigre insaciable

aferrará la presa entre sus dientes,

desgarrando la carne palpitante

hasta que sienta que la carne muere.

Y tú tambien, la que me amaste un dia,

y tú tambien sonreirás al verme!...

bien haces, una vez ya me vendiste,

mi desamor vengando con mi muerte.

Hija y padre, á vender acostumbrados,

á mi muerte ó mi vida indiferentes,

hicisteis de mi sangre mercancia

con los verdugos porque en mí se ceben.

Esta cobarde accion, por vida mia,

vuestro plebeyo origen no desmiente.

MARIA. Oh!

ENRIQUE. Qué puedes decirme?

MARIA. Basta, basta....

insecto vil, que al que te abriga ofendes.

Ya que en tu pecho la virtud no mora,

aun niegas la virtud? sin duda quieres

que contemplando tu alma miserable  
de este amor que te tengo me avergüence.  
Tú, retoño infeliz de antigua raza,  
noble de alto blason, hijo de reyes,  
tú cejaste cobarde en las batallas,  
tú nos vendiste con perfidia alevé;  
en tanto que mi padre, con su sangre  
su valor y virtud probó mil veces,  
leal, en medio siempre de los suyos,  
y de los suyos, el primero siempre.  
Esto hace el mercader, y esto hace el noble:  
pelea el mercader y el noble vende....  
dime tú ahora, si juzgarlo sabes,  
cuál es el noble, y cuál es el valiente.

ENRIQUE. Viniste á completar con mi tormento  
tu terrible venganza? vete, vete....  
implacable muger, que ya aborrezco,  
librame al menos del dolor de verte.

MARIA. Ay! mil veces ingrato!

ENRIQUE. Habla, María!  
Qué me quieres decir? acaso vienes  
á arrancarme de aqui? Toda mi alma  
con tan dulce esperanza se estremece.  
Pero callas! no, no.... tú no has venido  
sino á insultar mi afan.... tú nada puedes....  
Lágrimas traes! inútiles consuelos  
para el que así desesperado muere.

MARIA. Enrique!

ENRIQUE. Acaba!

MARIA. No, yo no te traigo  
de llanto inútil funeral presente:  
traigo el amor, la vida y la esperanza....  
vida, amor y esperanza.... qué mas quieres?

ENRIQUE. La vida para mí?

MARIA. Yo presumía  
ufana en el delirio de mi mente,  
que al penetrar en tu recinto oscuro,  
mi afan, si no mi amor, agradecieses.  
Qué no he sacrificado por salvarte?  
de oro llené las manos de tus jueces,  
y de mi llanto, Enrique!... mas que el oro....  
llanto de una pasión que no comprendes.

Mas, ay! me rechazaron.

ENRIQUE. De ese modo,  
qué puedes confiar?

MARIA. El oro vence  
poderosos obstáculos.

(Toca suavemente en la puerta de la izquierda, y aparece  
en ella el carcelero.)

ENRIQUE. Acaba!  
ese impio sayon, qué es lo que quiere?

MARIA. Viene á salvarte: en la cercana playa  
la nave espera.

ENRIQUE. Pero tú!...

MARIA. No pienses  
verme ya mas.

ENRIQUE. Por qué?

MARIA. No me lo has dicho?  
acaso no es verdad que me aborreces?

ENRIQUE. Olvida mi furor.

MARIA. Y ahora prosigue...  
mi triste corazon quebranta y hiere

y en pago de la vida que te traigo  
con tu injusto rencór mi duelo acrece.

ENRIQUE. Oh! perdona, perdona! tú no sabes  
cuánto en el alma gravitando duele

esa espantosa imágen del suplicio,  
siempre á la vista con horror presente.

Aqui he pasado triste y solitario  
bañado el rostro en lágrimas fervientes,

brevés dias de locas esperanzas  
y horribles noches de terror perenne.

Y en estas negras horas, cuando el alma  
absorta en sus memorias tristemente

contempla su existencia dolorosa  
antes tranquila y bienhadada siempre,

entonces, oh! tu imágen cariñosa  
á consolarme en mis dolores viene,

ángel de amor y paz! sí, sí.... perdona

(Se arrodilla.)  
si te ultrajé, si te insulté demente,

MARIA. Levántate, por Dios!

ENRIQUE. Deja.... permíte  
que esclavo, el polvo de tus plantas bese....

- yo no merezco á tan sublime altura alzar, Maria, mi infamada frente.
- MARIA. Infamia! esclavitud! qué es lo que dices? yo no te entiendo: dime qué me quieres: háblame de mi amor, de tus dolores, y podrán nuestras almas comprenderse.
- ENRIQUE. De amor! y eso es posible? yo que impío te insulté fementido! cómo puedes tanto agravio olvidar? cómo es posible que tan alta piedad tu pecho encierre? Bien dices: deja que en tus ojos beba de puro amor el celestial deleite.... que mire aqui tu cándida sonrisa, de tibia luna á los reflejos ténues. Oh! cómo eres hermosa! cómo es puro ese casto rubor, que dulcemente entibia el blando fuego de tus ojos, y tus mejillas pálidas enciende! Yo no te conocía.... nunca supe, consoladora vírgen, comprenderte!... ya sé, que como el ángel que nos guarda, la sacra antorcha de mis pasos eres.

*(Ruido en la puerta del fondo.)*

- CARCELERO. Alguien viene! callad!

*(Cierra la puerta de la izquierda.)*

- ENRIQUE. Ellos acaso!

- MARIA. Imposible! tan presto!

- ENRIQUE. Sí, ya vienen.... corramos.... aun es tiempo! si, Maria, sálvame por piedad.... temo á la muerte.

## ESCENA VI.

DICHOS. JUAN DE BILBAO, *que sale por el fondo.*

- JUAN. Qué negra oscuridad!

- ENRIQUE. Solo es un hombre.

- MARIA. Otro tambien que en tan horrible albergue espera ya su fin.... háblale, llega.... Salvémosle tambien.

- ENRIQUE. Oh! no lo pienses.



Huyamos.

JUAN. Gente aquí... sin duda alguna son compañeros de mi injusta suerte.

Quién va?

MARIA. No lo oyes? háblale, responde.

JUAN. Quién está aquí?

MARIA. Esa voz!

ENRIQUE. Calla! detente!

(Se va acercando Juan hasta que le da en el rostro el resplandor de la luna.)

MARIA. Mi padre, santo Dios!

JUAN. Aquí, Maria!

MARIA. Huyamos... aun es tiempo.

JUAN. De qué suerte?

MARIA. Esa puerta... mirad.

JUAN. Qué es lo que dices!

MARIA. Vamos....

ENRIQUE. Qué os deteneis?

JUAN. Ah! no lo esperes.

MARIA. Qué causa?...

JUAN. No lo sabes? ignorabas

que hice á Dios y á mi honor voto solemne

de perseguir hasta perder mi vida

al que traicion á su deber hiciese?

Tú lo dijiste, tú; que traidor sea (*A Enrique.*)

quien abrigue al traidor! tal vez pretendes

que con tu mismo crimen, deshonorado,

manche tambien mi encanecida frente!

Harto infamaste mi lealtad: ufano

á tu suerte precaria uní mi suerte,

y te introduje en medio de los míos,

traidor espía y venenosa sierpe.

No lo consentiré... pero hay un medio,

y tan solo por él salvarte puedes.

ENRIQUE. De qué modo, decid?

MARIA. Cuál es?

JUAN. Que muera

! solo aquí yo... marchad, nadie os detiene!

MARIA. Vos!

JUAN. El ó yo.

MARIA. Piedad!

JUAN. No hay otro medio.

- ENRIQUE. Maria! *(Con tono suplicante.)*
- MARIA. Aparta! aparta! *(Con indignacion.)*
- ENRIQUE. Sé clemente.  
No, tú olvidarás en solo un punto  
tan bien sentido amor.
- JUAN. Qué te detienes?
- MARIA. Por piedad!
- JUAN. El ó yo.
- MARIA. Sed generoso.
- JUAN. El tiempo pasa y los verdugos vuelven.
- ENRIQUE. A quién eliges? habla.
- MARIA. Y él lo duda!  
*(Con dignidad y sentimiento.)*  
y lo dudais tambien? ay! de esta suerte  
he merecido yo que desgarráseis  
mi pobre corazon, almas crueles!
- ENRIQUE. Elige, pues.
- JUAN. Vacilas?
- MARIA. Padre mio!  
por qué, cruel, tan sin razon me ofendes?  
Yo que por tí muriere, y por tu vida  
diera mi sangre toda, cómo quieres  
que ese tu amor de padre siempre puro,  
por otro amor desvanecida trueque?
- ENRIQUE. Es preciso morir!  
*(En la mayor desesperacion.)*
- JUAN. Oh! sí... perdona!...  
mi agravio olvida, y á mis brazos vuelve,  
tesoro de virtud, hija del alma,  
porque mi llanto y mi vejez consueles.  
*(Los dos se dirigen á la puerta de la izquierda.)*
- ENRIQUE. Esperad, esperad!
- MARIA. Es imposible!  
no oís ese rumor?
- ENRIQUE. Mirad.... ya vienen!  
De rodillas, con lágrimas os pido  
que me lleveis tambien.
- JUAN. No, no... la muerte! *(Vanse.)*
- ENRIQUE. Ah! piedad! *(Con un grito espantoso.)*
- JUAN, dentro. No hay piedad.
- ENRIQUE. Hora terrible!  
ellos son.... ahí están.... la puerta cede!

## ESCENA ULTIMA.

(*El séquito que ha de acompañar al reo al suplicio: aparecen todos en la puerta del fondo; pero sin que ninguno entre en el teatro. Cuatro soldados traen hachas encendidas. Entre los de la comitiva, estan*  
 EL MARQUES, EL CAPITAN y un MAGISTRADO.)

MAGISTRADO. Sabeis vuestra sentencia?

ENRIQUE.

Dios es justo!

sea á lo menos para mí clemente.



## ERRATAS.

- Página 8. Donde dice: *que insultan vuestra humildad,*  
léase, *que insulten &c.*
- Pág. 31. Donde dice: *y así, en tí aceptaré &c.*  
léase, *y así, de tí aceptaré.*
- Pág. 40. Donde dice: *y aguardando tarde viene,*  
léase, *y aguardado &c.*
- Pág. 49. Donde dice: *de traiciones y desengaños,*  
léase, *de traiciones y de engaños.*
- Pág. 62. Donde dice: *que le hubo en mi esposo,*  
léase, *que le hube &c.*
- Idem. Donde dice: *van á verlo,*  
léase, *ven á verlo.*
- Pág. 64. Donde dice: *y lo que buscas sé, mas ya en vano,*  
léase, *y lo que buscas sé; mas ya es en vano.*

# GARCILASO DE LA VEGA,

drama original

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.



CEU

Universidad  
San Pablo

Biblioteca Universitaria

## PERSONAS.

---

La duquesa de Lérida.

Magdalena, *disfrazada de page, y con el nombre de Tello.*

María, *aldeana.*

Isabel, *criada.*

El emperador Carlos I de España.

Garcilaso de la Vega, *caballero de Alcántara.*

Don Fernando de Alarcon, *privado del César.*

El duque de Lérida.

Cristobal de Castillejo.

Don Fernando. . . . . } *Alféreces de las tropas espa-*

Mendoza. . . . . } *ñolas.*

Don Diego. . . . . }

Ticiano Vecelli, *pintor.*

Hernando. . . . . } *Soldados.*

Wirnant. . . . . }

Un escudero.

Un page.

Celio. . . . . } *Criados.*

García. . . . . }

Caballeros y soldados tudescos y españoles.

---

La accion pasa en Bolonia por los años de 1530.

---

*Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*

---

---

# ACTO PRIMERO.

---

*Plaza pública. A la derecha pórtico saliente que figura ser de un oratorio, alumbrado por un farol.*

## ESCENA PRIMERA.

GARCILASO y CASTILLEJO, en traje de noche.

- Garcil. ¿Amores yo?  
Castill. No hay dudarlo.  
Garcil. No siento tan dulce afán.  
Castill. Vuestas acciones me dan  
indicios de sospecharlo;  
pues diz que los ojos son  
los que el alma significan.  
Garcil. ¿Y qué los míos...?  
Castill. Publican  
amorosa inclinacion.  
Siempre unos mismos colores,  
tanto primor en el talle,  
tanto rondar esta calle,  
¿no son indicios de amores?  
Garcil. Permitidme... sois injusto;  
ni otra cosa probarán  
mis galas, que el ser galan,  
y mis colores, mi gusto.  
Castill. ¿Y tan puntual asistencia  
á este sagrado oratorio?  
¿Si es que estais de meritorio  
para ganar indulgencia?  
Garcil. Cerca el pontífice está.  
Castill. Gozara á fé mas honores  
si las diese para amores  
como á pecados las da.  
Una voz dent. Socorro.
- :

Garcil. Son tres soldados.  
 Castell. Y huyendo va una doncella.  
 Garcil. ¿Qué hay quien ofenda una bella  
 entre guerreros honrados...!  
 (Se van, echando mano á las espadas.)

ESCENA II.

DON FERNANDO. DON DIEGO. MENDOZA.

Diego. ¿Mas cómo á nadie se inclina  
 dama noble y desposada?  
 Fern. Dicen que se vió obligada.  
 Mendoza. Rumor de gente malina.  
 Fern. Lo que aseguraros puedo  
 que nunca al duque estimó  
 aunque con él se casó.  
 Un hidalgo de Toledo,  
 doncel de estima y valía,  
 gozaba ya sus favores,  
 y del duque los amores  
 terciaba en mal.  
 Diego. Se decía  
 si el llegar á consentir  
 en este enlace la dama,  
 fue por temer que á quien ama  
 quiera el César perseguir.  
 Mendoza. Resentimientos de un rey.  
 Fern. Ello al duque ha protegido  
 hasta hacerle su marido.  
 Mendoza. El rigor puso la ley.  
 Diego. ¿Y el duque no se recela?  
 Pues daba á temer razon  
 conocerla otra pasion.  
 Fern. Sin duda llegó la esquila (Aparte.)  
 á sus manos, y hoy acaso  
 los sorprenda. (A ellos.) Ya vereis.  
 Diego. ¿Y el rival?  
 Fern. ¿Lo callareis?  
 Diego. Lo ofrezco.  
 Mendoza. Y yo.  
 Fern. (Con reserva.) Garcilaso.  
 (Entran en el oratorio.)



## ESCENA III.

MARÍA. GARCILASO.

- María.* ¿Estais herido?  
*Garcil.* Serrana hermosa,  
 no es un motivo para afliccion,  
 ni hay sangre apenas.
- María.* Mientras respire  
 tendrá memoria mi corazon.  
 Soy estrangera aqui en Polonia:  
 Hernando Perez...
- Garcil.* Buen servidor.  
*María.* Yo soy su hermana.  
*Garcil.* Huélgome en mucho.  
*María.* En Niza vivo; si hay ocasion...  
 Mi casa y bienes, la vida, el alma...
- Garcil.* Guardad el alma para el amor.  
*María.* Todo os lo ofrezco.  
*Garcil.* Serrana bella,  
 yo lo agradezco de corazon.  
*María.* Ireis molesto.  
*Garcil.* Dejad que os sirva.  
*María.* Alli es mi albergue; tornad, señor.  
*Garcil.* Sola, no es justo: joya tan rica  
 es codiciada de algun ladron.
- María.* ¿Cómo pagaros?  
*Garcil.* Con un recuerdo.  
*María.* ¿Si sois el angel mi guardador!

## ESCENA IV.

MAGDALENA *de page.* CASTILLEJO.

- Magdal.* Que soy muger no ignorais.  
*Castill.* Creed...  
*Magdal.* Que nunca hablareis;  
 solo vos lo sospechais:  
 por si la vuestra olvidais  
 al fin mi pasion sabreis.  
 Nací de la Italia hermosa  
 en los amenos pensiles;

deslizábase dichosa  
la edad primera amorosa  
de mis años juveniles.

Mi padre no conocí,  
porque en Flandes combatía;  
en sus guerras le perdí,  
y en breve tiempo... ¡ay de mí!  
la madre por quien vivía.

Quiso mi enemiga estrella  
á la par de ser tan pobre  
naciese en extremo bella;  
que la hermosura me sobre,  
y la desdicha en tenella.

Con un hidalgo de pró  
relaciones de amistad  
mi padre entonces trabó,  
en quien despues hallé yo  
segundo padre, en verdad.

Por caballero y honrado  
fió al morir mi virtud  
al hijo; no se ha engañado:  
mi honor quedó asegurado,  
mas perdida mi quietud.

Su mente ardorosa, inquieta,  
su garbo y su donosura,  
sus delirios de poeta,  
eran la imagen perfeta  
del angel de la hermosura.

Del Tajo en la roja arena  
cantando trovas de amor,  
pasó mi infancia serena  
siendo su Dios Magdalena,  
su numen inspirador.

Al pie de turbia laguna  
junto á mi bien reclinada,  
en sueños de mi fortuna  
mecia el amor mi cuna  
de mil flores salpicada.

Miraban mis ojos tiernos  
un horizonte de rosa:  
los placeres siempre eternos  
con la esperanza de vernos,

de ser un día su esposa.

Ceñía yo á sus cabellos  
las flores de los jardines;  
el alma enlazaba entre ellos:  
velaba sus sueños bellos  
después de largos festines.

De mi estado placentero  
fue fugitivo el fulgor,  
como sol triste de enero,  
que resplandece, y ligero  
vuelve á ocultar su esplendor.

Su frente miré cargada  
como quien siente de enojos;  
su mejilla sonrosada  
como de alma avergonzada;  
mustios y bajos sus ojos.

Y amante que en su querida  
sus ojos ya no regala,  
ó tiene el alma ofendida,  
ó ya la ilusión perdida  
de su donosura y gala.

Mis suspiros le decían  
mi tormento y mi pasión:  
mis palabras le ofendían,  
y sin eco se perdían  
en su yerto corazón.

Ni ya sus labios se abrieron  
para hechiceras sonrisas,  
que mi alma florecieron,  
y á mis alientos trajeron  
de Italia las frescas brisas.

No fue ya su Magdalena  
la diosa de la mañana;  
era cual mustia verbena,  
yerba que crece entre arena,  
y en vez de amiga, una hermana.

¡Hermana...! era un nombre frío  
á quien le amaba cual yo  
con inmenso desvarío:  
¡nombre cruel, nombre impío  
que mis entrañas rasgó!

(Breve pausa.)

Zelos incauta pedí,  
 y fue pedir mi castigo.  
 "No llores, me dijo, así;  
 tu amante no vive en mí,  
 sino tu mas tierno amigo.

Del pecho un querer sincero,  
 de un padre la autoridad  
 que hasta en la tumba venero,  
 me hicieron tu compañero  
 desde mi primera edad.

¿Y esta inocente afición  
 que llena tu dulce trato,  
 pudo turbar tu razón?"  
 ¡Ay! ¡no me mintió el ingrato  
 siquiera por compasión!

Partió á la guerra: quedé  
 sola entre gentes estrañas,  
 donde desprecios hallé.

¿Con qué impaciencia esperé  
 terminasen sus campañas?

Llega á anunciarse la paz,  
 huyo de un trato cruel;  
 y valida del disfraz  
 me ha consentido con él.

*Castill.* Pronto se acaba el solaz:  
 y á otra lid...

*Magdal.* Le seguiré  
 aunque al fin del mundo fuera.

*Castill.* ¡Tan débil...!

*Magdal.* Fuerza hallaré.

Y en pensar lo que lloré  
 bastante valor tuviera.

*Castill.* Mucho amor es necesario.

(*Se oye tocar la campana del oratorio.*)

*Magdal.* Ya es hora de la oración...

*Castill.* Hay culto en este santuario  
 á la Virgen del Rosario.

*Magdal.* No vengo por devoción:  
 mas pienso que ha de asistir,  
 y solo por verle...

*Castill.* Vamos.

GARCILASO. HERNANDO.

*Garcil.* Fue con mi deber cumplir.

*Hernan.* Hasta dejar de existir  
agradecidos estamos.  
Aun tiene el pecho grabado  
que os debe la vida en Flandes;  
hoy mas, señor, me habeis dado,  
pues el honor de un soldado  
son atenciones mas grandes.

*Garcil.* ¿Qué menos pudiera hacer  
que salvar una doncella  
quien noble llegó á nacer?

*Hernan.* Justicia quereisla hacer;  
mas iba mi fama en ella,  
que era mi hermana.

*Garcil.* (Llamando.) ¡García!

*Garcia.* (Que sale.)  
Al lejos la fuí observando;  
la siguen Vela y Ferrando.

*Garcil.* ¡Escasa fortuna mia!

*Garcia.* Segun escuché pasando,  
decian que fue advertido  
el duque por una esquela,  
de que en el Rosario ha sido  
el parage convenido  
para hablaros con cautela.  
Despues salió la duquesa,  
á quien siguen recelosos;  
y juzgando que interesa,  
vine á avisaros á priesa  
de sus planes sospechosos.

*Garcil.* (Aparte.)  
Lo mejor fuera impedir  
que asista agora al Rosario.

(A él.) Por si pueden advertir...  
tu trage me ha de servir,  
que el hablarla es necesario.  
Las prendas tuyas serán. (Mudan trages.)  
Tu sombrero de faldilla,

pronto: toma mi gaban;  
me cubrirá tu capilla.  
Dejadme solo.

*Garcia.* Aqui estan.  
*(Vanse Hernando y Garcia.)*

### ESCENA VI.

LA DUQUESA é ISABEL con mantos. *Despues UN EM-*  
*BOZADO.*

*Garcil.* No puedo desconocella,  
que no hay como ella ninguna.  
¿Sale mas blanca la luna?  
¿Es la esperanza mas bella?

*Duquesa.* *(A Isabel.)*

Si no mirara en el trage...

*Garcil.* ¿Qué importan nubes, señora,  
para que brille la aurora?

*Isabel.* *(Aparte á la duquesa.)*

No es el concepto de page.

*Duquesa.* Caballero cortesano,  
permitid... que tarde es ya.

*Garcil.* ¿Tarde cuando el sol está...!

*Isabel.* Es sin duda toledano  
en lo discreto. *(A la duquesa.)*

*Duquesa.* ¿Qué empeño!

*Garcil.* Dispensadme; es necesario  
que no asistais al Rosario.

*Duquesa.* Isabel, ¿es esto un sueño?  
¿Me conoceis? *(A Garcilaso.)*

*Garcil.* Por la diosa  
que mis sombras ilumina.

*Duquesa.* ¿La invencion es peregrina!

*Garcil.* ¿No ireis?

*Duquesa.* La idea es graciosa.  
*(El embozado los observa.)*

¿Qué he de temer?

*Garcil.* La opinion.

*Duquesa.* Vais, señor, equivocado:  
mi honor está asegurado.

*Garcil.* Lo pierde una indiscrecion;

hay falsos murmuradores...

*Duquesa.* Yo de mi fama confío,  
que entre el murmullo del río  
lozanas brotan las flores.

*Garcil.* Sí; mas sus aguas fervientes  
también abrasan su tallo.

*Duquesa.* ¿Quién sois vos?

*Garcil.* El nombre callo.

*Duquesa.* Bajad el embozo.

(*Al ir á hacerlo, y observando á Wirmant, que sale por aquel lado y llega muy cerca.*)

*Garcil.* Hay gentes:  
esperad.

*Duquesa.* (*A Isab.*) Sígneme, y calla...  
(*Entran en el oratorio.*)

*Garcil.* ¡Qué veo! ¡el emperador!  
Cuando hurtos quiere el amor  
siempre compromisos halla.

(*Se oculta igualmente en el oratorio. Wirmant habla con el embozado.*)

## ESCENA VII.

EL EMPERADOR. ALARCON. EL DUQUE.

*Duque.* (*Aparte á Wirmant.*)  
¿Ha venido?

*Wirmant.* Y dentro está.  
Un hombre con ella habló.

*Emper.* Bolonia me coronó  
con grande solemnidad.

*Alarcon.* Danzas, músicas, festines,  
sortijas y mascaradas,  
y cañas, fiestas preciadas  
con bailes en los jardines.

*Emper.* Festéjanme á maravilla.

*Alarcon.* Justas prepara Escalona.

*Duque.* Aun mas el pueblo pregona  
las de Astorga y su cuadrilla.

*Emper.* Hay bizarra ostentacion  
que admirarán las edades.

*Alarcon.* ¡Qué bellas jocosidades!

- ¿Y en trages cuánta invencion!  
*Emper.* ¿Y en las justas qué porfias!  
*Duque.* Bien los flamencos lo hicieron.  
*Emper.* Los españoles lucieron  
 con tantas bizarrerías.  
*Alarcon.* Nadie á Garcilaso llega;  
 ninguno mejor justó.  
*Emper.* Todos los premios ganó.  
*Duque.* Lidia bien el de la Vega.  
*Emper.* Que estais inquieto diria. (*Al duque.*)  
 ¿Qué teneis?  
*Duque.* Busco un deudor.  
*Emper.* ¿Fiais á mal pagador?  
*Duque.* En mucho el alma se fia:  
 y aqui no tuvo reparo,  
 que era él noble en calidad.  
*Emper.* Disculpa tiene en verdad  
 quien fia á un noble.  
*Alarcon.* Está claro.  
 ¿Hay funcion en el santuario?  
 (*Al ver salir varios caballeros.*)  
*Emper.* Entrar quisiera en buen hora  
 un momento.  
*Duque.* Aqui se adora  
 á la imagen del Rosario.  
*Alarcon.* Sois piadoso emperador.  
*Emper.* ¿No fuera torpe en verdad  
 dar tiempo á la ociosidad  
 y negárselo al Señor?  
 (*Entran en el oratorio. El duque se detiene á hablar  
 con Wirmant.*)  
*Wirmant.* Han trocado de vestidos.  
*Duque.* ¿Mas le podrás conocer?  
*Wirmant.* Sin duda.  
*Duque.* ¿Se han de atrever?  
*Wirmant.* Tudescos son atrevidos.  
*Duque.* Es gente de mala fé.  
 Aqui tienes diez doblones.  
 (*Le da un bolsillo.*)  
*Wirmant.* Para tales ocasiones  
 en honras no reparé.  
*Duque.* No solo alzarán el manto



de la dama recatada.

*Wirmant.* La empresa ya es arriesgada.

*Duque.* Toma; reparte otro tanto.

(*Ap.*) Le quiero así avergonzar.

Veán bajo el ruin ropage  
un tan alto personage.

(*A él.*) También su embozo has de alzar  
al de la Vega.

*Wirmant.* Señor,  
eso ya es vender la vida.

*Duque.* Cien doblas.

*Wirmant.* Está vendida.

*Duque.* Lo verá el emperador.

(*Wirmant se coloca detras de una de las columnas del  
pórtico con otros dos embozados.*)

Conocerá mi razon  
dando campo para el duelo,  
que agora mi agravio anhelo  
por pedir satisfaccion.

Ya es la duquesa mi esposa;  
y aunque su ofensa es la mia,  
lo que en ser vista perdía,  
en ser vengada es ganosa.

Y si es cierto... se convenza  
de su torpe galanteo:  
que cierro el campo al deseo  
con abrirle á su venganza.

(*Empieza á salir gente del oratorio.*)

### ESCENA VIII.

CASTILLEJO. MAGDALENA, y así sucesivamente los demas.

*Magdal.* Señores míos, yo os dejo.

*Fern.* El page, quedad con Dios.

*Castill.* Yo también parto con vos.  
A Dios.

*Fern.* A Dios, Castillejo.  
(*Salen la duquesa é Isabel.*)

*Isabel.* Hoy no asisto á la oracion.

*Duquesa.* Aunque se ocultó en lo oscuro,  
que era el mismo me figuro.

Isabel. Nunca yerra el corazón.

Duque. Agora. *(Aparte á Wirmant.)*

Garcil. *(Saliendo.)* A seguirla voy.

¡Qué recelo...! ¡cómo, infames!

*(Wirmant le quiere desembozar, mientras otros han descubierta á la duquesa.)*

Duquesa. ¡Ay triste!

Garcil. Si al cielo llames

*(Acometiéndolos.)*

no te sirva.

Wirmant. Herido estoy.

*(Sale el emperador, Alarcon y otros: todos acuchillan á Garcilaso, que se defiende embozado. Las damas se retiran entre la confusion.)*

Todos. ¡Muera, muera el asesino,  
muera!

Garcil. ¿Asesino se llama  
al que defiende una dama?

Emper. ¡Qué valor tan peregrino!  
Pocos son contra su espada.

Garcil. ¡Por defender una bella...!

Emper. Ya es diversa la querella,  
y es mia, por ser honrada.

*(Tira de la espada, y se coloca junto á Garcilaso.)*  
A vuestro... lado...

Alarcon. ¡Señor!

¡os espondeis! ¡Caballeros!  
tened, tened los aceros,  
que es el mismo emperador.

*(Todos se descubren.)*

Garcil. Aquí teneis mi cabeza. *(Arrodillándose.)*

Emper. Descúbrete.

Garcil. Emperador,  
puedo ofender á mi honor  
en mengua de mi nobleza.

Emper. ¿Qué causa fue la del duelo?

Garcil. De disculparla no trato;  
ver atreverse al recato  
de una señora en su velo.

Emper. ¿Eres tú noble?

Garcil. Si á fé.

Emper. De tu valor satisfecho

te perdono: si tal hecho (*Aparte.*)  
no premiarle sentiré.

(*Garcilaso le besa la mano, y se retira.*)

*Mendoza.* Señor...

*Fern.* ¡Y tal desacato  
á los umbrales del templo!

*Emper.* Si viera tau ruin ejemplo,  
par diez, que tambien lo mato.  
Desmanes autorizais:  
si á quien defiende á una dama  
como á villano se infama  
y nombre tan vil le dais,  
¿por qué con tantos aceros  
no humillásteis su insolencia?

*Alarcon.* Señor, señor, la prudencia...

*Emper.* Los que os decís caballeros,  
no autoriceis un desman  
que es de las damas ofensa,  
que si las ven sin defensa,  
bastardos se atreverán.

*Alarcon.* Mas la justicia...

*Emper.* ¿Es primero  
la justicia que el honor?

*Alarcon.* Pero sois emperador.

*Emper.* Antes nació caballero.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

*Salon suntuoso: cámara en el palacio pontificio. Una mesa en medio con libros y papeles: Alarcon sentado, y varios cortesanos en pie, que van acercándose á recibir sus despachos. Puerta al fondo y dos laterales.*

### ESCENA PRIMERA.

ALARCON. D. FERNANDO.

*Alarcon.* **A** vos el ilustre don Juan Mercader tan noble demanda os fue concedida: pagaros tal deuda... fue justo deber. Milan es segura de vos defendida.

*Fern.* A vos su legado os nombra en la corte. No en valde, Alarcon, el pueblo os alaba de recto ministro.

*(Se van retirando sucesivamente.)*

*Alarcon.*

La ley es mi norte.

En vos un valiente gana Calatrava;  
su cruz os concede. A vuesa mercé  
confia los pliegos de Roma y Florencia.  
Alcaide en Toledo nombra á vuesarcé.  
A vos en Sevilla os da su tenencia.

*(Se van todos.)*

Gravosa es la cura del hombre valido  
que tiene en sus hombros el regio poder;  
no agrada al que sube, y ofende al caido;  
lo mas que consigue, hacerse temer.  
Las grandes acciones de cuerda experiencia  
al rey las aplican, los golpes de estado;  
si salen fallidos, ¡la gran penitencia  
de aquellos milagros la sufre el privado!

## ESCENA II.

ALARCON. GARCILASO.

Garcil. ¿Audiencia dispensais?

Alarcon. Fuera importuno  
el negaros la puerta,  
si hallais la entrada al corazon abierta.  
Tomad asiento.

Garcil. El complaceros dudo.

Alarcon. Me obligareis que os sirva.

(Acerca Alarcon una silla: Garcilaso lo impide cogiéndola.)

Garcil. Si á tal llega... (Se sientan.)

Alarcon. Mucho quise en verdad al de la Vega,  
y en vos aun gano al generoso amigo;  
que aunque ya para cañas y torneos,  
ó ser tercero en locos galanteos,  
mi amistad no os obligo,  
tambien es útil la amistad de un viejo,  
sino para el solaz, para el consejo.

Garcil. Vencisme en cortesía,  
y en todo avasallais.

Alarcon. Mucho en efecto  
es justo á vos mostrar cortesanía,  
ó parecer discreto.  
Con el placer de oiros,  
olvidé que Alarcon puede serviros.

Garcil. Es á aquel allegado  
deudo á quien tengo singular estima.

Alarcon. Aqui el despacho encontrareis firmado.

Garcil. Esta encomienda que honrará su pecho,  
puede escudar su altivo pensamiento,  
y hacer encuentre su mejor derecho,  
que en su merecimiento,  
en la bondad del César. Del de Laso,  
don Pedro ilustre es descendiente: en renta,  
dos villas le dan feudo, y no es escaso;  
y algunos cientos de vasallos cuenta.  
Su mano y su riqueza  
quiere ofrecer á la beldad hermosa

de Isabel de la Cueva, que amorosa  
 escucha su pasión; y de su alteza  
 otorgamiento espera en estas bodas,  
 como señor primero,  
 y como en su servicio caballero,  
 que así se estila por usanza en todas.  
 El que apoyeis su pretension confío,  
 pues tanto gozo ha de caberme en ello,  
 como si fuera el interés ya mío.

*Alarcon.* Desde agora me holgara el prometello,  
 que justas voluntades  
 deben siempre allanar dificultades.  
 ¿Esa Isabel es dama  
 de nuestra emperatriz?

*Garcil.* Su favorita.

*Alarcon.* ¡Al César oigo ponderar su fama  
 de hermosa á maravilla!

*Garcil.* Así decían,  
 que la obsequiaba el César.

*Alarcon.* No lo creo.

*Garcil.* Tampoco yo.

*Alarcon.* Sin duda que mentían.

*Garcil.* Aconsejarme en vuestro amor deseo;  
 y ya que de las guerras me despida...

*Alarcon.* ¿Qué decís?

*Garcil.* Que en oscuro apartamiento  
 vuelo á sumir mi abandonada vida.

*Alarcon.* ¡Qué extraño pensamiento!

¡Abandonar las armas! ¡qué locura!  
 ¿con tanta juventud, con tanta gloria?

*Garcil.* ¡Y con tamaña y triste desventura!

Amor, y solo amor, forma mi historia:  
 él me arrancó de mis tranquilos prados,  
 de mi Toledo, de mi patria hermosa,  
 y del blando dormir de mis cuidados.  
 Él me ha impelido hácia el funesto estruendo  
 de guerra asoladora,  
 y á trocar por los pálidos claveles  
 de mis ricos jardines  
 los sangrientos laureles;  
 y por el dulce canto de mi aldea,  
 el ruidoso brindar de los festines.

Un angel del amor, aqui en mi idea,  
 un angel del amor, aqui en el alma,  
 sostuvo mi ardimiento,  
 y con su blanca palma  
 ornar quiso mi sien del ventimiento.  
 Y el angel me engañó, y en noche umbría  
 hundió su sombra hermosa;  
 y la palma feliz que me ofrecia,  
 ceñida vi sobre la sien dichosa  
 de otro mortal... que no la merecia.  
 Ya es un vacío el porvenir lejano  
 para quien nunca alvergará esperanza;  
 el tiempo que se huyó recuerdo vano  
 de mentida bonanza.

Solo el tiempo que pasa y condolece,  
 solo el dolor que me atormenta es cierto;  
 y esta ilusion que en mi martirio crece  
 como en tierra podrida el arbol muerto.

*Alarcon.* Ponedla en el olvido;  
 breves años contais, y juveniles,  
 de gloria hermosa y de esperanza llenos:  
 una muger de menos  
 es una flor perdida en cien pensiles,  
 un eco solitario en mil cantares,  
 entre estrellas sin fin solo una estrella,  
 y es una gota en los inmensos mares.

*Una voz.* (Desde adentro.)  
 ¡Su alteza!

*Alarcon.* Estraño su visita agora,  
 pues debe recibir dos embajadas,  
 y de la audiencia es hora.

*La voz.* (Mas cerca y dentro.)  
 ¡Su alteza!

*Alarcon.* Hácia mi estancia se avecina.  
 Si esperais propondré vuestra querella,  
 y oir podreis lo que responde en ella.

*Garcil.* Por si á mi afecto su bondad se inclina  
 me holgara respondiese su franqueza  
 sin verme á mí.

*La voz.* (Muy cerca.) ¡Su alteza!

*Alarcon.* Bien decís: os oculte este aposento.  
 A su recibo voy: al cuarto pasa:

sin duda su visita es del momento,  
y así vuestra molestia será escasa.

(Carcilaso entra en el aposento de la derecha. -- Alarcon se adelanta á recibir al emperador. -- Las guardias se retiran.)

### ESCENA III.

ALARCON. EL EMPERADOR.

*Emper.* Alarcon.

*Alarcon.* ¡Tanta mercé!

Solo en mi voluntad  
hay sitio á tal magestad,  
que el mundo es estrecho á fé.  
Si hay asiento que merezca...

*Emper.* Siéntate.

*Alarcon.* Fuera ofender...

*Emper.* Te toca aquí obedecer;  
déjame te favorezca. (Se sientan.)

Está cercana la audiencia,  
y no estrañarás si digo  
vengo á que asistas conmigo  
y me asegure tu ciencia.  
¿No hay demandas de ofendidos?  
¿Hay pobres en mis soldados?

*Alarcon.* Todos estan bien pagados  
y muchos agradecidos.  
Tan solo una pretension,  
aunque en nada se querella;  
os pide, señor, en ella  
concedais la permission  
de cierto enlace glorioso  
entre personas de aumento,  
y de igual merecimiento  
por su sangre y nombre honroso.  
En ello me hareis mercé.

*Emper.* Un buen medianero lleva.

*Alarcon.* Doña Isabel de la Cueva...

*Emper.* (Sorprendido.)

¿Quién? ¿de la Cueva?

*Alarcon.* Sí á fé.



Y él es don Pedro de Laso.

*Emper.* ¡Un hidalguillo!

*Alarcon.* Nació  
de Guzmanes, y heredó  
la sangre de Garcilaso.  
Esperan otorgamiento.

*Emper.* Jamas de mí le obtendrán;  
que sus prendas llevarán  
hombre de mas valimiento.  
Por dos veces ya he escuchado  
tan altiva peticion,  
y juro por mi toison...

*Alarcon.* Señor...

*Emper.* Prometo de honrado,  
que perderá de mi amigo  
aún quien lo tome á su cuenta;  
y que hará que se arrepienta  
de su altivez mi castigo.  
Mas este lance olvidemos.

*Alarcon.* ¿Os enojásteis?

*Emper.* Ya no;  
tu calma me desarmó.  
De otros asuntos hablemos.  
¿En Bolonia qué se cuenta  
del César?

*Alarcon.* Su inmensidad,  
su valor y su bondad,  
que tantos cetros sustenta.

*Emper.* ¿Se ratificó el tratado?

*Alarcon.* General se hizo la liga:  
hasta Venecia de amiga  
sus credenciales ha enviado.  
Tan solo los luteranos  
y la ciudad de Florencia  
oponen su resistencia.

*Emper.* Tienen consejeros vanos.  
Al fin vendrán á perderse;  
no es rigor, haré justicia,  
que de no, el vulgo malicia  
que fue no poder hacerse.

*Alarcon.* Han de sentir grave mal.

*Emper.* Sea si al ciclo le plugo;

llamaban mi cetro un yugo,  
y mis brazos un dogal...  
¿qué te parece?

*Alarcon.* Señor...

*Emper.* Y pudiera serlo á fé  
un dogal; mas no apreté:  
tengo al pueblo mucho amor.  
Y fueron muy desleales  
cuando á Nápoles marcharon,  
pues sus tropas ocuparon  
mis tierras patrimoniales.

*Alarcon.* Olvidallo...

*Emper.* Dices bien,  
olvidallo y castigallo,  
que es mal ejemplo al vasallo  
y á los príncipes tambien,  
Para mí es beneficioso  
tener á quien guerrear,  
que en algo debo ocupar  
tanto paladin ocioso,  
peligrosos sin sus guerras:  
hicieron de ellas oficio;  
si al cabo han de hacer perjuicio  
que sea en ajenas tierras:  
que es herencia encomendada  
la que en mi poder reside,  
y si el pueblo me la pide  
quiero dársela cuidada.  
¿Y qué mas dicen?

*Alarcon.* Se admira

la grandiosa ostentacion,  
el fausto y la profusion  
que en vuestros grandes se mira.

*Emper.* Aquí para entre los dos,  
no dicen mal.

*Alarcon.* Buen consejo.

*Emper.* Al contrario, yo los dejo;  
de ostallo me libre Dios.  
Sus trages los mas sencillos,  
sus joyeles, sus alhajas,  
exaustas dejan sus cajas  
y ruinosos sus castillos.

Mientras un gaje costoso  
 se ragala á una belleza,  
 se arruina una fortaleza,  
 ó queda cegado un foso.  
 Bien cerca está todavía  
 esa época fatal,  
 que un castellano feudal  
 la ley á su rey ponía.  
 Ahora lo necesita  
 para antojos, bien es mio;  
 se aumenta mi poderío  
 y el snyo se debilita.  
 Ya un rey, Alarcon, es algo;  
 que antes, mengua juzgaria  
 decir que un reino tenia,  
 quien lo mandaba un hidalgo.

(Un page entreabre la puerta. Alarcon se levanta.)

Alarcon. ¿Quién?

Page. Esta esqnela han traido.

(Alarcon se la da al emperador.)

Emper. No es asunto del momento. (El page se va.)  
 A propósito; mi intento (A Alarcon.)  
 tambien en haber venido,  
 es quererte consultar  
 del duque cierta sospecha.  
 Lee... de hoy mismo es la fecha.

(Le da una carta.)

Alarcon. Pero es carta sin firmar.

(Despues de haberla leído.)

¿Será posible! ¿En su casa  
 partidarios de Lutero...!  
 El duque es buen caballero.

Emper. ¿Cómo esto en mis reinos pasa!  
 Ahora hay aqui embajadores  
 de príncipes alemanes,  
 y sin duda esté en sus planes  
 de mis validos mejores...

Alarcon. ¡Señor!

Emper. La idea te inquieta;  
 no ignoras cuánto venero  
 su honradez, pero Lutero  
 teme se junte la Dieta

en Alemania, y quién sabe...

Yo no desprecio el aviso,  
y esta noche de improviso...

*Alarcon.* Mirad que el empeño es grave.

*Emper.* Aunque tenga que escalar  
del buen duque los balcones,  
he de ver si hallo razones  
para poder sospechar.

*Alarcon.* Mas se ofende...

*Emper.* A su señor,

Bien se dispensa el agravio.

*Alarcon.* Aconsejar es del sabio.

*Emper.* Y obrar del emperador.

*Alarcon.* ¿Pero solo...!

*Emper.* Iré contigo,

*Alarcon.* ¿Y si algunos...?

*Emper.* ¡Luteranos!

Aun cuando fuesen cristianos  
no los temo, voy conmigo.

(*Ticiano abre la puerta de la izquierda.*)

*Ticiano.* Alarcon...

*Emper.* Pase adelante;

ya vuestra voz conocí.

*Ticiano.* ¡Como, el César! ¿vos aquí? (*Sorprendido.*)

Interrumpí de ignorante.

*Emper.* Yo celebro la ocasion,  
que me huelgo siempre en veros.  
Y si es que caben terceros  
en vuestra conversacion...  
y fiais del César...

*Ticiano.* Sí;

mas son tan leves negocios,  
que hasta perdeis vuestros ocios  
en ocuparlos de mí.

*Alarcon.* Son artísticos recreos.

*Emper.* Pardiez que no me perdono  
que los negocios del trono  
embaracen mis deseos  
de recorrer las pinturas  
cada dia.

*Ticiano.* Emperador...

Asemejais al Señor

dando ser á sus hechuras.

*Emper.* ¿Qué ejecutais?

*Ticiano.* Un retrato.

Ocupar tiempo perdido.

*Emper.* Eso lo escucho ofendido.

¿Teneis un príncipe ingrato?

Por decreto de Alarcon

tomad de mis tercias reales

cincuenta doblas anuales.

*Alarcon.* ¿César...! (*Aparte.*) ¿Qué gran corazón!

*Ticiano.* Escedeis al gran Trajano.

*Emper.* Doblado me pagarás;

si otro Plinio, cantarás  
glorias del rey castellano.

Que si un angel dejo yo

á ese mundo venidero,

dirán que Carlos primero

era un Dios, pues le formó.

Basta... cuidad del decreto. (*A Alarcon.*)

El retrato quiero ver.

*Ticiano.* Un poco falta que hacer.

*Emper.* Ya ha de sobrarle el efecto.

¿Conozco el original?

*Ticiano.* Es de Castilla una dama:

la de Lérida se llama.

*Emper.* Hermosura sin igual.

¿De Lérida la duquesa?

*Ticiano.* Y como ha poco ha heredado,

aunque otro lo ha disputado,

un título de condesa,

agora en sus armas dudo

si dos coronas pondré.

*Emper.* De Monza la harás mercé. (*A Alarcon.*)

Ponedla dos en su escudo. (*Al Ticiano.*)

Pero traedlo al momento.

*Ticiano.* Les diré tanto favor.

(*Ticiano se retira.*)

*Alarcon.* ¿Qué empeño mostrais, señor,

en que todo el valimiento

y las mercedes que hagais

querais las haga Alarcon?

*Emper.* Que en mí fueran sin razon

y vos me las disculpais.  
 Aunque justicia me sobre,  
 á mis puebllos sacrificio  
 por mi Estado; y si doy, rico,  
 no debo pedir cual pobre.

*(Viendo venir al duque y la duquesa.)*

El duque, su esposa; alzad. *(Sin permitir que se arrodillen.)*

#### ESCENA IV.

DICHOS. LOS DUQUES. TICIANO.

*Duque.* Rendido á tantos favores...

*Emper.* Si á mis amigos mejores  
 solo la casualidad  
 les trae á mi compañía,  
 de ellos me nuestro ofendido,  
 y al acaso agradecido.  
 ¿Cómo estais, señora mia?

*Duquesa.* Gozosa de mereceros  
 un recuerdo.

*Emper.* ¡Tan galana...!  
 Par diez que ya tengo gana  
 (y no es, Ticiano, ofenderos)  
 de ver cómo habeis pintado  
 cuanta belleza es posible,  
 de modo que un imposible  
 vendria á ser el traslado.

*Duquesa.* Si grande el mundo os respeta,  
 y valiente los guerreros,  
 á damas y caballeros  
 vuestra urbanidad sujeta.

*(Ticiano descubre el retrato que uno de los pages entra cubierto con un lienzo.)*

*Emper.* ¡Qué perfecta semejanza...!

*Alarcon.* El cuadro respira ambiente.

*Emper.* Su blanda risa se siente  
 murmurando una esperanza.  
 Inmortal pienso que os haga,  
 si ya no lo fuerais vos.

*Alarcon.* El arte teneis de Dios.

- Ticiano.* De inteligentes me halaga  
vuestro dictámen.
- Emper.* Advierto  
que le falta una corona.
- Duquesa.* Tanto honor á mi persona,  
ni aun á agradecerle acierto.
- Alarcon.* (*Aparte al emperador.*)  
Señor, tened advertido  
le sospechais de traidor.
- Emper.* (*Aparte á Alarcon.*)  
Le he visto un hombre de honor;  
traidor..., aun no lo he sabido.  
Y cuanto menos le quito,  
mas nombres tiene á su cuenta  
para honrar; si los afrenta,  
se los doy por Sambenito.
- Entra un page.* Estan los embajadores.
- Emper.* La primera vez ha sido  
que su presencia he sentido  
tratando de paz. Señores..  
duquesa, perdon os pido  
si soy tan poco galano,  
que por ser buen cortesano  
de caballero me olvido.
- Duquesa.* Al mundo os debeis, y al trono  
vamos...
- Duque.* Sirviéndoos es justo.
- Emper.* (*A la duquesa.*)  
¿ Vos tambien? Me dais disgusto.  
Molestar no me perdono.
- Duque.* Tanta honra nos favorece.
- Emper.* (*A la duquesa.*)  
No habeis de pasar de aqui.  
Soy vuestro.
- Duque.* Nosotros sí.  
(*El duque, Alarcon y el Ticiano salen acompañando  
al emperador por la puerta del fondo. La duquesa  
permanece en el dintel, y al entrar se encuentra  
con Garcilasò.*)
- Garcil.* Pues la ocasion se me ofrece...  
Huyamos de un nuevo empeño.  
¡Ella...! Vacila mi paso...





Garcil. (*Aparte.*) Cuida amor  
 (*Acercándose al cuadro.*)  
 como haces tuyo el retrato.

(*El duque cierra la puerta. La duquesa ha quedado fuera de la escena.*)

Al duque. ¿Cerrásteis la puerta?

Duque. Sí,  
 que si nos vieron retados  
 hasta despues de vengados  
 no deben vernos.

Voces fuera. Aquí.

(*Golpeando la puerta durante el diálogo.*)

Garcil. (*Aparte.*)  
 Buen pulso.

Duque. (*Aparte.*) ¡Tanta destreza...!

Garcil. No le ofendo...

Duque. (*Aparte.*) Se retira.

Voces fuera. Abran al César.

Garcil. Bien tira.

(*Aparte.*) Aquí está el cuadro.

(*Se retira hasta colocarse en disposicion de dar una estocada al retrato. En aquel momento el duque le hiere, y Garcilaso se descubre.*)

Voces fuera. ¡Su alteza!

Duque. ¡Qué tardo vence el valor...!  
 ¡Descubierto estais...!

Garc. Y herido.

(*Aparte.*) Pero el triunfo conseguido.

(*La puerta cede, y entran el emperador, el duque y varios caballeros.*)

Duque. ¡Te roban tu gloria, honor!

Emper. ¡Insensatos...! ¿Qué intentais?

¿Quién al César se atrevió?

¿Quién cerró la puerta?

Garcil. y Duque. Yo.

Emper. ¿Mi cólera disputais?

Costará tanta altiveza...

Alarcon. Serenaos.

Emper. Quién fue digan.

Alarcon. (*Aparte al emperador.*)

Mas las súplicas obligan.

Garcil. y Duque. Los dos fuimos.

- Alarcon.* (*Aparte.*) ¡Qué entereza!
- Emper.* Guardad palabras honradas,  
y no me obligueis, por Dios,  
á que os arranque á los dos  
vuestro secreto á estocadas.  
¿Y herido estais?
- Duque.* Sí por cierto,  
y el agresor veis en mí;  
que á no llegar vos aquí,  
os le presentára muerto.
- Emper.* (*Ap.*) De honor será la ocasion.  
Despejad. (*Se retiran todos.*)
- Duquesa.* (*Aparte al salir.*)  
¡Temo algun daño!
- Emper.* (*Aparte.*)  
Que solo con sangre el paño  
se lava de la opinion.
- Duque.* Lo mas habeis sospechado;  
con mi esposa lo encontré;  
negóme el rostro, y á fé  
que no le oculta el honrado.
- Carcil.* Cuidad, señor, que tal vez  
pudo mentir la apariencia;  
y hay lances que dan licencia  
para mostrar timidez.  
Con Alarcon departia,  
cuando la voz de "su alteza"  
nos avisó que á esta pieza  
vuestra magestad venia.  
Juzgamos fuera de paso,  
pues la audiencia os aguardaba;  
y yo por si en mal terciaba  
me escondí. Quiso el acaso  
que los duques estorbaran  
mi salida con llegar;  
siendo forzoso esperar  
á que con vos se alejaran.  
Sali entonces y encontré  
la duquesa; el duque llega,  
y temerosa me ruega  
guarde su honor; no acerté.  
Que era estraña mi venida

no habiendo por donde entrar,  
y daba que sospechar.

Si lo erró fue de entendida.

Me encubro por caballero;

me denuesta, no respondo;

pero mi espada no escondo

mirando blandir su acero.

Dar causa á un duelo, señor,

sin terminar la venganza,

juego parece de holganza

mas bien que hazaña de honor.

Cerramos solo por vos;

él fue feliz, (*Ap.*) no lo ha sido:

quedó vengado... yo herido...

y á vuestras plantas los dos.

(*Se arrodillan; el emperador los levanta.*)

*Emper.* Templado me habeis en algo:

duque, quedasteis bien puesto;

y vos, á par que modesto,

estais diciendo lo hidalgo.

Jurad vuestra eterna liga

á esta imagen de Santiago.

*Garcil.* El juramento yo le hago.

*Emper.* Duque, ¿y vos?

*Duque.* (*Aparte.*) ¡A esto me obliga...!

*Emper.* Ya vuestro enojo es en vano.

*Garcil.* Y por mi fé os lo prometo;

que á quien agravió en secreto,

nunca le tiendo mi mano.

Y cuando franco os la doy

podeis cruzarla sin miedo;

que á mas que nací en Toledo,

soy noble, y soldado soy.

*Duque.* Tomad la mia. (*Se dan la mano.*)

*Emper.* Asi os quiero:

pues de medianero os hago,

se lo demande Santiago

á quien lo olvide el primero.

*Garcil.* (*Al emperador.*)

A vuestras plantas... á vos (*Al duque.*)

el cielo os guarde. (*Toma el retrato.*)

*Duque.* ¿Qué haceis?

- Garcil.* Llevar el cuadro.
- Duque.* Pór Dios,  
que es otra afrenta, y á dos  
es mucho si os atreveis.
- Emper.* ¿Nuevo disgusto?
- Duque.* Señor,  
el cuadro yo le encargué.
- Garcil.* Yo le he quitado el valor,  
y fuera ofender mi honor  
no pagar lo que adeudé.
- Duque.* No se disputan dineros;  
yo por pagado me doy.
- Garcil.* Entre buenos caballeros  
yo debo satisfaceros,  
por quien sois, y por quien soy.  
Que el veros mas generoso  
á mí no me desempeña,  
y no quedara vistoso  
si el que ha perdido, al ganoso  
á ser liberal le enseña.
- Duque.* No lo espereis, que restado...
- Garcil.* (Al emperador.)  
Vuestra decision acepto.  
El cuadro yo le he rasgado:  
¿al precio estoy condenado?
- Emper.* Que es tuyo el cuadro decreto.
- Duque.* Advertid...
- Emper.* Que esto conviene:  
si vos dejais de adquirir  
la culpa el azar la tiene;  
y aun de ahí el derecho os viene  
de poderos resarcir.  
Dineros los despreciais;  
justo es que el pintor los cobre:  
vos á mucho os obligais,  
que si en razon le pagais,  
un retrato os hará pobre.  
Y es la sentencia mejor,  
que la beldad pierda el uno  
y el otro pague el valor:  
los dos perdeis en rigor;  
pero no agravió á ninguno.

- Duque.* Esa sentencia me infama.  
*Emper.* Las leyes las dicta el rey.  
 Confiadsele á la fama  
 si esto injusticia se llama;  
 mas no deshonor la ley.
- Alarcon.* (Entra.)  
 Debo advertiros, señor, (Al emperador.)  
 sin duda habeis olvidado  
 que aguarda el embajador.
- Emper.* Antes son los del honor,  
 que los asuntos de Estado.  
 (Se va con Alarcon y séquito de caballeros.)
- Duque.* No abusareis del decreto,  
 pues yo no me satisfago;  
 y aun causa para otro reto...
- Garcil.* Que en mucho tengo os prometo  
 lo que he jurado á Santiago.
- Duque.* (Viendo que se lleva el cuadro.)  
 Bastarda accion, fementida.
- Garcil.* Callad, ó pardiez que os mato,  
 que es vuestra lengua atrevida.
- Duque.* En poco teneis la vida.  
*Garcil.* Pero en mucho su retrato. (Saliendo.)



---

## ACTO TERCERO.

---

*Cabinete. Al fondo balcon con celosías, cubierto de elegantes cortinages; á la izquierda, puerta que sirve de entrada: á la derecha otras dos que conducen á las cámaras interiores.*

### ESCENA PRIMERA.

GARCILASO *entra saltando por el balcon.* HERNANDO *le recibe con una linterna.*

Garcil. ¡Cuánto te debo...!

Hernan.

En rigor,  
mi hermana os debe la vida,  
los dos su honra; agradecida  
os paga el alma, señor.

El tiempo no os fia espacio  
para que hablarla podais,  
pues el duque, no ignorais  
que á las dos deja el palacio.

Garcil.

Este es su bello aposento;  
el aura me lo decia,  
que era rico en fantasía,  
y todo aroma aqui el viento.  
Mas ¿cómo pudiste...

Hernan.

Soy  
mientras la paz, su llavero,  
en las guerras su escudero;  
y nada contento estoy.

Garcil.

Si pudiera mi afición  
darte mas noble privanza,  
te hiciera page de lanza.

Hernan.

Acepto tal distincion.  
A fuer de leal soldado  
al duque voy á dejar,

que fuera si no engañar,  
y nunca vende el honrado.  
Mas siendo ya vuestro page  
bien puedo haceros servicio.

*Garcil.* Te ratifico el oficio  
con diez doblas para un traje.

*Hernan.* Sé que arriesgo mi cabeza  
con revelar este arcano;  
pero pongo en vuestra mano  
esta esquela de su alteza.

(*Le da un pliego.*)

Que vos salvasteis mi honor  
en una hermana querida,  
y el arriesgaros mi vida  
no es mucho á tanto favor:

*Garcil.* (*Lee.*) "La vida vale el secreto:  
Esta noche estad alerta,  
pues franca quiero la puerta  
del duque: cumplid discreto.  
Lo manda el César..."

*Hernan.* Ya veis.

*Garcil.* Extraña esquela.

*Hernan:* Sintiera

que el emperador os viera;  
meditad bien lo que haceis.

*Garcil.* Ahora ¿persistís en verla?  
Hernando, parto mañana,  
y no es mi intención liviana  
que en esto pueda ofenderla.

*Hernan.* ¿Nada sabrá la duquesa?

*Garcil.* Solo mi afan y mi amor.  
Mi libertad en rigor  
puede causarla sorpresa.  
Mas yo fio en su ternura  
perdone de amor un yerro;  
que ya es bastante el destierro  
de su adorada hermosura.  
Sin que á mas quiera impedir  
la diga mi á Dios postrero,  
por si á mi desdicha muero  
al llegárselo á decir.

*Hernan.* Rumor escucho; sin duda

:

- que aquí se acerca.
- Garcil.* Cantando  
tú avisarás, buen Hernando.
- Hernan.* Contad, señor, con mi ayuda.  
Por si un imprevisto acaso...  
¿dejaré la escala?
- Garcil.* Sí;  
que un momento, y por aquí,  
no la verán.
- (*Se retira Hernando corriendo las cortinas del balcon.*)

## ESCENA II.

GARCILASO. LA DUQUESA, que se detiene asombrada.

- Duq.* ¡Garcilaso!
- Gar.* ¡Leonora...! ¡Vos, Leonora...!  
Venga la muerte y la bendigo agora.
- Duq.* ¿Qué delirio os agita...? ¡Qué imprudencia!  
¡Penetrar al palacio, de un esposo  
esponerse á las iras...!
- Gar.* ¡Vos, señora!  
¿No os enternece, al menos, mi dolencia?  
¿Mi vida os importuna?
- Duq.* Me interesa.  
Pero olvidais, señor...
- Gar.* ¿Qué?
- Duq.* (Con magestad.) ¡Soy duquesa!
- Gar.* ¿Y vivo estoy oyendo  
palabra tan traidora?  
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!  
Dejad que corran por mi mal vertidas;  
ellas calman mi pena asoladora,  
y hé lástima de ver que van perdidas,  
y de vos olvidadas,  
cuando otras hay, Leonora,  
que menos ciertas fueron remediadas.  
¿Burlais así de un corazón tan puro...!  
No fuí, no fuí de piedra  
para mirar ligada á ageno muro,  
la que debió de ser mi amante yedra.
- Duq.* ¿Qué os trae, desdichado,



¿á recordar edades de ventura?

¿Por qué en mi triste soledad quejosa  
no me dejais rendida á mi amargura,  
de alivio solo una ilusion dichosa?

Me casé por salvaros: yo temblaba  
los enojos de un César coronado;  
era muger, y débil... os he amado.

*Gar.* ¡Su amor...!

*Duq.* ¡Qué dije...!

*Gar.* ¿A qué me hablais sentida?

¡si riguroso el hado con mi ausencia  
quitará la esperanza de mi vida!

¡Y qué, trece años largos  
sembrando amores, y cuidados tiernos,  
regados con mis ojos,

siempre en crudos inviernos,  
y en vez de flores recogiendo abrojos,  
y frutos, ni aun amargos:

trece años, sí, de juventud florida,  
de esperanzas, de gloria,  
han de ser para mí sombra perdida,  
y un eterno martirio á mi memoria...!

No, Lérída, mi bien, no, dulce vida;  
si necios pareceres

tiranos son de la pasion preciosa  
que el cielo inspirador concede al hombre,  
huyamos su falsía: vos mi diosa

do quiera habeis de ser. ¡Qué importa un nombre  
perdido para el mundo  
profano y envidioso!

¡Qué importa sucumbais para la vida  
si despertais para el placer hermoso!

*Duq.* Al placer, es verdad. ¡Cómo se huyeron  
aquellas dulces horas!

Todo presente en mi memoria aun vive,  
la vez primera que mis ojos vieron  
lágrimas en los vuestros seductoras:

cuando escucharon las querellas tiernas  
de un puro amor que en vos me prometia  
felicidades por mi bien eternas:

cuando inocente un candoroso velo  
ceñía al corazon y le decia:

"ama, el honesto amor hijo es del cielo."

Ellos, sí, me aterraron.

El duque conoceis; juró perderme,  
porque mis ojos ¡ay! le desdeñaron.

Poco fuera mi mal para vencerme,  
mas se atrevió á aterrarme con mataros,  
á vos, todo mi amor y gloria mia;  
y en mi enlace pendia  
de su rencor injusto libertaros.

No ignoraba ¡infeliz! que me perdía,  
mas consentí en perderme por salvaros.

*Car.* ¡Leonora! ¡Leonora!

*Duq.* El desengaño  
acaso agobia mi existencia triste:  
pero ya soy esposa, me perdiste.

*Car.* Todo el valor lo alcanza.

¡No se marchite, ó Dios, tanta esperanza!

Aun adivino un porvenir risueño;  
y entre esmaltadas flores  
un camino que trazan los amores  
á los vuestros amores, dulce dueño.

Las horas agitadas  
de tan luengos y míseros pesares  
al olvido lanzadas,  
rodarán, como ruedan á los mares  
las olas dasatadas.

Hasta el recuerdo de afanosos dias  
se borrará en la mente,  
como en la arena el rasgo que la planta  
trazó del pasajero, y de repente  
el huracan levanta.

Deleitosas y puras alegrías  
os dormirán en sosegado lecho;  
blanda esperanza en vuestro tierno pecho  
tranquila posará su ala de rosa;  
vuestro querer á mi querer rendido  
encontrará la dicha suspirada  
al fin de ese camino tan risueño,  
dulce, apacible, hermosa,  
como el beso que madre enamorada  
clava en su niño al despertar del sueño.

*Duq.* Ligada á otra cadena,

pesan sus hierros en el alma mía;  
 ¡que soy esclava sin cesar resuena!  
 Huid, huid; mi corazón delira  
 si escucha vuestra voz triste y quejosa;  
 y cuanto más tiernísima suspira,  
 tanto me acusa más de rigurosa.  
 Dejadme mi virtud, única herencia  
 de un alma acongojada:  
 ¡acaso sus divinos resplandores  
 serán para mí sien últimas flores  
 de que logre ya verse coronada!  
 Dejadme mi virtud; su imagen pura  
 es lo que aun admirais de mi hermosura:  
 de ella hacer quiero ostentación gloriosa;  
 que aunque ya no merezca su ternura,  
 yo adoro una virtud que me asegura  
 la estimación de esa alma generosa.

*Her.* Asombro los moros dan. (*Canta dentro.*)

*Gar.* ¿Si vienen...?

*Duq.* Canto agorero.

*Her.* Solo es chico Solimán (*Sigue cantando.*)  
 donde está Carlos primero.

*Duq.* Partid...

*Gar.* ¿Sin vos!

*Duq.* Dispúsole la suerte.

*Gar.* Es vano su poder, vedla vencida;  
 ¡en ese amor consistirá mi vida!

*Duq.* Es imposible.

*Gar.* ¿Y me dará la muerte...?

¡y el alma lo está oyendo  
 sin caer en pedazos dividida...!

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

*Duq.* ¡Desventurada...!

*Gar.* Leonora,

no temais.

*Her.* Vos, por acá,

(*Saliendo precipitado, y conduciendo á Garcilaso al  
 aposento de la derecha. La duquesa se retira, Her-  
 nando quita la luz.*)

que un hombre en la calle está.

Esperemos.

*Garcil.* Sí, en mal hora.

## ESCENA III.

EL DUQUE. HERNANDO. *Despues* LA DUQUESA.

Duque. ¿Las luces?

Hernan. Las he apagado.

*(Saca una bujia encendida.)*

Duque. Con voces por cierto estrañas.

Hernan. El canto de las campanas  
divierte en paz al soldado.

Duque. Llama luego á tu señora.

Hernan. Sin duda espera acostada.

Duque. La supongo desvelada...

*(Hernando entra, y vuelve á salir.)*Hernan. Ya viene aqui. *(Sale la duquesa.)*

Duque. Mi señora,

¿cómo estais?

*(Hace una seña, y Hernando se va.)*

Duquesa. Bien indispueta.

Si consintieseis querria  
descansar.

Duque. Yo sentiria

daros visita molesta;

mas siento que no partais  
vuestros dolores conmigo.

Soy vuestro sincero amigo.

Duquesa. Permitid...

Duque. ¿Tan mala estais?

Me holgara libre dejaros,

mas mucho que hablaros tengo,

y ya decidido vengo.

Duquesa. ¡Paciencia! *(Aparte.)*

Duque. Podeis sentaros.

*(Acerca una silla á la duquesa.)*

Duquesa. Vais, el duque, á dispensarme:

mañana... en otra ocasion...

Duque. Estraña es su turbacion. *(Aparte.)*

Duquesa. ¡Hernando...!

Duque. Ya es enojarme.

En hora menguada unidos

y esposos nos vió el altar.

Duquesa. ¿A quién teneis que culpar?

Duque. A mis livianos sentidos.

Bien lo sabeis que ignoré  
 en todo vuestros amores ;  
 si á alguno disteis favores ,  
 que se ha contado lo sé.  
 No me curé de entender  
 si fue su enojo ó empeño  
 que tuvo en nombraros dueño  
 cuando os hizo mi muger ;  
 ni nunca alcancé tampoco  
 si en honra ganaba , ó pierdo ;  
 que fuera eso obrar de cuerdo ,  
 y amaba yo como un loco .  
 Supe que noble nacisteis ,  
 que heredasteis sangre honrada ,  
 y era condicion forzada  
 que en sus leyes aprendisteis .  
 Esto supe , y me bastó  
 para haber seguridad  
 de que en casarme , en verdad ,  
 que mi honra no perdió ;  
 y que jamas perderia ,  
 porque con sangre de buenos  
 todas sus obras , al menos ,  
 las abona la hidalgúia .  
 Con ganar mi fama pura ,  
 y con llegar á alcanzaros ,  
 creí que vuestros reparos  
 no estorbaran mi ventura ;  
 fiando á mi tierno ardor  
 y á mis afectos constantes  
 que vencieran por instantes  
 de tan raro desamor .  
 ¡ Pero cuánto me engañaba... !  
 ¿ Qué sirve la posesion ?  
 ¡ No habiendo allí corazón ,  
 solo una estátua compraba !  
 El despecho me hizo injusto ,  
 os lo confieso , Leonora ;  
 mas rendirse veis , señora ,  
 á vuestros gustos mi gusto .

*Duquesa.* Nunca , duque , os engañé ;  
 prometí vivir honesta ,

no he faltado á mi protesta;  
el alma no os empeñé.

*Duque.* ¡ Ah...! No sé si hay ocasion, (*Reprimiéndose.*)  
pero las gentes murmuran,  
y nunca heridas se curan  
que dañan en la opinion.  
Ni es todo cuento en rigor:  
decirlo puede un Rosario,  
donde sirvió un novenario  
de novena á vuestro amor.  
Y un retrato lo dirá  
que halló galan comprador,  
y que mercó nuestro honor,  
pues precio le puso ya.  
Mas lo que una vez pasó  
no pretendo recordaros,  
porque agora el acusaros  
sería ofenderme yo.  
En Bolonia, en fin, se cuenta  
de mi nombre, y es por vos;  
y si este es ya de los dos,  
parte teneis en mi afrenta.  
Yo no puedo con mi acero,  
ni aun el César, castigarle;  
que en esto quiere pagarle  
cierto lance caballero.  
Y aun el buscar ocasion  
de venganza, es declarar  
que hay querellas que vengar  
y de sospechas razon.  
Pero advertido... temblad.

*Duquesa.* Yo muero.

*Duque.* ¡ Está demudada!

*Duquesa.* ¡ Piedad!

*Duque.* ¡ Quedó desmayada!

Alguna esencia... ¡ esperad!

(*Entra en el gabinete.*)

*Hernan.* Se fue.

(*Saliendo á la escena y dirigiéndose al aposento en  
que está oculto Garcilaso.*)

*Duquesa.* Por Dios...

(*A Garcilaso, y se entra en su cámara.*)

Hernan.

Salid presto.

Pronto, que á mas se olvidó  
vendria el César. ¡Chist!

(Garcilaso se detiene al ver salir al duque.)

Garcil.

Ya no.

Duque. ¡Leonora! (Desde dentro.)

Garcil. Suben.

(Al oír ruido en el balcon saca la espada y mata la  
luz con ella, escondiéndose en el gabinete.)

Duque. ¿Qué es esto?

#### ESCENA IV.

EL DUQUE. *Despues* EL EMPERADOR.

Duque. Ruido en las verjas escucho:  
ya suben... ¿quién podrá ser?  
¡Si ella se deja atrever,  
el que se atrevan no es mucho!

Emper. (Entrando por el balcon.)  
Cuidoso queda Alarcon,  
que solo así me atreviera;  
mas aunque el César no fuera,  
armas tengo y corazon.  
La escala da por cumplida  
su traicion y mi sospecha.

Duque. ¿Quién es?

Emper. (Aparte.) Haré la desecha  
antes de juzgar su vida.

Duque. ¿Qué busca aquí el robador  
que se halla tan á seguro?

Emper. Que he de matalle le juro: (Aparte.)  
¿altivo á mas de traidor?

Duque. Esta casa tiene dueño,  
el honor es su tesoro;  
si habeis codicia de oro,  
remediaros es mi empeño.  
¿Callais...? sin duda es delito  
el que intentais... No me asombra,  
que grabándolo en la sombra  
borra lo negro lo escrito.

Pero no hay oscuridad  
que no penetre el honor,  
que son los del avizor  
sus ojos en claridad.

*Emper.* Basta: callad, mal nacido. (*Al duque.*)

*Duque.* ¡Qué voz...!

*Emper.* La espada desnuda.

*Duque.* ¡El César! (*Aparte.*)

*Emper.* ¡La espada aun muda  
y el labio tan atrevido...!

*Duque.* Perdonad...

*Emper.* Qué, ¿tu traicion?

¿á qué tantas altivaces?

El habla tan sin dobleces,  
y tan doble el corazón.

*Duque.* Tened, que aunque en vos respeto  
el ser de un Dios para mí,  
tan mal lo imitais aquí

que no os conozco, os prometo.

Que escalar altos balcones

y confiarse á lo oscuro,

mas que del César os juro

que hazañas son de ladrones.

*Emper.* ¡Malsin...! la espada... la espada.

*Duque.* Que no os conozco repito.

A oscuras se ve el delito,  
no la persona culpada.

El César no sois, no es cierto;

no escala el César balcones

de sus buenos infanzones;

á quien de honor le ha cubierto,

de infamia no le gravará;

no afrenteis nombre tan puro:

no sois el César, lo juro,

que... el César no me afrentará.

*Emper.* ¡Cuál mi cólera detiene...! (*Aparte.*)

Bien del valor hizo alarde;

el crimen vuelve cobarde,

bien probó que no le tiene.

(*A él.*) Así á mis hidalgos quiero.

*Duque.* Otra vez vuelvo á dudar,  
que cuando empezais á honrar



veo al César caballero.  
 ¡Luces! (*Blamando. Wirmant las saca.*)

*Emper.* Levanta.

*Duque.* Señor,  
 puede mancharos mi mano.

*Emper.* La ley venga.

*Duque.* Será en vano  
 contra su mismo hacedor.

*Emper.* Aun en contra de mi vida  
 yo mi palabra te obligo.

*Duque.* Yo la acepto, y por testigo  
 tendré una escala escondida.  
 Dispensadme vos si aqui  
 os faltan mil atenciones.

*Emper.* Nada: escalar tus balcones  
 fue por sospechas de tí:  
 lee esta esquila.

(*Le da un billete, y el duque lee.*)

*Duque.* ¡Malsines...!

¡tan poco mi honra os promete  
 que os la hizo falsa un billete...!

*Emper.* Conviene á los altos fines  
 de un rey, sin darles creencia,  
 vigilar cuidadoso en todo.

*Duque.* ¿Pero esta escala es el modo  
 de volver por mi conciencia?

*Emper.* Efecto fue del azar;  
 colgada estaba, y á fé  
 que mucho mas sospeché,  
 aunque no llegué á dudar.

(*Se oye ruido en el balcon: el duque se adelanta echando mano á la espada.*)

*Duque.* Hola, ¿recelos de nuevo?  
 Volveré por mi opinion.  
 Su muerte...

(*Alarcon sube por la escala.*)

*Emper.* ¿Cómo, Alarcon!

*Alarcon.* Perdonadme si me atrevo: (*Aparte.*)  
 tanto esperar, y sabiendo  
 que de traicion se temia...

(*Al duq.*) Vos dispensad: me tenia (*Al César aparte.*)  
 este recelo muriendo.

- Emper.* (*A Alarcon aparte.*)  
 Bien, mi Alarcon, por lo fiel;  
 te perdonaré la duda  
 de que necesite aynda  
 el César, si no es á él.  
 Lo que os dije confirmo: (*Al duque.*)  
 de vos estoy satisfecho.
- Duque.* Pero nunca de mi pecho  
 podreis ya fiaros, no.  
 ¡Sospechásteis...! pensamiento  
 que fuera, ya bastaria  
 para afrentar la honra mia;  
 ¡que no afrentará el intento...!  
 Corred mi casa, ¡oh bajeza! (*Aparte.*)  
 que vengan mis servidores,  
 mirad, señor, si hay traidores,  
 soldados son de tu alteza.
- Emper.* Buen caballero... me admira. (*Aparte.*)  
 (*A él.*) Nunca he dudado, no dudo:  
 tu pecho tiene un escudo  
 que desmiente la mentira.  
 Prometo que no es mas pura  
 la luz radiante del sol  
 que tu honor, bravo español.
- Duque.* ¡Gran César! ¡tanta ventura!  
 ¡olvidais mis demasías?
- Emper.* Mi corazon te ganaron.
- Duque.* Contra vos...
- Emper.* Ya se olvidaron,  
 ni fue á mí á quien las decias.  
 Te quito el tiempo al reposo.
- Duque.* Y al placer de estar con vos.  
 El cielo os reserve.
- Emper.* A Dios.
- Duque.* En serviros soy dichoso.
- Emper.* Tan cortesano pagais.
- Duque.* ¡Hernando! (*Llamando.*)
- Emper.* Nada, el secreto:  
 solo el silencio es discreto.
- Duque.* Pasad. (*A Alarcon.*)
- Alarcon.* No; vos.
- Duque.* Me obligais.

## ESCENA V.

EL DUQUE, sólo. *Después* HERNANDO.

*Duque.* Antes que el César entrara  
la oscuridad advertí;  
luego es verdad ¡ay de mí!  
que otro fue quien la apagara.  
Que está oculto es cosa clara;  
tomaré satisfacción  
aquí mismo: no es razón,  
que en el suelo de un honrado,  
si es la sangre de un malvado,  
podrá dejar un borron.  
Sacarlo intento de aquí  
y solo á solo matarle:  
¿qué haré si llevo á encontrarle  
rival indigno de mí?

*(Llama.)* ¡Wirmant...! No, no ofendo así  
*(Sale Wirmant.)*

de mi honor las lealtades. *(Aparte.)*

*Wirmant.* *(Le habla en secreto.)*

Junto á la escala puntuales  
pronto estarán. *(Se va.)*

*Duque.* Con mi acero

lidiará, si es caballero;  
si es ladron, con sus puñales.  
Voy á buscarle. ¡Ella viene...!  
¡que tal ocasion me impida!

*(Salen la duquesa é Isabel.)*

*Duquesa.* Aunque el ver yo su salida *(A Isabel ap.)*

asegurada me tiene,  
averiguar me conviene  
qué ha sido el rumor que oí.

*Isabel.* *(Aparte á la duquesa.)*  
Señora, el duque está aquí.

*Duquesa.* ¿Con qué ocasion...

*Duque.* Leonora,

¿aun desvelada? Ya es hora  
de descansar: ¿cómo así?

*Duquesa.* Rumores pensé escuchar.

*Duque.* Sueños los direis mejor.

Duquesa. Y aun voces.

Duque. Vano temor:

podeis sosegada estar:

¿Quién osado ha de turbar  
la casa de un hombre honrado?

Si os merece lo soldado

os haré la centinela,

que es peligrosa la vela

en vuestro débil estado.

Duquesa. Si me acompaña, consigo (*Aparte.*)

dejarle franca salida

si aun no salió. Por su vida... (*A Isabel.*)

Isabel. A todo por vos me obligo. (*Aparte.*)

Duque. ¿No venís...? Qué mal mitigo (*Aparte.*)  
mi cólera.

Duquesa. ¿Vos tambien...?

Duque. El serviros me está bien.

Encerrarla es mi esperanza, (*Aparte.*)

y asegurar mi venganza:

amor, sus pasos detén.

## ESCENA VI.

ISABEL. GARCILASO. *Despues* EL DUQUE.

Isabel. Un embozado... él será:

(*Aparte, dirigiéndose al gabinete donde está Garcilaso.*)

segun eso no partió.

Chist... caballero... soy yo.

Partid pronto.

Garcil. ¿Dónde está! (*Saliendo.*)

Isabel. Partid.

Garcil. ¡Y sin verla ya!

¡sin un á Dios!

Isabel. Es forzoso:

allí está el duque, su esposo.

(*Señalando adentro.*)

Garcil. ¡Sin un á Dios! ¡el postrero...!

Isabel. Bajad.

(*Garcilaso empieza á bajar por la escala.*)

Garcil. Decidla que muero

de ajenas dichas zeloso.

Duque. Es tarde... él huye... ¡infelice!

(Al salir, viendo que Garcilaso se escapa.)

Isabel. ¡Piedad!

(Le detiene arrodillándose á sus plantas.)

Duque. ¡Infame!

Isabel. ¡Señor!

Duque. ¡Dar tamaño deshonor  
por tanto honor como te hice...!

Suelta: mi voz te maldice.

(Se desembaraza de ella, y se asoma á la celosía.)

Luchando con cinco está:  
solo á un lado... aquel será.

Bien lo acosan sus espadas...  
en tierra cayó á estocadas...

(Se oye un quejido.)

¡Un ay...! vengado estoy ya.



---

## ACTO CUARTO.

---

*Habitacion sencilla ; varios poetas sentados al rededor de una mesa donde hay botellas y copas. Figura la posada de Garcilaso ; sus armas estan por las sillas , y su laud en otra mesa donde hay papeles y libros. Puertas laterales , ventanas al fondo.*

### ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. CASTILLEJO. DON FERNANDO y OTROS.

*Mendoza.* No brilla en el tosco inglés  
la elegante poesía.

*Castill.* No lo entiendo.

*Fern.* Pero ya es  
bien armoniosa en francés  
y de mucha valentía.

*Castill.* Dicho es del emperador  
(y es bien cierto) que ó es sola,  
ó es al menos la mejor  
para hablar con el Señor,  
la rica lengua española.  
Lo que prueba su belleza,  
su pura y franca espresion,  
su natural entereza,  
y su escogida nobleza  
para tan alta cancion.

*Fern.* En fin, lo bello es cantar.

*Mendoza.* Y poco importa en qué idioma:  
yo tengo oido encomiar  
como cosa singular  
el alcorán de Mahoma.

*Fern.* Dejad lenguas orientales  
y aquel moruno alcorán,

y cantores provenzales;  
 que lenguas hay celestiales  
 aunque con Dios no hablarán.  
 De rima facil, graciosa;  
 de dulcísima armonía;  
 de noble gala ostentosa,  
 de suave dición hermosa,  
 de elegante poesía,  
 Italia, Italia la amena  
 es la primera.

*Mendoza.* Tal vez:

brindo á Italia.

*Todos.* En hora buena.

(*Brindan.*)

*Castill.* Por vida de Juan de Mena...

*Mendoza.* Famoso brindis, pardiez.

*Fern.* Bien merece una botella.

*Castill.* Al menos mas español.

*Mendoza.* Por no errarlo á la mas bella.

*Castill.* Poca luz vierte una estrella  
 junto al incendio de un sol.  
 No basta un Petrarca, un Dante,  
 aunque ingenios inmortales,  
 para oponerse delante:  
 se necesita un Atlante  
 para mundos colosales.  
 Y es mundo la poesía,  
 que á su sosten, solo creo  
 que España talentos cria:  
 su lengua apenas nacia,  
 y ya asombraba en Bercéo.

*Mendoza.* Pues á España.

*Fern.* De laurel

ciñamos su sien bendita.

*Castill.* Un infante don Manuel  
 bien podrá ornarse con él,

ó un arcipreste de Hita.

Juan de Encina, Juan de Mena

la hicieron ya soberana;

y nos la han dado por buena

un Henrique de Villena,

y un marqués de Santillana.

- Todos.* Bravos nombres.
- Mendoza.* Cada uno merece un lauro.
- Fern.* Y un vaso.
- Castill.* ¿A qué la historia importuno?  
 ¿Hay en Italia ninguno como el noble Calcilaso?  
 ¿Hay tan poética lira?  
 En su mas lánguido idilio,  
 es un Dante si delira,  
 un Tibulo si suspira,  
 y en lo sublime un Virgilio.  
 Como él sí, serán bastantes  
 para sostener sus nombres  
 un mundo, y bien arrogantes,  
 decir, "venimos gigantes  
 puesto que no bastau hombres."
- Galcerán.* Entusiasmo le teneis.
- Castill.* ¿Quién no le tiene?
- Todos.* Seguro.
- Castill.* Que es merecido sabeis.
- Mendoza.* Pero hay otros, y ya veis  
 que se mancha el labio impuro  
 en querellos denigrar.
- Castill.* Los talentos, poco sienten  
 que se los quiera eclipsar;  
 pues para decir que mienten  
 el cielo les dió el cantar.  
 (Da un reló las seis.)  
 En san Petronio las seis.
- Mendoza.* Falta nos hizo.
- Castill.* En su honor,  
 como dispuesto lo habeis,  
 esta noche, si quereis,  
 hablaré al emperador.
- Fern.* Firmamos de buena gana.
- Castill.* Por padre se ha de aclamar  
 de la lengua castellana.
- Mendoza.* Las tropas parten mañana.
- Castill.* Antes se ha de coronar.
- Todos.* ¡Coronacion...! obrad vos.
- Castill.* ¿Suscribis?



- Galcerán.* Con nuestros nombres. (*Firman.*)  
*Mendoza.* Con la del César son dos.  
*Castill.* Esa hizo un rey de los hombres.  
*Mendoza.* ¿Y qué ha de hacer esta?  
*Castill.* Un Dios.  
 (*Se oye ruido de caballos.*)  
*Fern.* ¿Si vendrá ya el de la Vega?  
 que han parado unos corceles.  
*Mendoza.* El César mismo es quien llega,  
 y ya está aquí.  
*Fern.* No se niega  
 á ver sus vasallos fieles  
 nuestro grande emperador.

## ESCENA II.

DICHOS. EL EMPERADOR. ALARCON.

- Castill.* Salgamos á su recibo.  
*Emper.* Caballeros... (*Saludando.*)  
*Castill.* ¡Tanto honor...!  
*Emper.* Es el anuncio mejor  
 que Garcilaso está vivo,  
 vuestra franca libertad  
 y alegría.  
*Alarcon.* Descansad. (*Se sienta el César.*)  
*Castill.* Pues no le hemos visto en hoy,  
 ni aun casi ayer,  
*Emper.* Por quien soy  
 que es rara casualidad.  
 ¿Y aquí no durmió?  
*Castill.* Tampoco.  
*Alarcon.* Dolencias no podrán ser;  
 ó al menos le aquejan poco.  
*Emper.* Su ausencia me vuelve loco.  
*Alarcon.* Mas no hay razon de temer.  
*Emper.* Al duque dejé encargado  
 se informara de su estado;  
 mas tanta aficion le tengo  
 que á verle yo mismo vengo,  
 por dar paz á mi cuidado.  
*Castill.* Grande honra.

- Galcerán. Tal distincion  
le ha de pesar no gozalla.
- Emper. Darás orden, Alarcon,  
le avisen sin dilacion  
en cualquier punto en que se halla.  
Ya que á tan fina amistad  
nos rehusa su presencia,  
sabrâ hacer mi magestad  
que sino por voluntad  
nos vea por obediencia.  
¿Mas cómo asi, caballeros,  
tanto festejo y brindar?  
Si amigos sois verdaderos,  
el gozo que ha de caberos,  
su ausencia os ha de quitar.
- Castill. (*Aparte á los otros poetas.*)  
Él vive en nuestra memoria,  
y aun por él es la funcion.
- Mendoza. (*Aparte á Alarcon.*)  
A fé que es bella ocasion.
- Castill. Si en su aumento y en su gloria  
interesais, Alarcon,  
por vuestra mano entregad  
esta súplica.
- Alarcon. Contento.  
Para vuestra magestad. (*Se la da.*)  
Si es justicia, os acordad  
que os pongo mi valimiento.
- Emper. Por tan buenos caballeros  
y con tan gran valedor...  
antes debo complaceros:  
yo lo otorgo: ahora el leeros  
es por saber el favor.
- Castill. Falta en extremo nos hace.
- Emper. Es buen modo de afrentarle,  
vuestra peticion me place;  
cuando él nos olvida honrarle,  
un noble asi satisface.  
Si ahora estuviera aqui,  
en su posada sería  
la coronacion.
- Mendoza. Sí, sí:

bien puede ser ; vedle allí.

*Garcil.* (Sale.) Confuso estoy.

*Emper.* Mi alegría

te perdona el sentimiento  
que tuvo el alma angustiada.

*Garcil.* ¡ Señor, tal merecimiento !

¡ Honrando así mi posada... !

Amigos, tanto contento...

*Emper.* Y vos pagais su amistad

esquivando sus deseos.

Y aun ayer mismo, en verdad,

pudo mas la ociosidad

que la prez de mis torneos.

¡ Correr bohordos y cañas,

y escaramuzas estrañas,

y su mejor justador

dando de mano al valor

sin curarse ya de hazañas !

Tu confusion me alborozá.

*Garcil.* Un empeño lo estorbó.

*Alarcon.* En lo que el color reboza

bien muestra la sangre moza

que su esfuerzo lo sintió.

*Emper.* Hay de vos una querella.

*Garcil.* Ignoro á fé la ocasion.

*Emper.* ¿ Tratais de satisfacella ?

*Garcil.* Sí.

*Emper.* Pues os doy permission,

bien podeis valeros de ella.

*Castill.* Aplauso honroso recibas.

*Emper.* Bajad, y en esos vergeles

algunas ramas de olivas

tomad y algunos laureles.

*Todos.* Los siglos del fénix vivas.

(Se retiran los poetas.)

*Garcil.* Me direis...

*Emper.* De buena gana ;

por padre os van á elegir

de la lengua castellana.

*Garcil.* No puedo yo consentir,

que tal honra se profana.

*Emper.* De mediodia á occidente

un nombre en vos se respeta,  
 un poder inteligente,  
 y un inspirado poeta,  
 y-á fé que un mundo no miente.

*Garcil.* A demasia me cabe...

*Alarcon.* Lo mereceis por modesto,  
 que sí se humilla el que sabe,  
 justo es que el mundo le alabe  
 para encumbrarlo á su puerto.

(*Salen los poetas.*)

*Castill.* Aquí la corona está  
 de laureles y de oliva.

*Alarcon.* Mi mano la adoruará.

(*Pone algunos ramos en la corona.*)

*Emper.* Y de la mia será  
 de quien su sien la reciba. (*Se levanta.*)

¿Qué trono será bastante...?

*Alarcon.* El que hicisteis vos, señor;  
 que sí sostuvo un Atlante,  
 le sobra gloria bastante  
 para honrar á un trovador.

*Garcil.* (*Aparte á Castillejo.*)  
 Vuestra sien la merecia.

*Los poet.* Señor, dadnos esa gloria.

*Alarcon.* Tal hecho escriba la historia.

*Castill.* No arroja sombra en la mia  
 el laurel de tu victoria.

*Emper.* Solo cuando se engrandecen  
 el genio y el genio lidia;  
 que aquellos que se envilecen  
 á ser genio nunca crecen  
 porque les seca su envidia.

*Garcil.* ;Hoy renace el pensamiento  
 tantos aplausos por mí!

*Alarcon.* Es justo merecimiento.

*Emper.* Ni es todo el triunfo por tí,  
 que en tí se premia el talento.

(*Garcilaso se arrodilla, el emperador le corona.*)

*Todos.* Viva Garcilaso... viva.

(*Suena una marcha guerrera.*)

*Emper.* Marcial música, festiva  
 celebra la aclamacion.

- Garcil.* Parad, parad, ambicion. (*Aparte.*)  
*(Asomándose á las celosias.)*
- Alarcon.* Admirable perspectiva.
- Garcil.* ¡Y por vos ser coronado...!
- Emper.* Quien ya ciñó tal diadema  
 la fortuna ha esclarecido,  
 la rueda al tiempo ha parado,  
 y sus injurias no tema.
- Garcil.* Abrazadme, amigos.
- Todos.* Sí.
- Alarcon.* Las tropas del duque son.
- Garcil.* No lo malogreis por mí:  
 salid, señor, al balcon. (*Se asoman.*)
- Emper.* Irán á avanzarse.
- Alarcon.* Allí  
 los leones no vencidos...  
 encarnadas banderolas...
- Emper.* Fascinan vista y sentidos;  
 los tercios son bien lucidos  
 de las tropas españolas.
- Garcil.* Los vasos y los hachones  
 causan hechizo y primor;  
 pues se ven sus infanzones,  
 dan á las sombras color,  
 y aparato á sus pendones.
- Emper.* ¿Y aquellas que marchan tardas?
- Alarcon.* Son compañías gallardas  
 de tudescos tiradores;  
 y van seis de las mejores  
 de flamencas alabardas;  
 italianos mosqueteros  
 cierran ya con dos piquetes.
- Garcil.* Van tres de partesaneros.
- Alarcon.* El resto son caballeros,  
 y castellanos ginetes.
- Garcil.* La música y los fulgores  
 de las hachas...
- Emper.* Bravos van.
- Alarcon.* ¡Tantas plumas y colores...!  
 Hechizos al alma dan  
 tan fuertes conquistadores.
- Emper.* Solo con esos caballos

- el mundo cuento por mío.
- Alarcon.* Vos tenéis buenos vasallos,  
porque vos sabéis honrarlos.
- Emper.* Siempre al talento y al brio.  
Que bravos me ganan tierra  
con su poder á lanzadas  
y con su sangre en la guerra;  
pero la razón se aterra  
al brillar de las espadas:  
y entonces solo el saber  
desarrolla su creencia,  
y míos los hace ser:  
esclavos me da el poder,  
pero vasallos la ciencia.
- Emper.* Señores, hablar de Estado  
recuerda á un rey mil deberes:  
el tiempo, es gage prestado.  
A Dios.
- Alarcon.* Tal me habeis honrado...
- Emper.* Yo gocé en vuestros placeres.  
A Dios.
- Alarcon.* Gran parte me llevo  
en vuestra gloria.
- Garcil.* Bien sé  
cuánto os merezco.
- Todos.* De nuevo  
mi amistad...
- Garcil.* Sí: mucho os debo.
- (*A Cast.*) A Dios: pagado quedé. (*Abrazándose.*)

## ESCENA III.

GARCILASO. HERNANDO.

- Garcil.* ¡Hernando! (*Llamando.*)
- Hernan.* Señor, ¿llamais?
- Garcil.* Ese birrete sin plumas,  
la espada de gavilanes.
- Hernan.* ¿Volveis de ronda?
- Garcil.* Sin duda.
- Hernan.* ¿Olvidásteis...?
- Garcil.* Que te debo  
la vida: olvidarlo, ¡nunca!

- Hernan.* Aun así evitar no pude...  
que del tudesco la furia  
os hiriese.
- Garcil.* ¡Y cómo fue  
la ocasion de vuestra lucha?
- Hernan.* El duque puso á su cargo  
rondar las ventanas suyas,  
prendiendo un escalador  
cuando intentara su fuga.  
Yo sabia érades vos...  
y decidí vuestra ayuda.  
Wirmant me eligió con otros  
para daros muerte injusta;  
sonsaqué á mis camaradas,  
les ofrecí largas sumas,  
y fiando en vuestro nombre  
por si el peligro se escusaba  
vuestro valor y largueza  
les recordé. Su ternura  
me convenció que eran nobles;  
que su acero no deslustran  
hijos del suelo español  
en que la traicion nose usa.  
Me prometieron salvaros;  
solo de Wirmant la furia  
al bajar vos, os hirió  
con villana mano astuta,  
sin que evitarlo pudiese  
nuestra diligencia suya;  
y mientras desvanecido  
quedásteis, pagó en la lucha  
con dos heridas su infamia,  
y aun debió á la noche oscura  
librar con vida.
- Garcil.* ¡Ah! vuelo  
á sosegar las angustias  
de su corazon.
- Hernan.* ¡Señor!
- Garcil.* Si Magdalena pregunta...
- Hernan.* Aquí viene.
- Garcil.* ¡Pobre niña!  
¡Cuál me affige su ternura!

## ESCENA IV.

GARCILASO. MAGDALENA.

- Magdal.* Él es, él es: el deseo  
no me ilusiona.
- Garcil.* Yo soy.
- Magdal.* Con gusto mis penas doy  
por el placer con que os veo;  
¡Si tanto temer causais  
á los que os quieren tan bien...!
- Garcil.* ¡Tan pálida vuestra sien!  
¡Magdalena, mala estais!
- Magdal.* Hace un momento sin vida,  
pues la esperanza perdí;  
pero ahora no siento en mí  
sino el alma condolida.
- Garcil.* Ya es antigua su dolencia.
- Magdal.* No me causa el padecer...  
hay males que dan placer,  
como nos sobre paciencia.  
La pasión que vive aquí  
os la ha ocultado mi trato;  
aun la encubre mi recato;  
pero otros hablan por mí  
Del corazón los latidos,  
los trémulos labios rojos,  
los tímidos muertos ojos  
de eterna esperanza hinchidos.  
Debieran callar secretos  
en el alma sepultados;  
sentidos enamorados,  
no son amigos discretos.  
Y este amor... ¡ah! perdonadme  
recuerde necios empeños:  
palabras hay, que hasta en sueños  
los labios quieren quemarme.
- Garcil.* Un protector, un amigo  
sincero... tierno...
- Magdal.* Es verdad.  
Vuestra generosidad,  
ya que no amor, la bendigo.  
Huérfana soy, desvalida;



ni un amigo, ni un sosten,  
ni una esperanza de bien  
que diera aliento á mi vida;  
fuísteis vos mi valimiento,  
y solo en el mundo vos:  
¿á quién acogerme?

*Garcil.*

A Dios.

*Magdal.*

Es verdad, solo á un convento.  
Mas no, que alma que delira,  
viendo un Dios y amando á un hombre,  
ofende mas bien su nombre,  
y su oracion es mentira.  
Buscar esposo, á gran precio  
fuera buscar protegerse;  
que no amando, era venderse  
por el sustento al desprecio.  
Necesidad fue seguiros:  
si carga tan grande os pesa,  
no ha de faltarme una huesa  
ni una voz á bendeciros.

*Garcil.*

Nunca dejereis mi lado:  
si hablan ociosos de vos,  
nuestras almas juzga Dios.  
Noble sois, y soy soldado.  
Acaba ¡oh Dios! sus congojas: *(Aparte.)*  
¡sufrir y vivir...!

*Magdal.*

¡Paciencia!  
Del arbol de la existencia,  
son las lágrimas las hojas.

*Garcil.*

¡Hola, Hernando! *(Llamando.)*

*Hernan.*

Pronto estoy.

*Garcil.*

Vamos. Luego, Magdalena,  
he de volver. *(Vanse.)*

*Magdal.*

A mi pena  
libertad y al llanto doy.

## ESCENA V.

MAGDALENA. LA DUQUESA. ISABEL. *Despues* EL DUQUE.

*Magdal.* *(Leyendo en un libro.)*

"Es vida perdida  
vivir sin amar."

(*Recitando.*)  
 Renueva mi herida  
 tan dulce cantar.

(*Vuelve á leer.*)  
 "Y mas es que vida  
 saberla emplear."

(*Soltando el libro.*)  
 Y mas es que muerte  
 nacer á llorar.

Todo se une contra mí.

El docto Juan de la Encina  
 ¡qué bien mi pecho adivina!

(*Salen la duquesa é Isabel, tapadas.*)

Hola; dos damas aqui.

Duquesa. (*Aparte á Isabel.*)

Usa bien del fingimiento,

Isabel, que no nos vea.

Isabel. ¿Nos conocerá?

Magdal. (*Aparte.*) ¡Qué idea...!

¡Mas tener atrevimiento...!

Isabel. ¿No vive aqui Garcilaso?

Magdal. Señoras, sí.

Isabel. Le direis...

Magdal. Antes sentarós podreis.

Isabel. Escusad, vamos de paso.

Magdal. Siento que en casa no esté

por no poder complaceros.

Si gustarais deteneros...

Isabel. No es posible, para qué.

Duquesa. (*Aparte.*)

Ved si somos desdichadas.

Isabel. Bien os previne el billete.

Duquesa. ¡Mi honor!

Isabel. No se compromete;

no es carta de amor.

Magdal. Turbadas

están.

Isabel. ¿Lo cierro?

Duquesa. Sí, bien.

(*Isabel se acerca á la luz y lo cierra.*)

Duque. (*Desde dentro.*)

Quiero dejarle un recado.

- Duquesa. ¡Qué voz! ¡al alma ha llegado!
- Isabel. ¡Señora!
- (Entra el duque.)
- Duquesa. ¡Cielos, él!
- Magdal. ¡Quién!
- Duque. (Entrando y dirigiéndose á Magdalena.)  
Decid, Tello, al de la Vega...  
(A las damas.)  
Perdonad.
- Magdal. Lo estais, señor.
- Duque. Me manda el César... (Aparte.) ¡Honor!  
¡Si acaso el alma se ciega?
- Duquesa. Vamos... Ah, Tello, fingid.  
(A Magdalena en voz baja.)
- Duque. (Aparte.)  
No me engaño.
- Magdal. (Al duque.) Escusareis  
que un momento...
- Duque. Bien podeis.
- Magdal. Doña Constanza, venid.  
(Vase con las damas; á Isabel se la cae el billete.)
- Duque. ¡Un papel! ¡Su confusion!  
Y aun está reciente el sello.  
Facil lo abrí sin rompello.  
Le cita... ¿Con qué ocasion...  
(Lee.) "Y de Celio en la posada..."  
Un traidor que despedí.  
La hora despues pone aqui:  
y no lo firma... ¡menguada...!  
La cerraré... pues si advierte...  
que su intencion fue sabida,  
puede salvarle la vida,  
y asi... la cuesta la muerte.  
(La pone donde estaba)  
Finjamos. (Viendo llegar á Magdalena.)
- Magdal. (Sale.) No la encontré  
en toda la calle. Allí... (Viendo el papel.)  
¡Albricias! Aun está aqui...  
(Reparando en el duque.)  
De bronce será mi pie.  
(Observando que no la repara el duque, coge la esquila.)  
¡Cielos, no se me perdió!

Soy feliz, está cerrada;  
no ha advertido nada, nada.  
Bueno.

(Hace algun ruido. El duque se vuelve.)

Duque. ¡Tello...!

Magdal. Señor, ¿qué...

¿Si estais de esperar cansado...?

Duque. Holgué la vista y sentidos  
con objetos tan lucidos.

Magdal. ¿Algo me dejais mandado?

Duque. Al de Laso una memoria,  
que al César le ha merecido;  
mas un deber me ha impedido  
noticiarle antes tal gloria.

Magdal. ¿Gustais de esperarle?

Duque. (Marchándose.) No.

Magdal. Le diré vuestra venida.

Duque. (A Magdalena.)  
El cielo guarde su vida.

(Aparte.) Para que la corte yo.

(Se va el duque.)

Magdal. (Mirando el billete.)

¡De mi rival...! La abriré:

iré á su cita de amor;

sabrás que me ama el traidor;

¡el traidor...! ah... ¡mentiré!

Entregársela... es matarme.

¿No es suya mi vida, cielos?

Venganza piden mis zelos.

¡Amor, venid á inspirarme!



## ACTO QUINTO.

Salon suntuoso: galeria al fondo, y dos puertas laterales. Mesa á la derecha y un sillón con las armas pontificias.

### ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR y ALARCON *entran por la puerta del fondo, quitándose las mascarillas.*

Emper. Suntuoso baile.

Alarcon. Estremado.

Emper. Basta de fiestas y holganza: sin eso, el tiempo no alcanza á los negocios de Estado.

Alarcon. ¿Y pasais la noche en vela?

Emper. Asi lo exige el deber. Un buen monarca, ha de ser de sus pueblos centinela.

*(Se sienta á despachar.)*

Si tu sueño embarazoso...

Alarcon. Ya se me fue de vergüenza de ver que un César lo venza, y Alarcon ame el reposo.

Emper. ¿Otra vez tal pretension?

*(Reconociendo varios papeles.)*

¿Adónde su orgullo llega?

¿Está loco el de la Vega,

ó es la loca su ambicion?

Jamas daré otorgamiento para este enlace á su primo; que á la de la Cueva estimo en mas alto valimiento.

Y haré un ejemplar castigo

Con su destierro. (*Firma.*)

*Alarcon.*

¿Qué haceis?

Esta vez, perdonareis...

*Emper.*

Con la firma, ya me obligo.

*Alarcon.*

En mal paró su querrela. (*Aparte.*)

¿No advertís...?

*Emper.*

¡Tanta altiveza!

¡Ponderar tanta nobleza!

¿Y por quién brilla con ella?

¡Santiago! así me irritó...

Que aprenda otro hidalgo necio  
que puedo con un desprecio  
hundir su soberbia yo.

¿Y la embajada secreta?

*Alarcon.*

Yo mismo se la entregué.

Vuestra firma le enseñé,

y el de Laso las respeta.

*Emper.*

Pues ya se tarda en volver.

¿A qué hora fuiste?

*Alarcon.*

A las nueve.

*Emper.*

(*Sigue leyendo.*)

El papa otra vez se atreve

á quererme convencer

que despache estos informes,

y recurra de Leon

á la santa excomunion,

y á la gran Dieta de Vormes.

*Alarcon.*

¡Comprometerse á una lucha  
de fanatismo...!

*Emper.*

Es verdad:

no ofende á su Santidad

quien á su razon escucha.

Mas esta paz, en rigor,

la llama ya algun villano

obra de un rey cortesano,

y no de un batallador.

*Alarcon.*

Mas para este vencimiento

la lenitud es mejor,

que antes que al cuerpo, señor,

se obliga al entendimiento.

Religion muy combatida

jamas vereis que sucumba;



abris á un martir la tumba,  
y ciento allí cobran vida.

*Emper.* Pero no será cruel  
quien castiga justiciero;  
delito fue el de Lutero.

*Alarcon.* Y bien, que lo pague él.

*Emper.* Diez mil secuaces le aclaman,  
y sus hierros le defienden.

*Alarcon.* Defienden lo que no entienden;  
por eso mismo te infaman.

*Emper.* ¿Tal mengua habré de sufrir  
sin que mi espada se vibre?

*Alarcon.* La voluntad nace libre,  
y libre debe morir;  
no alcance el poder al gusto.

*Emper.* Mas no tendrán voluntad  
si mueren.

*Alarcon.* La crueldad  
nunca hace bueno lo injusto.

*Emper.* Cien banderas, en verdad,  
y cincuenta mil guerreros  
bastarán.

*Alarcon.* Cien misioneros  
que prediquen caridad.

*Emper.* Basta, que no se suspenda  
el concilio que he dispuesto  
para Aousbourg.

*Alarcon.* Será funesto,  
aun cuando á Clemente ofenda.

*Emper.* Ya firmé: Carlos primero.

(*Escribiendo: llama y sale un page, á quien entrega  
los despachos.*)

Y que partan ganando horas  
nuestras postas corredoras.

*Alarcon.* Ya triunfásteis de Lutero.

*Emper.* A los perros de Mahoma,  
menos odio que á un herege.

*Alarcon.* Y aun asi se nos motege  
como al asalto de Roma.

*Emper.* Si al papa entonces prendí,  
á las armas debo el lance;  
y aun la gloria de aquel trance

por sus ducados la dí.  
Pródigo soy en verdad :  
tú fuiste su guardador.

*Alarcon.* Aun me huelgo en tanto honor.

*Emper.* Gran preso ; su Santidad.

*Alarcon.* Nadie mas grande que vos  
entonces le considero ,  
cuando el renombre primero  
se disputaba entre dos ,  
entre el noble héroe francés  
y el emperador de España :  
dos mundos eran campaña  
para juzgarlos despues.

*Emper.* ¿Y entonces qué dijo el mundo?  
Lisonjas , yo no las quiero.

*Alarcon.* Que el que venció , fue primero ;  
y el rey vencido el segundo.

*Emper.* ¡Ah ! ¡venturoso ese dia !  
nunca al olvido le dí :  
á estas horas recibí  
la gran nueva de Pavía.

¿Quién es ? (Oyendo ruido.)

*Un page.* ¡El duque!

*Emper.* ¿Qué intenta ?

*Page.* Me hace advertiros , señor ,  
que es para asuntos de honor.

*Emper.* Es forzoso que consienta (A *Alarcon.*)  
su venida. Tú examina  
esos despachos. El sello.

*Alarcon.* Ved...

*Emper.* Que no has de abusar de ello ,  
pues fuera sellar tu ruina.

## ESCENA II

EL EMPERADOR. EL DUQUE.

*Emp.* ¡El duque!

*Duque.* El mismo. (Se arrodilla.)

*Emp.* ¿Qué haceis ? alzaos.

Sangre en la espada... ¿qué es ello ? hablad.

*Duque.* Si á vos me acojo , no es por valerme



de vuestro trono la inmunidad.

Un hombre he muerto.

*Emp.* ¿Qué causa?

*Duque.* Inmensa.

En mengua puso mi ilustre honor.

*Emp.* ¿Fueron sospechas?

*Duque.* Fueron verdades.

*Emp.* ¿Quién os las dijo?

*Duque.* Las vide yo.

*Emp.* ¿El campo?

*Duque.* En casa de un escudero.

*Emp.* ¿Padrinos?

*Duque.* Nadie.

*Emp.* ¿Testigos?

*Duque.* Dios.

*Emp.* ¿Y el reto á buenos?

*Duque.* De solo á solo.

*Emp.* ¿Armas?

*Duque.* Espadas entre los dos.

*Emp.* ¿Qué falta entonces?

*Duque.* Que mi venganza  
antes que de otro, sepais de mí;  
que acaso influyan torpes hablillas...

*Emp.* Jamas el César sentencia así.

¿Con quién fue el lance?

*Duque.* Señor, de nuevo  
piadoso os pido me oigais en paz.

*Emp.* ¿Quién fue el contrario?

*Duque.* Grande y valido.

*Emp.* ¿Noble?

*Duque.* El mas noble de calidad:  
muy vuestro amigo.

*Emp.* Decidlo pronto.

*Duque.* Tened presente...

*Emp.* Decid.

*Duque.* Señor...

tened presente que el duelo es justo;  
y en desagravio fue de mi honor.  
Fue Garcilaso.

*Emp.* ¿Qué escucho!

*Duque.* El mismo.

*Emp.* ¡Su sangre...!

*Duque.* Es esta: la vi correr.  
Era ya afrenta de un pecho hidalgo.

*Emp.* ¡Soldado invicto!

*Duque.* Podedis leer.  
(*Le da una esquila.*)

*Emp.* No prueba, oh duque, ningun delito.

*Duque.* Ella le cita, y él asistió.

*Emp.* ¡Su intento...?

*Duque.* Intentos, nunca adivino:  
liviana escribe, y él torpe obró.

*Emp.* No son bastantes...

*Duque.* Hay otras pruebas.

*Emp.* ¡Ah! ¡Garcilaso, noble adalid! (*Aparte.*)  
Quiero saberlas.

*Duque.* ¡Señor...!

*Emp.* Lo mando.

*Duque.* Hubo una escala...

*Emp.* Basta. ¡Infeliz! (*Aparte.*)

*Duque.* Si no merezco por verme honrado...

*Emp.* ¡Leyes injustas de honor cruel!

¿Qué mas?

*Duque.* ¡Oh César! aun agraviado  
mi nombre vive; volved por él.

(*Le da un pliego.*)

*Emp.* ¡Cómo! ¡un divorcio!

*Duque.* Será preciso.

*Emp.* ¡No basta...

*Duque.* Nada puede bastar.

*Emp.* ¿Vais advertido que en su deshonor  
parte á vos mismo debe tocar?

¿qué dirá el mundo?

*Duque.* Que en mas estima  
tengo mi nombre que su opinion.

*Emp.* Mirad...

*Duque.* Es vana vuestra porfia.

*Emp.* ¡Hola...! ese pliego dad á Alarcon.

(*A un page que sale.*)

*Duque.* Ninguna afrenta, pardiez, nos queda;  
si la hay, con sangre lavada está.

*Emp.* ¿Mas dónde, es justo?

*Duque.* Clausuras tiene.

*Emp.* ¡Si cuenta el vulgo...

Duque. Bien, mentiré.  
 Emp. ¿Mas vuestra esposa...  
 Duque. Cuidad, no es mia.  
 Emp. ¿Si no consiente...  
 Duque. Lo hará, lo sé.  
 Y á vos os dicen rey justiciero,  
 y entonces...  
 Emp. Siempre justicia haré.  
 Rumor extraño... ¿á mí...? si es cierto...  
 Aquí á esta sala podeis pasar. (Al duque.)

Duque. Pensadlo.

Emp. Basta, que estais molesto.  
 (Se entra el duque.)

Sale un escudero.

¿César! (Le da un pliego.)  
 Emp. ¿Qué miro...? No hay que dudar!  
 Que mi mensage queda cumplido:  
 el de la Vega me escribe aquí.  
 ¿Cuándo has llegado? (Al escudero.)

Escud. Hace un momento.

Emp. ¿Y Garcilaso quedaba allí,  
 ó antes acaso partió?

Escud. Lo ignoro.  
 (El emperador le hace seña de que se retire.)

Emp. Ordenes mias trae: en su honor  
 fuera imposible llegar sin verme.  
 ¿Mas cómo el duque...? ¿confuso estoy!

### ESCENA III.

EL EMPERADOR, LA DUQUESA, al entrar, se descubre y  
 se arroja á sus plantas.

Emp. ¡Vos...! ¡nuevo empeño! (Aparte.)

Duq. Emperador, venganza.

Emp. Venganza es crueldad: soy justiciero,  
 mas no cruel. (La hace levantar.)

Duq. Nacisteis caballero,  
 y á una muger se infama.

Emp. Sostenedor tendrá su nombre y fama.

Duq. Lérida es mi blason, mi sangre Osorio;  
 que con honra nací, que viví honrada

bastan por pruebas para hacer notorio.

(*Se oye como un ruido en el gabinete en que entró el duque.*)

¡Ah!

*Emp.* Proseguid, no es nada.

*Duq.* Hay quien de mí dudó, y aun se ha vengado.

*Emp.* ¿Fue la ocasion?

*Duq.* Que un dia

(yo os juro por mi honor no lo sabia)

cierto galan soldado

escaló hasta mis rejas;

pues como entre sus hierros se estrellaban

las que hasta mí volaban

de su pasion inconsolables quejas,

creyóse enamorado

que duras fuesen ellas,

mas no mi corazon á sus querellas.

Le desdeñé, dí muerte á su esperanza;

bajo mi reja, la luciente aurora

rastros de tangre por do quier colora.

¡A quién culpar tan bárbara venganza!

No verle entre los brazos justadores,

saber que á su posada no asistia,

confirmó mis temores.

Entonces, lo confieso,

turbó el pesar á la conciencia el sexo,

y previne un billete

en que una dama hablarle le promete.

Señor, solo queria

convencer á mis ojos que existia,

que en los suyos un punto descansaran,

y que el dolor que el corazon henchia

en llanto de placer lo derramaran.

De desesperacion ahora le vierto.

A la cita asistí: le he hallado muerto.

*Emp.* ¿A Garcilaso?

*Duq.* ¡Ah! ¡sí!

*Emp.* ¿Su rostro visteis?

*Duq.* No, sus vestidos; pues su noble frente,  
la sangre y polvo vil la oscurecia.

*Emp.* Acaso no sería.

*Duq.* ¡Oh César, cuándo la desgracia miente!

Martir, su sangre un vengador reclama:  
mirad si con justicia se derrama.

Lo oscuro del recinto para el reto,  
tanto misterio en la hora,  
parage tan recóndito y secreto,  
acaso...

Emp. Él la oye. (*Aparte.*)

Duq. De intencion traidora  
dan sospechas, y aun prueba averiguada  
de cobarde desman.

Duque. (*Saliendo.*) Mentís, señora.

#### ESCENA IV.

LA DUQUESA. EL EMPERADOR. EL DUQUE.

Emper. ¿Cómo aquí tanta osadía?

Duque. Antes que todo es mi honor.  
Ponerle en duda...

Duquesa. Señor,

¿me permitís...

Emper. Si, á fé mia.

(*Se dirigen al gabinete de la izquierda hablando en secreto.*)

Duquesa. ¿El divorcio? A mi intencion  
se adelantó su desvelo.

Emper. ¿Y consentís?

Duquesa. Vuelo, vuelo  
á firmar mi salvacion.

Emper. Miradlo bien...

Duquesa. Qué he de ver,  
señor, si en mi triste estado  
las lágrimas han contado  
mis instantes de placer.

(*Entra precipitada en la cámara de Alarcon. El emperador despues de un momento de pausa se acerca al duque.*)

Emper. ¿Quién me responde de vos?

Duque. La cruz que mi pecho esmalta.

Emper. Y cuando esa insignia os falta...

(*Se la arranca.*)

Duque. ¡Oh vergüenza...! ¡vive Dios!

Emper. Dadle gracias que vivís

- porque respeto su fama.  
 ¿ Así se ofende á una dama?  
 ¿ Así se suelta un mentís  
 delante de un caballero?  
 Si fuerais digno... Mas no,  
 que hombre que tal toleró...  
 (*Indicando á la cruz.*)
- Duque.* Solo de Carlos primero.
- Emper.* ¿ Quién es Carlos para vos?  
 ¿ Veis mas que una vida, un hombre?  
 ¿ Al honor, qué hay que le asombre?  
 Yo una afrenta... ni de Dios.
- Duque.* Sabeis que es solo respeto,  
 pues en mis méritos se halla,  
 cuatro heridas en batalla  
 y seis victorias en reto.
- Emper.* Cetros... pompa... magestad,  
 nada veis... Miradme bien.
- Duque.* Sin atributos tambien  
 reverenció la deidad.
- Emper.* (*Ap.* Conclúyase el lance aqui.  
 Es desigual competencia,  
 que él lucha con su conciencia;  
 por la dama ya volví.)  
 Basta... Retraido esperad  
 en esa cámara, en tanto  
 que el duelo se sabe.
- Duque.* ¡ Oh, cuánto  
 sufris, honor!
- Emper.* Aguardad.  
 ¿ Asi os vais?
- Duque.* Pues que os agrada...  
 Si escité vuestros enojos...
- Emper.* Me hiere, duque, en los ojos  
 el brillo de vuestra espada.
- Duque.* ¡ De sospechas me defiende  
 que concibais en mi mengua!
- Emper.* Muda es la espada en su lengua,  
 solo de un modo se entiende.  
 Dádmela... que es ruin testigo  
 que os embaraza lo apuesto.
- (*El duque se la da, y el emperador la rompe y la tira.*)

Duque. ¿Qué haceis?  
 Emper. Dejaros bien puesto:

era ya vuestro enemigo.  
 Por medio estaba una dama,  
 se arrebató mi razon;  
 César, no pide perdon:  
 mas respeta vuestra fama.

Duque. Afrentado no me voy.

Emper. Tomad. Don Fernando el Santo  
 me la legó. Valga tanto  
 que os desagравie.

Duque. Lo estoy.

(El duque se retira por la derecha; Magdalena apa-  
 rece entre los guardias, y el emperador hace seña  
 para que la dejen pasar.)

### ESCENA V.

EL EMPERADOR. MAGDALENA.

Magdal. César, señor, despertad.

Emper. ¿Qué es ello?

Magdal. Velad, señor.

Emper. (Aparte.) Si está demente en verdad.

Magdal. La muerte está en derredor  
 aun de vuestra magestad,  
 pues ya llegó á sus vasallos  
 y leales servidores.

¿Asi consentís matallos?

¿Sufrireis sin castigallos  
 en vuestras tropas traidores?

Emper. ¿Qué dices, page?

Magdal. ¡Oh, dolor!

¡Traidores vos...!

Emper. (Aparte.) Está loco.

Magdal. ¡Vos que sois el mismo honor...!

Sin duda os tienen en poco,  
 pues os afrentan, señor.

Pero no, no, mentirán.

Emper. Habla pues; ¿qué ha sido el caso?

Magdal. Me han dicho cierto desman  
 en que han muerto un capitan,

el ardido Garcilaso.

No es verdad... me han engañado.  
Lidiando de buena ley  
no hay tan pujante soldado  
que en la lid le haya ganado;  
¡y va entre todos el rey!

*Emper.*  
*Magdal.*

Rapaz...

Así no murió:

pues, á traición, no sería:  
porque ¿quien le conoció,  
si algo en el alma sintió,  
no fue amor lo que sentía?  
Sus contrarios le admiraban  
por sus corteses modales;  
los soldados le adoraban;  
le estimaban sus rivales.

¿Qué aceros pues le asestaban?

Ah, no es verdad, no es verdad.

¡No ha muerto, no, por piedad!

¡Garcilaso ha de vivir!

*Celio.*

(*Dentro.*)

Quiero hablar su magestad.

*Emper.*

Compasión da su sentir.

## ESCENA VI.

DICHOS. CELIO, que entra precipitado.

*Emper.*

¿Hombre, qué buscas?

*Celio.*

Sagrado.

*Emper.*

¿Qué delito has cometido?

*Celio.*

Yo ninguno; he presenciado  
un duelo: un hombre ha quedado  
en mi casa, y mal herido.  
Vengo á declarar...

*Emper.*

¿Quién fue  
el matador?

*Celio.*

Si propaso...  
en confesarlo...

*Emper.*

No á fé.

*Celio.*

El de Lérida.

*Emper.*

Lo sé;



¿y el otro quién?

Celio.

Garcilaso.

(Magdalena, que ha estado oyendo con ansiedad, da un grito y cae desmayada.)

Magdal. ¡Ah...!

Emper.

Sus sentidos perdió:  
mas pronto no hiere el rayo  
que un nombre su pecho hirió;  
por leal le estimo yo,  
cuidad bien de su desmayo.  
(Salen algunos pages y la retiran.)

Emper.

¿Y tú sabias...?

Celio.

Yo nada:

que un hombre debió acudir;  
que una dama recatada  
quiso verle: mi posada  
para esto debió servir.  
Lo impide un desconocido  
que antes de la hora acudió:  
me da el nombre convenido,  
le abrí... la espada sacó  
al verme desprevenido.  
Me encierra en un aposento;  
á breve rato advertí  
que otro entraba: en el momento  
ruido de espadas oí,  
y la puerta violento.  
Tambien cerrados estaban:  
con igual brio luchaban  
y con iguales aceros;  
que eran ambos caballeros  
en su ardimiento mostraban.  
El uno herido cayó  
de una estocada en la tierra,  
el vencedor se fugó.  
Al hallarme solo yo  
y acaso él muerto, me aterra.  
Los vestidos conocí;  
que eran, señor, del de Laso:  
á su posada acudí,  
porque le auxilié, y aqui  
despues encamino el paso.

- Esto es verdad.
- Emper.* ¿Con que ha sido bueno el duelo?
- Celio.* A toda ley.  
La fortuna ha decidido.
- Emper.* (*Aparte.*)  
¡Leal el duque ha cumplido!  
Yo te perdono.
- Celio.* ¡Gran rey!
- Emper.* Con la condicion forzada de que corra por tu cuenta su familia desolada, si muere, y le des la renta de lo que adende tu espada. (*Se retira Celio.*)  
Pondré al duque en libertad. (*Vase.*)

ESCENA VII.

GARCILASO. MAGDALENA.

(*Magdalena atraviesa por la galeria sostenida por un page, y Garcilaso poco despues, con botas y espuelas.*)

- Page.* Vamos, buen page, animad.
- Magdal.* Mil gracias... me siento bien...
- Page.* Vuestro dolor reposad.
- Magdal.* Solo un trastorno en la sien...  
Gracias... Alma, despertad.  
(*El page se retira.*)  
¿Es él? ¿ó es un angel (*Viendo á Garcilaso.*)  
que sueña el placer?
- Garcil.* ¡Magdalena...!
- Magdal.* ¡Él vive!
- Garcil.* ¿En palacio?
- Magdal.* ¡Él es...!  
¿No estabais herido?
- Garcil.* ¿Qué os hizo creer...?
- Magdal.* Y aun muerto decian.  
¡Mintiéronme á fé!  
¡Mis ojos, sus ojos  
no se hartan de ver!

*Garcil.* ¿Quién pudo burlarse...?  
*Magdal.* Un page.  
*Garcil.* ¿Quién fue?  
*Magdal.* Su nombre era Celio.  
*Garcil.* Ya empiezo á temer.  
*Magdal.* Llegó á mis ventanas  
 gritando el cruel:  
 "Garcilaso muere,  
 idle á socorrer."  
 Y dicho, se aleja.  
 Juzgad cuál quedé,  
 ignorando adónde  
 puede mi interes  
 llevarle socorros  
 al hombre, por quien  
 perdiendo mi vida  
 cumpliera un deber.  
 Acudo á palacio,  
 me atrevo hasta el rey,  
 que el que obra cobarde  
 jamas quiso bien.  
 Mis lágrimas piden  
 venganza á sus pies;  
 que siempre con ellas  
 venció la muger.  
 Llegó Celio entonces;  
 y supe otra vez  
 pesares, que al alma  
 privaron su ser.  
 Volví del desmayo,  
 de un sueño, diré;  
 pues dél solo queda  
 un dulce placer.

(Salen la duquesa é Isabel por el fondo de la galería.)

*Duquesa.* Dios mio... No ha muerto.  
 Mi cuerpo sosten.  
*Garcil.* ¿Y vió mi cadáver?  
*Magdal.* Lo juró, pardiez.  
*Garcil.* ¿Y el César lo sabe?  
 ¿Quién piensa que fue  
 la mano homicida?  
*Magdal.* He oido despues

- que á un duque culpaban.  
*Garcil.* ¡ El duque...! ¡ Solo él!  
 ¡ Hernando! ¡ mi vida!  
 tan mal te pagué!  
*Magdal.* ¿ Hernando?  
*Garcil.* Sin duda  
 el herido es él.  
 A asuntos de empeño  
 citáronme ayer;  
 un pliego importante  
 del César, despues  
 me impidió que asistiese;  
 ¡ mal haya el deber!  
*Duquesa.* No ha sido un ingrato: (*Aparte.*)  
 sostenme, Isabel.  
*Garcil.* Escusas previne;  
 las fié á un papel;  
 que por mí acudiera  
 á Hernando encargué.  
 La muerte ha encontrado  
 sin duda por fiel.  
*Magdal.* ¿ Mas cómo os trocaron?  
*Garcil.* Por mis trages fue;  
 por hallar entrada  
 el vestirlos él:  
*Magdal.* ¿ Y costó su sangre?  
*Garcil.* ¡ Yo la vengaré!  
*Magdal.* Aun puedo perderos,  
 perderme quereis.  
*Garcil.* ¡ Pobre Magdalena!  
*Duquesa.* ¡ Su page muger!  
 ¡ Desdichas temias  
 matase un placer!  
*Magdal.* Espuesta me he visto,  
 que un rato dudé  
 si daros la esquelá;  
 mas venció el poder.  
 Mis zelos pedian  
 venganza cruel:  
 yo por la que amábais  
 me sacrificué.  
*Duquesa.* Virtud, heroismo,

- corazon, ¿qué hareis?
- Garcil.* El César me aguarda;  
los pliegos... despues  
volveré. (*Entra en la cámara de Alarcon.*)
- Magdal.* Guardaos...  
¿Si le pierdo á quién  
acogerme? ¡Ay triste!
- (*La duquesa se acerca sin ser vista, y la abraza.*)
- Duquesa.* A mis brazos.
- Magdal.* ¡Qué!  
¿vos?
- Duquesa.* Sí, tu enemiga;  
ven, perdóname.  
(*Atraviesan varios soldados por el fondo de la galeria.*)
- Magdal.* ¿Escuchais...? respiro.
- Duquesa.* ¡Cielos! si se ven  
nobles y ofendidos,  
con rencor...
- Magdal.* Tened;  
se matarán.
- Duquesa.* Calla,  
que matarnos es.  
Sé ingenua, ¿le adoras?
- Magdal.* Con todo mi ser.
- Duquesa.* ¿Sus riesgos, desgracias,  
te harian infiel?
- Magdal.* Sombra de su cuerpo,  
seguiré sus pies. (*Se ve pasar al duque.*)  
El duque... si se hallan  
acaso lloreis  
su muerte.
- Duquesa.* O quizá...
- Magdal.* Sí, la de los tres.  
¿Si alegar pudierais...
- Duquesa.* ¿El medio? no sé.  
¿Si al duque...? no, honor, (*Aparte.*)  
que no me está bien.  
Mi esposo aun se llama:  
respeto...
- Magdal.* ¿Y qué hacer?
- Duquesa.* Terrible remedio. (*Aparte.*)  
Su gloria, su prez

robar al de Laso.

*Voz dentro.* ¡El César!

*Duquesa.* Tal vez

maldecida...

*Magdal.* Nunca.

*Duquesa.* Valor, lo seré.

Si mi nombre infama,

vuelve tú por él.

*Magdal.* Lo juro.

*Duquesa.* Yo le hablo.

*Magdal.* Oculta estaré.

*Duquesa.* ¡Por salvar su vida  
su gloria olvidé!

### ESCENA VIII.

LA DUQUESA. EL EMPERADOR. CASTILLEJO Y CABALLEROS.

*Emper.* A formar pronto saldremos.

¿Las tropas contentas van?

*Castill.* De gozo son sus extremos.

Veinte mil lanzas pondremos

en el confin aleman,

que han de desquiciar su suelo.

*Emper.* Hereges son, juro al cielo.

Darle cristianos vasallos

si premia nuestro desvelo.

*Todos.* A morir, ó á conquistallos. *(Se retiran.)*

*Emper.* Duquesa, vos ya sabreis...

la feliz nueva.

*Duquesa.* Señor...

*Emper.* Vive el de Laso, y podeis

ver de nuevo qué quereis.

*Duquesa.* Venganza para mi honor.

En el divorcio consiento;

persisto en mi casamiento;

pero sabiendo que él vive

mengua mi fama recibe

si no le dais escarmiento.

El vulgo cuenta de mí,

y del nombre de un esposo;

yo no le desmerecí,

quiero dárselo glorioso  
conforme le recibí.

*Emper.* Contra el de Laso...

*Duquesa.* Perdón; (*Aparte.*)  
es por salvarte.

*Emper.* En buen hora.

*Duquesa.* Él mancilló mi opinion.

*Emper.* ¡ Ah! su indigna peticion...

(*Cogiendo un papel.*)

No soy solo, que ella implora  
su castigo.

*Duquesa.* Hay mas, su amor

publicó en trovas livianas:

él escitó el desamor

del duque; su deshonor

él escribió en mis ventanas.

(*Aparte.*) ¡ Perdon! Vengadme. (*Al César.*)

*Emper.* Lo haré.

Tambien me tiene agraviado.

¡ Os basta? (*Dándola el pliego.*)

*Duquesa.* Y aun sobra á fé.

¡ Ah! ¡ tu gloria te robé, (*Aparte.*)

peró tu vida he salvado!

(*Se oyen los clarines y timbales.*)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. ALARCON. GARCILASO. EL DUQUE.

*Castill.* Razon, duque...

*Duque.* La tendreis.

*Alarcon.* De partir es el momento.

*Emper.* Antes me huelgo llegueis,

que á dos órdenes dareis

pronto y leal cumplimiento.

¡ Duquesa!

(*La duquesa da un pliego al duque y otro á Garcilaso.*)

*Garcil.* ¡ Ella!

*Duque.* ¡ De su mano!

*Duquesa.* Tarde el alma se arrepiente. (*Aparte.*)

*Emper.* Leed.

*Garcil.* Preveo cercano

- algun mal.
- Duquesa. Recelo en vano,  
si mi intencion fue inocente.
- Duque. Ya es nulo mi casamiento, (*Leyendo.*)  
y libertad queda en vos  
para elegir el convento.
- Duquesa. En Niza.
- Emper. Yo lo consiento.
- Garcil. ¡Perdida para los dos! (*Dspues de leer.*)  
¡Al Danubio!
- Todos. ¡Desterrado!
- (*Suenan otra vez los los timbales: aparecen varios capitanes por el fondo.*)
- ¡Oís? Partamos, caballeros.  
De Cristo el pendon sagrado  
bese el aleman postrado.  
¡Lo jurais...?
- Todos. ¡Por los aceros!
- (*Cruzan las espadas sobre la del César, y se van todos sucesivamente.*)
- Dentro. ¡Viva el César! ¡viva!
- Garcil. ¡A Dios!
- Duquesa. ¡Ah! ¡con pesar le abandono!
- Garcil. ¡No basta un llanto? á los dos...
- Alarcon. El mio hablará por vos  
corriendo al pie de su trono.
- Garcil. ¡Ya sin patria y sin ventura;  
y aun será estraña la arena  
que me dé su sepultura!  
¡Solo, solo en mi amargura!  
(*Sale Magdalena.*)
- Madal. ¡Aun vivo yo!
- Garcil. ¡Magdalena! (*Se abrazan.*)

FIN DEL DRAMA.



# GALERÍA DRAMÁTICA.

---

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

Teatro Moderno Español.

→

TOMO XXIV.

→



MADRID.

---

LIBRERÍAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

GALERIA DRAKAWAL

CELEBRACION

DE LAS MEMORIAS ORNAN

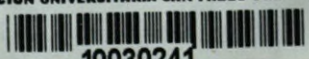
DE

San Pablo de los Andes

1900

FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



10030241